

A. J. CRONIN

el doctor nativo

Lectulandia

Un enfermo millonario al que parece que quieren asesinar se lleva a una enfermera y a un doctor a su isla para que conozcan a su extraña familia y consigan curarle de una vez su enfermedad.

Lectulandia

A. J. Cronin

El doctor nativo

ePub r2.0

Titivillus 20.12.15

Título original: *The Native Doctor*

A. J. Cronin, 1959

Traducción: José Fernández

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

El doctor Robert Murray estaba realizando una punción lumbar cuando su jefe lo mandó llamar desde «La Costa de Oro». Era una horrible tarde de febrero. El frío era intenso y empezaba la cellisca^[1a]. Así, una vez finalizada la operación, en vez de cruzar el patio, tomó el camino más largo. Atravesó las salas siete y nueve y luego, por el túnel subterráneo, llegó al pabellón de los enfermos de pago.

Aquella sección provocaba siempre en Murray un irónico regocijo. Era un gran monolito gris, de los siete que integraban el Hospital Metodista, que dominaba con su sombría mole el río Hudson. Sin embargo, por dentro ofrecía el aspecto de uno de los más lujosos hoteles.

Un ascensor, abarrotado como siempre de damas visitantes cubiertas de pieles, llevó a Murray hasta el piso 31.º, donde la emanación de las flores de invernadero le asaltó como una explosión de perfumes exóticos.

Aquél era el piso que los médicos internos llamaban «La Costa de Oro», ya que únicamente personalidades muy famosas y enfermos multimillonarios eran admitidos en él. Todas las habitaciones habían sido construidas a prueba de ruidos, y estaban pintadas con colores delicados. Además, contaban con teléfono, aparato de radio y televisor.

Su contraste con las espartanas instalaciones de la parte antigua del hospital, todavía chocaba a Robert Murray y despertaba en él una irrazonable aversión.

Mientras avanzaba por el largo corredor, se abrió una de las puertas, y su jefe, el doctor Sam Carrington, salió por ella. Era un hombre de elevada estatura, de unos sesenta años de edad, ligeramente encorvado, pulcramente afeitado, de cabellos grises y que siempre parecía abstraído. Vestía pantalón oscuro y americana blanca. Apenas vio a Robert, se acercó a él, lo tomó del brazo y lo condujo al despacho del vestíbulo. El doctor Carrington había estado operando toda la mañana, y Robert advirtió en su rostro las huellas del cansancio.

Fuera cual fuere la opinión que se tuviera de las inútiles suntuosidades de «La Costa de Oro», no podía negarse que todos los hombres que integraban el personal del Hospital Metodista eran de primerísima categoría y que el doctor Carrington ocupaba, a buen seguro, el primer lugar entre los cirujanos cardiovasculares del país.

Robert llevaba menos de doce meses en los Estados Unidos, y si bien no se había amoldado aún totalmente al cambio, se hallaba en excelentes relaciones con su jefe, y acariciaba grandes esperanzas para su porvenir, con tan valiosa protección.

El doctor Carrington encendió un cigarrillo y dijo con su lenta y suave voz de virginiano:

—Bob Defreece regresa a su isla a fin de semana. Creo que todavía no está restablecido por completo, pero calculo que a un hombre como él le haría más daño retenerlo aquí que autorizarlo a regresar.

—Robert no dijo nada. Conocía perfectamente el caso: una herida de bala en el torso en una salida de caza. Hubo que trasladarlo en avión desde la isla de San Felipe.

Era un paciente desagradable, de estatura gigantesca, sexagenario, nervioso e irascible. El doctor Carrington lo había operado con todo éxito. Había llegado casi moribundo y se marcharía con una aorta de plástico y una nueva vida, casi tan sano como antes del accidente.

—Naturalmente, llevará una enfermera —agregó el jefe—. He designado a la señorita O'Connor.

Robert consideró muy razonable la designación, ya que la señorita O'Connor había atendido a Defreece desde el primer momento.

—Sin embargo —dijo el jefe—, Defreece quiere que le acompañe también un médico: usted.

Robert lo miró, sorprendido. Pensó que los hombres ricos tenían también excesivas exigencias. Defreece era multimillonario, descendiente de franceses, y poseía gran parte de una isla llamada San Felipe.

No obstante, aquella exigencia —o petición— no era del todo irrazonable, puesto que el enfermo tenía que ser sometido a un tratamiento postoperatorio y era necesario realizar a diario reconocimientos, y análisis de sangre. Por el tono de voz del doctor Carrington, Robert se dio cuenta de que éste deseaba que él acompañase al paciente.

Aquella operación había sido para él un triunfo sensacional, y Robert adivinó que el gran cirujano quería utilizarlo en su discurso presidencial ante la Sociedad Médico~Quirúrgica, en la primavera siguiente. Ahora deseaba que alguien de su entera confianza vigilase al enfermo unas semanas más y le tuviese informado de todo Así sus datos clínicos serían completos.

—¿Qué le parece, Bob? —preguntó el doctor Carrington.

Robert no tenía el menor deseo de ir. Le encantaba el trabajo que estaba haciendo. Era ambicioso y ansiaba consolidar su posición, desarrollando hasta el máximo sus investigaciones sobre su especialidad, que era la cirugía.

—¿Cuánto tiempo tendré que permanecer en esa isla? —preguntó.

—No más de un mes —respondió el jefe, y Robert volvió a experimentar la sensación de que el doctor Carrington quería que fuese, pues agregó—: Creo que un poco de sol tropical le vendrá más que bien, Bob.

—De acuerdo, doctor —contestó Robert, después de meditar unos segundos.

—Perfectamente —replicó el jefe—. El viejo necesita que alguien capacitado y enérgico lo cuide y lo vigile. Nada de fumar, y, por amor de Dios, Bob, manténgalo a la mayor distancia posible del alcohol —y terminó, levantándose—: Usted mismo puede llevarlo al barco, que zarpa el sábado a las tres de la tarde. Pero, naturalmente, antes de partir ya hablaremos; he de darle las últimas instrucciones.

Al salir de «La Costa de Oro», Robert entró en la biblioteca y, después de mucho hojear la enciclopedia, encontró algunos datos sobre la isla de San Felipe.

Estaba en el Caribe, a gran distancia de la costa, muy al sur de las islas

Barlovento y bastante alejada de la ruta marítima comercial. Era una isla de unos ciento diez kilómetros cuadrados, y producía ron, caña de azúcar y cacao.

Su historia era bastante agitada. Al parecer había sido descubierta por los españoles; luego había estado ocupada temporalmente por corsarios británicos; fue conquistada más tarde por los franceses y posteriormente por los portugueses. A la sazón era una república independiente, regida por un presidente nativo.

Su población, si bien principalmente criolla, mostraba pruebas evidentes de mezcla racial, con una poderosa y persistente huella de la raza aborigen: los caribes. Su único puerto llevaba el nombre de Reine Marie.

A las cinco de la tarde, Robert salió del edificio y cruzó la calle para entrar en Zoob's. Sentía la necesidad de tomar una taza de café. El bar, siempre muy frecuentado por los médicos internos y las enfermeras del Hospital Metodista, estaba vacío en aquel momento. Solo había en él una persona: Maxie, que limpiaba un vaso detrás del mostrador.

—Buenas tardes, doctor —dijo el grueso barman. Luego bostezó, estiró los brazos y sacudió la cabeza—. ¿Mucho trabajo hoy? ¡Yo he tenido un día bastante duro!

Robert se acomodó ante una de las mesas del fondo del local, pidió lo que deseaba y, para no alentar la charlatanería de Maxie, se sentó de espaldas a él. Al hacerlo, sonó la campanilla colocada sobre la puerta de entrada y apareció otra persona.

Por encima de su hombro, Robert la reconoció: era la enfermera Mary Benchley. Aunque no tenía amistad alguna con ella, a veces habían cambiado unas palabras cuando coincidían en Zoob's. Pero lo cierto era que la había visto lo suficiente para que le resultase antipática.

Dedujo que Mary estaba libre, ya que vestía una falda azul y una blusa blanca. En una de sus manos llevaba una raqueta de tenis.

Tenía un cuerpo esbelto y admirablemente formado, que se adivinaba fuerte y resistente. Robert la observó atentamente, aunque con disimulo, y llegó a la conclusión de que era aficionada a los deportes.

No sólo por la insignia que lucía, sino por su aire de fría serenidad, Robert se dio cuenta de que era enfermera graduada. Estas profesionales especialmente educadas procedían todas de familias bien, habían cursado estudios en colegios como Smith o Vassar y se daban unos aires de importancia que a él le resultaban antipáticos en extremo.

De pronto le acometió un maligno deseo de bajarle un poco los humos.

Mientras tanto, Maxie, patrón incurablemente parlanchín, comenzó un monólogo sobre las virtudes inigualables de los ejercicios físicos.

—Usted está de acuerdo conmigo, ¿verdad, doctor? —preguntó de pronto a Robert.

Sí... en el fondo... —respondió Robert, y luego agregó con tono cáustico—:

Aunque, la verdad, nunca he intentado jugar al tenis bajo la lluvia.

La enfermera se volvió a medias hacia el doctor y, muy cortés, dijo:

¡Ah! ¿Es usted, doctor Murray? —Y en seguida, como para justificar la presencia de la raqueta en sus manos, añadió—: He estado jugando en una cancha cerrada: en el Armoury.

—¿Allí está usted aprendiendo? —preguntó Robert, sonriendo un poco irónico.

—No. Aunque, desde luego, necesito algunas lecciones —replicó Mary.

—Sea perseverante, señorita —replicó él, un poco paternal,...—. A lo mejor puede inscribirse en el torneo de enfermeras del verano próximo.

Maxie lanzó una ruidosa carcajada y exclamó:

—¿Está bromeando, doctor Murray? ¿No sabe que la señorita Benchley ganó el campeonato del año pasado?

Robert no respondió. Estaba un poco avergonzado de su anterior aire de superioridad. Maxie y la señorita Benchley continuaron hablando, ahora en voz más baja. Maxie preguntó:

—¿Así que está usted con permiso, señorita Benchley?

—Sí —respondió ella—. Pero nada más que para una semana.

—¿Adónde piensa ir? ¿A su casa?

Ella afirmó con un movimiento de cabeza y semblante feliz.

—Supongo que se alegrará de ir nuevamente a Vermont, ¿eh? —dijo Maxie, sonriendo.

—¡Va a ser una semana inolvidable! En este tiempo debe de haber allí una nieve espléndida, que permitirá esquiar. Mi hermano tiene también un corto permiso de Groton. Iremos juntos.

«Esquí y tenis —pensó Robert—. Deportista, e indudablemente de buena familia. Y, además, el hermano menor estudia en Groton».

Para ella, por lo visto, la vida había sido siempre fácil; para él, en cambio, había sido durísima desde la infancia: huésped en las pensiones de estudiantes, más baratas que podía encontrar, trabajando intensamente todo el día y aceptando cualquier trabajo para las noches: mozo de bar, lavaplatos, portero.

Pero a él le gustaba esta vida dura, exigirse a sí mismo el máximo, tanto física como mentalmente. No le importaba que los otros internos lo mirasen como a un bicho raro, un presumido que no bebía ni fumaba, que acogía siempre con un gesto y una mirada de reproche cualquier conversación obscena y que —inconsciente defensa de la timidez— parecía estar decidido a que ninguna mujer lo impresionara. Él era él, y así sería siempre.

Mary Benchley se disponía a retirarse.

—No se olvide de traerme un frasco de dulce de arce, señorita Benchley. ¡Me gusta con locura! —le dijo Maxie.

—Cuenta con él y vaya relamiéndose por anticipado —prometió ella con una graciosa risita.

Se volvió hacia Robert, también sonriendo.

—Buenas noches, doctor —dijo.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Maxie dijo:

—Linda muchacha, ¿no es cierto, doctor? Linda, simpática y más buena que el pan.

—No me gustan las muchachas lindas, simpáticas y buenas. ¡Y ésta menos que ninguna! —respondió Robert.

—¡Déjese de bromas, doctor! La señorita Benchley es una mujer como pocas. ¡Recta como un taco de billar!

—¡Bah! —dijo Robert con repentina irritación—. Usted, Maxie, es un romántico esquizofrénico. Déme la cuenta.

A las dos y media de la tarde del día siguiente, Robert condujo a su paciente, Alexandre Pacotyl Defreece, por la plancha del Island Queen. Experimentaba una sensación de alivio al haber conseguido llevarlo sin novedad hasta allí. En el camino desde el centro de la ciudad al muelle, Defreece había querido detenerse a comprar cigarros puros y entrar en un restaurante para comer algo.

Incluso cuando ya estaba sentado en su camarote, con su corpachón recostado sobre dos almohadones, respiraba con dificultad y no cesaba de lamentarse.

—Doctor, amigo mío, ¿por qué no me dejó usted almorzar? ¡Habría sido cuestión de un instante! ¡Una ligera colación! Las comidas en ese maldito hospital, si me permite decirlo, estuvieron a punto de enviarme a la tumba por el camino más corto.

—Oiga, señor —respondió Robert, irritado por aquella injusta queja—: De no haber sido por ese «maldito hospital», como usted lo llama tan injustamente, a estas horas estaría usted en esa tumba que ha mencionado, y todavía puede ir a ella, si no nos hace usted caso. Desde este instante, queda usted sometido a una estricta dieta, y mientras yo sea responsable de su restablecimiento, la observará, se lo aseguro, y ahora prepárese, porque se va a acostar inmediatamente.

—¡Maravilloso! ¡Espléndido! Lo obedeceré en todo. Pero antes, doctor, permítame una sugerencia. Usted sabe que soy propietario de plantaciones de caña de azúcar. Cultivo la caña y elaboro con ella un líquido fragante y vivificador: el ron, doctor.

¡De ningún modo! Le permitiré que tome una copa de cualquier cosa todos los días a la puesta del sol, ¡pero ni una gota más!

—¡Maravilloso, doctor! —exclamó Defreece mientras sonreía a Robert con sus ojillos de color café—. Confieso que estoy bastante fatigado. Me retiraré a descansar. Pero oiga: ¿dónde está Hebe, esa irlandesa que como enfermera no tiene rival? Me refiero a la horrible pero fiel y bondadosa señorita O'Connor.

—Pronto vendrá —le respondió Robert—. Voy a su camarote para ver si ha llegado ya.

Y se fue por el pasillo.

Defreece había tomado los cuatro camarotes de estribor: uno como dormitorio

suyo; otro, el que le seguía hacia proa, como salita; otro para el médico, hacia popa, y el cuarto para la enfermera, la señorita O'Connor.

Robert llamó con los nudillos en la puerta de este último. No recibió contestación. Y se fue a la cubierta.

Momentos después, consultó su reloj de pulsera y vio que era ya casi la hora anunciada para la salida del barco.

Ya empezaba a inquietarle el retraso de la enfermera, cuando de pronto la vio.

Subía rápidamente por la plancha, y de improviso, con un gesto de sorpresa y un presentimiento, advirtió que no era la señorita O'Connor. Unos segundos después se hallaba ante él la vivaz enfermera Mary Benchley.

—¡Usted! —exclamó Robert, reaccionando ¿Qué hace aquí, señorita?

—La enfermera O'Connor se ha puesto enferma de pronto y le es imposible venir. El doctor Carrington me ha retirado el permiso y me ha enviado en su lugar.

Robert la miró en silencio, mientras se decía que sólo le faltaba aquello para que todo fuera perfectamente... mal. Luego dijo:

—Vaya usted a su camarote, el número doce, y póngase el uniforme. Después vaya al camarote del señor Defreece. Allí estaré yo.

Esperó en la cubierta hasta que el barco desamarró, y cuando los remolcadores empezaron a conducirlo hacia la salida del puerto, bajó a los camarotes.

Al llegar al pasillo vio al camarero que salía furtivamente del camarote de Defreece. Robert entró. Alexandre estaba a punto de servirse una buena ración del licor extraído de la caña de azúcar.

Robert no hizo el menor intento de prohibirle que bebiese. Defreece lo saludó muy sonriente con la copa en la mano, pero el médico se apoderó de la botella y la arrojó por el ojo de buey, que estaba abierto.

El rostro del multimillonario se congestionó, pero al punto recobró la calma. Sonrió, inescrutable. Su sonrisa era difícil de imitar, pero no ingrata.

—¡Espléndido, doctor! —exclamó—. ¡Ha sido un señor gesto! ¡Veo que posee usted recursos inesperados!

Se produjo un silencio. Los dos hombres estuvieron un rato mirándose a los ojos. Luego, la sonrisa de Defreece fue todavía más cautivadora.

Soy adicto a esa bebida, doctor, pero de una manera... moderna, porque, aunque no lo parezca, no tengo nada de tonto ni de loco. Además, tampoco tengo nada de pobre.

Se detuvo, expectante, al observar la fría expresión del joven médico, la firmeza de sus labios, la energía de su mentón, y luego, como para sí, añadió:

No... Ya me parecía... Incorruptible, ¿eh? Al menos, por el momento.

Vamos a dejar bien sentadas las cosas entre nosotros, señor Defreece —contestó Robert con toda calma—. Mi misión es atenderle a usted como ha ordenado el doctor Carlington, y la cumpliré. Ya le he dicho que queda usted sometido a una dieta rigurosa y una sola copa de alcohol al día. Después del almuerzo debe descansar

acostado por espacio de una hora, ¿entendido? Todo esto se hace en beneficio exclusivo de usted, no de mí. Lo que nosotros queremos es que usted se restablezca completamente. Por lo tanto, señor Defreece, ¿por qué no colabora usted con nosotros?

Perfectamente, doctor —respondió el multimillonario—. Confieso que tiene usted toda la razón del mundo.

Se oyó un discreto golpecito en la puerta y entró la señorita Benchley, lozana, serena, con su uniforme almidonado y planchado.

—La señorita Benchley es su nueva enfermera, señor Defreece —dijo Robert, presentando a la joven—. Desgraciadamente, la señorita O'Connor no ha podido venir.

¡Es un placer completamente inesperado! —exclamó—. ¿Cómo se llama usted, querida?

—Llámela enfermera —dijo Robert secamente. Se acercó a Defreece y le tomó el pulso, que no estaba muy bien—. Ella le ayudará a acostarse —añadió— y le dará el medio litro de leche desnatada que voy a pedir para usted.

En el pasillo, el camarero fingía limpiar los bronce del pasamanos. Era un hombrecillo pequeño y un tanto andrajoso. Tenía la chaquetilla blanca desgarrada y un rostro macilento de persona hambrienta. Robert no pudo enojarse con él, pues le recordó sus propios años de hambre.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó.

—Chivers, señor. Pero me llaman «Scrubby». Es mi sobrenombre.

—Pues bien, Scrubby. Preste mucha atención a lo que voy a decirle. El bar está cerrado para el señor Defreece, ¿entendido? Siempre cerrado. Voy a adoptar las medidas necesarias.

Comprendo, señor. Lo ignoraba, se lo aseguro. Ese caballero me dio...

—Sí, sí, Scrubby. Está bien. Estoy seguro de que usted colaborará conmigo desde ahora. Yo me encargaré de que no salga usted perdiendo.

Los ojos del camarero se humedecieron. Poseía aptitudes dramáticas. Parecía haber estado haciendo papeles de criado fiel toda su vida.

—Muchas gracias, señor. Le aseguro que haré cuanto esté en mi mano.

Robert estaba convencido de que así lo haría. No obstante, sólo cuando habló con el mayordomo en su despacho de la cubierta principal y le explicó la situación, consideró que lo tenía todo dispuesto para que las cosas saliesen bien. Pero, indudablemente, podía haber otros cómplices. Las posibilidades del multimillonario eran muchas, pues parecía ser un hombre resuelto y astuto.

Y aquella muchacha, Mary Benchley... Frunció el ceño... Era un fastidio que el jefe se la hubiese endosado de aquella manera tan inesperada.

En el hospital habría sido distinto. Allí se limitaba a dar órdenes y pasar de largo. Pero en la obligada asociación del buque en viaje, tendría que estar continuamente alerta, para asegurarse de que sus disposiciones se cumplan.

Avanzó por la cubierta hacia la popa y se detuvo junto a la borda. Tenía un extraño presentimiento.

El buque iba tomando velocidad y comenzaba ya a navegar por aguas profundas. Sonaron seis campanadas lentas, que parecieron hallar eco en la superficie del mar. Fue como si la campana hubiera tocado a muerto. Y, de pronto, un viento helado le dio en pleno rostro. Con un involuntario estremecimiento, se dirigió a grandes pasos a los camarotes.

Tres días después, el *Island Queen* se hallaba en un profundo mar azul bajo un profundo cielo de tarjeta postal. También para Robert las perspectivas tenían tonalidades más alegres.

Alexandre, aunque impetuoso y exigente, poseía un indudable atractivo y un humor irónico, probablemente heredado de sus antepasados franceses, mezclado con una buena cantidad de audacia de los caribes de San Felipe. Robert había comenzado a darse cuenta de que su paciente, en conjunto, era un hombre verdaderamente notable.

—Doctor —dijo Alexandre la tarde del tercer día de viaje—, en un buque que lleva navegando varios días, el tiempo puede resultar sumamente pesado, aun entre buenos amigos. ¿Sabe usted jugar a los naipes, por ejemplo al *gin rummy*^[1]?

—Lo he jugado algunas veces —respondió Robert.

—Muy bien. Vamos a entretenernos un rato. ¿Quiere llamar al innominable *Scrubby*?

Aquel interés de su paciente le pareció buena señal a Robert. Defreece no subía mucho a cubierta, comía en su camarote y lo peor que le podía suceder en su estado era hastiarse, por lo cual oprimió el botón del timbre, y, poco después, médico y paciente estaban sentados uno frente a otro, con dos barajas nuevas sobre la mesita.

—Bob... ¿Me permite que le llame así, doctor? —preguntó Defreece sonriente, con una leve y cortés inclinación de cabeza—. Para que el juego resulte más interesante, tenemos que fijar una cantidad por punto. Pequeña, naturalmente... ¿Qué le parece veinticinco centavos de dólar por punto?

Esta sugestión pareció tan descabellada a Robert, que dijo, echándose a reír:

—¿Por qué no cincuenta centavos?

También rió Alexandre, y de buena gana.

—¡Aceptado! —exclamó—. ¡A mí no puede asustarme, Bob!

Robert se dio cuenta inmediatamente de que Defreece era un maestro en aquel juego, pero aunque él sólo había jugado unas cuantas veces, durante las guardias nocturnas en el Hospital Metodista, las cartas le fueron extraordinariamente favorables, y a las seis, cuando terminó la sesión, quedaron casi en paz.

Después de sumar lo perdido y ganado por los dos, Alexandre dijo, risueño:

—Un comienzo que le ha sido levemente favorable, doctor.

—Sin duda —respondió Robert despreocupadamente—. Es la hora de su gran momento del día.

Oprimió el timbre, y Scrubby, que ya obraba por rutina, entró con un gran vaso de bebida fresca. Mientras la tomaba a sorbos, Alexandre, que demostraba sentirse muy a gusto, miraba fijamente a Robert.

—Doctor —dijo al fin—, tengo que hacerle una confesión. Su régimen rigurosamente espartano rinde excelentes frutos. Me siento admirablemente bien, mucho mejor, francamente mejor, y estoy dispuesto a seguir sus instrucciones hasta el fin.

—Querrá usted decir que no tiene más remedio que seguidas, señor Defreece —respondió Robert sonriente.

—¡Ah! ¡Claro, claro! ¡Son órdenes de usted! ¡Usted es quien tiene ahora la sartén por el mango! ¡Y yo no puedo hacer otra cosa que bajar la cabeza y obedecer!

Se vio que reprimía a duras penas una carcajada, y dirigiéndose a Scrubby, añadió:

—Camarero: haga el favor de abrir ese armario. Scrubby obedeció, visiblemente nervioso, y la puerta del armario quedó enteramente abierta.

Se produjo un largo silencio. Robert dedujo de la cara que puso Scrubby que éste era ajeno al engaño. Porque dentro del armario, cuidadosamente alineadas, había seis botellas de ron. Defreece sonrió y dijo:

—Doctor, tengo que pedirle que me perdone, pero es que nadie había conseguido jamás imponer su voluntad a Alexandre Pacotyl Defreece. Era una cuestión de honor, como usted comprenderá. Ahora... arrójelas al mar si lo desea... A mí me es igual... Sólo quise demostrarme a mí mismo que, si se me antojaba, podía tenerlas ahí.

—No —respondió Robert—. Esta vez se ha llevado usted un chasco, porque voy a creer que no las tocará. ¡Estoy seguro de que acertaré!

Defreece aprobó con un movimiento de cabeza.

—Es para mí una felicidad haber conquistado su confianza, doctor y ahora, tengo que aprovecharme de ella. Mañana, cuando hagamos escala en La Habana, espero recibir una visita. Se trata del señor Fea, antiguo amigo y hombre honesto, que merece todo mi respeto y en quien confío ciegamente. Permanecerá a bordo no más de media hora para conversar conmigo de algo importante. ¿Me lo permitirá usted?

—Sí. Pero le ruego que no permita que ese señor le trastorne. Y ahora descanse un ratito, porque voy a tomarle la presión.

Poco después, Robert subió a cubierta. Era una noche apacible y fresca, a pesar de que el día había sido muy caluroso, y Robert se sintió más sereno que en cualquier otro momento desde la iniciación del viaje.

De pronto vio a Mary Benchley, que estaba en un rincón, junto a la proa. Después de pasar ante ella dos o tres veces, observándola con disimulo, se detuvo junto a su hamaca. Mary no dijo nada durante unos segundos, pero luego explicó:

—Quise contemplar la puesta del sol antes de entrar de guardia.

Hizo una pausa y agregó:

—El capitán me dijo que es posible ver una rara luz verdosa (el relámpago verde,

lo llamó) en el preciso momento en que el sol desaparece tras el horizonte.

—No sé nada de ese relámpago verde —dijo Robert—, pero oí al primer oficial la otra noche, cuando le ofreció enseñarle la luna llena.

Ella le miró severamente.

—Cierto, pero espero que oyera usted también que rechazé el ofrecimiento.

—¿Y por qué lo rechazó?

—Por la sencilla razón de que no me interesa el primer Pedro, Juan o Enrique que me cree muerta por sus huesos.

Un leve rubor había aparecido en sus mejillas, y Robert no pudo resistir la tentación de prolongar aquella situación incómoda para ella.

—Supongo que tendrá algún Pedro, Juan o Enrique en su pueblo, escondido entre los bosques de Vermonto

—Doctor Murray —replicó Mary, muy seria—, quisiera que usted comprendiese que yo no soy una mujer de ese tipo. Amo profundamente mi trabajo en el Hospital Metodista. Eso es para mí mucho más importante que cualquier otra cosa, al menos por ahora.

Se produjo un silencio, durante el cual ambos se quedaron mirando al cielo, hacia Occidente, mientras el rojizo disco del sol descendía con gran rapidez. Luego Robert sintió que la enfermera le dirigía otra rápida mirada.

—Espero que usted no me considere una pedante por lo que dije —exclamó Mary—. Usted, más que nadie, tiene que saber apreciar el significado de mis palabras.

Hizo una pausa y añadió, con voz ligeramente vacilante:

—¡Ese ensayo que escribió usted sobre la anastomosis arterial... me pareció soberbio! —Y enseguida, antes de que él pudiera contestar, se puso en pie y dijo—: Eso del relámpago verde es un mito... Debo ir al camarote del señor Defreece. Ya es la hora.

Robert se quedó en la cubierta un largo rato, pensando en lo que Mary había dicho. ¿Se habría burlado de él? ¡No, no era probable! Entonces, ¿por qué habría dicho aquello? ¿Para halagarlo? ¡Tampoco! Su acento había sido sincero.

Recordó lo que Maxie había dicho sobre ella: «¡Recta como un taco de billar!».

Robert, que a veces era duro con los demás, lo era todavía más consigo mismo, y se preguntó si su propia presunción le habría llevado a considerar como superioridad y deseo de mantenerse a distancia lo que muy bien podría ser únicamente timidez.

«Bueno —pensó—, ¿qué importa?». No era poco haberse enterado de que ella amaba su trabajo. Esto evitaría que sus relaciones con Mary tuvieran un cariz más personal.

El buque siguió avanzando derechamente hacia el Sur. Dejó tras él Haití, Dominica, Martinica y Santa Lucía. Cada día que pasaba, el sol era más ardiente y el cielo de un color añil más profundo.

En La Habana, la escala del buque había sido breve. No obstante, el señor Fea tuvo tiempo de subir a bordo y conferenciar con Defreece, con quien estuvo

encerrado alrededor de media hora. Luego desembarcó prodigando reverencias, tan cortés y sonriente como había llegado.

Sin embargo, aquella visita pareció beneficiar considerablemente al enfermo.

—Es una verdadera lástima —le dijo Robert, al guardar su estetoscopio después del examen cotidiano—. Mucho me temo que al fin se curará y no me verá obligado a asistir a su sepelio, señor Defreece.

—Su desencanto no será nada comparado con el que sufrirán otras personas, mi querido doctor —respondió el multimillonario.

La expresión de su rostro se había endurecido. Sus trastornados ojos miraban a la lejanía; pero, de pronto, los fijó en Robert.

—Bob: ¿se sorprendería mucho si le dijese que alguien trata de asesinarme? —preguntó.

Robert lo miró en silencio.

—Esa historia del balazo que recibí mientras cazaba palomas torcaces —añadió Defreece— fue sólo una novela cortés. Mi herida no fue producto de un accidente. Alguien intentó asesinarme, y, por suerte para mí, no lo consiguió.

—Pero... ¿quién? —preguntó Robert, sorprendido.

—Por desgracia —replicó Defreece—, eso lo ignoro.

—¿Y no puede averiguado?

—Ése es mi propósito, pues, si no lo averiguo, es seguro que el atentado se repetirá.

Robert guardó silencio. Se daba cuenta de que un hombre como Defreece debía de tener muchos enemigos, pero, al mismo tiempo, le costaba tomar en serio lo que el millonario acababa de decidir. Al fin contestó:

—Si lo van a asesinar en cuanto vuelva a la isla, el trabajo de recauchutarlo habrá sido inútil.

Defreece emitió una breve risita.

—No se preocupe, Bob. Me cuidaré mucho. Tengo un deseo extraordinario, especialísimo, de seguir viviendo. —Luego sonrió y añadió—: Doctor, de todas las cosas que detesto, y son muchísimas, figura en primer lugar el sentimentalismo. No obstante, por la capacidad y el esfuerzo con que usted ha conseguido volverme a mi antiguo estado, tengo que decir una palabra, una palabra que expresa fielmente lo que siento: ¡Gracias!

Hizo un ademán como si quisiera borrar de su mente aquellos pensamientos, y agregó:

—¡Y ahora, a nuestra partida..., al bienamado azar!

—¿No le parece, señor Defreece, que podríamos olvidarnos hoy de la partida y subir a cubierta? ¡El sol es espléndido y le haría mucho bien!

—Mi joven amigo: ésta puede ser nuestra última oportunidad de jugar. No la desperdiciemos. Cuando lleguemos a nuestra hermosa San Felipe, tendremos todo el sol que queramos, y más todavía.

Una vez más, el joven médico tuvo la suerte de obtener cartas estupendas, y cuando la partida finalizó, a las seis de la tarde, había ganado.

—¡Es increíble! —murmuró Defreece—. Joven, le debo setecientos sesenta y dos dólares. Con harta dolor de mi corazón, se los voy apagar.

—¿Qué dice usted, señor Defreece? —preguntó Robert—. ¡Si jugábamos de broma! ¿Cree usted que yo puedo permitirme el lujo de jugar a medio dólar el punto? ¿Cómo le habría podido pagar si hubiese perdido?

—Eso no viene al caso, porque usted no ha perdido.

Robert miró a su interlocutor, rojo como una amapola. Entonces comprendió que el multimillonario se había burlado de él. Le había dado aquellas cartas con las que no podía menos de ganar. Así tendría una excusa para entregarle aquella suma. El doctor estaba indignadísimo.

—¿Por quién me ha tomado, señor Defreece? ¿Por un lacayo al que puede usted dar una propina por limpiarle las botas? —Se puso en pie de un salto. ¡Usted no me debe un solo centavo! ¡Así que haga el favor de no insultarme!

Alexandre no intentó siquiera discutir. Se guardó la gruesa billetera que había sacado y exclamó:

—¡Sorprendente! ¡Increíble! ¡Sigue siendo usted incorruptible, Bob! ¡Le confieso que me parece usted... muy interesante! Se niega a aceptar algo que, para conseguirlo, induciría a la mayoría de los hombres incluso a vender sus almas. Ese algo es el dinero. Además, no muestra el menor interés por el sexo contrario.

Hizo una pausa. El doctor Murray; en pie ante él, le miraba irritado.

—Desde hace nueve días —añadió— ha viajado en estrecho contacto con una joven encantadora, y sigue tratándola como..., en fin, como si fuera una estatua de mármol en una plaza pública.

—Es una enfermera —dijo Robert secamente.

—Sí, pero también es una mujer joven y extraordinariamente hermosa.

—¿Le parece a usted hermosa? —preguntó Robert, sorprendido.

—Como una joven Juno. Conozco bien ese tipo nórdico de mujer. Hielo por fuera, pero, por dentro, una llama capaz de consumir a cualquier hombre.

—Gracias, pero esa llama no me abrasará a mí —respondió Robert fríamente.

Defreece sacudió la cabeza y declaró:

—¡Lo dejo por inútil, mi joven amigo! Es triste, muy triste... ¡Un muchacho lleno de vida, pero con agua en las venas! ¡Temer a una muchacha bonita!

Robert salió del camarote y avanzó lentamente por el pasillo. Las observaciones del magnate lo habían trastornado.

En este estado de ánimo subió hacia la cubierta superior. Esperaba que el aire fresco le aclarase el cerebro.

La primera persona con quien se encontró estaba en la cubierta de los botes y fue Mary. Había jugado al tenis con el mayordomo. Deseando continuar, y animada tal vez por la cordialidad con que la había tratado Robert, le preguntó tímidamente si le

gustaría jugar un rato. Robert se acercó a ella sin mirarla. En cualquier otro momento se habría negado a buen seguro, pero entonces las palabras de Alexandre resonaban todavía en sus oídos y sintió la necesidad de demostrarse a sí mismo que no eran ciertas. Por eso dijo, aunque algo secamente:

—Bien. Jugaremos un partido.

Se despojó de la americana, se arremangó las mangas de la camisa y comenzaron a jugar.

Una hora después, volvió a ponerse la americana y dijo:

—¡Me ha dado usted una verdadera paliza! ¡Es toda una campeona!

Y para demostrarle que no le guardaba rencor, le tendió la mano, y ella la tomó y la estrechó firmemente.

Ante aquel tibio y a la vez enérgico contacto, Robert experimentó una leve sacudida que le produjo una confusa sensación de vergüenza y sorpresa. No pudo interpretarla claramente, pero lo irritó y le selló los labios. Al fin preguntó:

—¿Quiere que vayamos a tomar algo fresco?

—De acuerdo. Yo tomaré toronja con soda —respondió Mary.

Bajaron al pequeño bar inmediato a la entrada del comedor y, como no había nadie en él, Robert exprimió dos toronjas en dos grandes vasos, a los que añadió soda y bastante hielo.

Mary bebió un largo sorbo, respiró con evidente satisfacción y luego miró en torno de ella.

—¡Esto me recuerda Zoob's! —dijo—. ¿Qué estará haciendo el viejo Maxie a estas horas?

Usted va muy a menudo allí, ¿verdad?

Ella bajó los ojos y fijó la vista en las burbujas que subían desde el fondo del vaso a la superficie del líquido.

—Muchas veces deseé hablarle en aquel bar —respondió al fin—, pero no podía hacerlo. Proceder así en el Metodista no hubiera estado bien.

Robert no había pensado nunca que la reserva de Mary pudiera ser una cuestión de disciplina. La miró cauteloso, pero con curiosidad.

Desnudas las piernas hasta la parte superior, que cubrían los pantaloncitos blancos, con un jersey de mangas cortas, Mary parecía una jovencita. Su rostro, de facciones delicadas y regulares, estaba tan tostado por el sol, que su suave cabello parecía más claro aún de lo que era. Pero lo que más le llamó la atención era su lozanía juvenil.

Sí, Alexandre Defreeze tenía razón: Mary era tan bonita como él había dicho, y tal vez más. Robert comenzó a sentir su presencia tan hondamente, que luchó contra este sentimiento perturbador.

Mary apuró su vaso.

—Tengo que ir a cambiarme de ropa antes de visitar a nuestro paciente —dijo.

—Se llevan ustedes muy bien —afirmó Robert.

—Es un hombre extraño... Pero se ha ganado mi simpatía.

—Es bastante reservado. ¿Le ha hablado a usted alguna vez de su familia?

—Sí. Se casó, y murió su esposa. Ahora se ha casado de nuevo. Creo que tiene una hija de su primera esposa.

Se produjo un silencio.

—Tengo interés en ver esa isla que es casi toda suya —dijo Robert.

Mary frunció el ceño. Parecía confusa.

—No sé qué pensar, doctor —dijo al fin—. En este asunto, todo me parece muy extraño. De un par de cosas que me ha dicho el señor Defreece, deduzco que espera una lucha, una batalla en esta isla de San Felipe, entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal.

—¿En la isla?

—Sí. Una vez me dijo que tenía que arrojar al diablo del paraíso. «¿Qué diablo?», le pregunté. Y él me respondió, muy serio: «Eso todavía no lo sé. ¡Pero sí sé una cosa: la manzana que él ofrecerá será roja!».

Callaron los dos, y así estuvieron largo rato. Fue un silencio que no tenía nada de enojoso, pues parecía haberse iniciado una agradable corriente de comprensión entre ellos. Mary se puso de pie contra su voluntad.

—Muchas gracias por el refresco... y por el partido —dijo.

Robert la siguió con la vista cuando ella se dirigió con paso enérgico al camarote. Sus movimientos eran naturales, discretos. Sin embargo, ejercieron en Robert una atracción que no habría ejercido el más sensual contoneo de caderas. Se quedó con la mirada fija en el punto por donde ella había desaparecido y, de pronto, reaccionó con un esfuerzo. ¡Aquello no podía ser! ¡No, no podía ser! Y se alejó rápidamente por el lado de estribor.

Por lo visto, Alexandre se hallaba en su dormitorio, pues el camarote que hacía las veces de salita estaba desocupado y la puerta abierta. De pronto, al pasar Robert, una ráfaga de aire que entró por el abierto ojo de buey hizo volar un papel de la mesa, que fue a parar a sus pies. El médico lo recogió.

Era un recibo de la compra de doscientos rifle automáticos, con fecha de entrega para tres semana después, a nombre de Alexandre Pacotyl Defreece, di Grande Limbe, San Felipe, y firmado por Manuel Fea.

Dos días después, poco antes de mediodía, avistaron la isla de San Felipe. Su costa, baja y verde, se extendía tras los escollos, donde rompían las olas. A la intensa luz del día tropical, aquella visión atraía la mirada. Era algo remoto, encantador, misterioso.

Después de pasar por una ancha abertura del arrecife de coral, el barco ancló en la angosta bahía, alrededor de las cuatro de la tarde. Frente a una larga fila de cobertizos y depósitos esperaba un antiguo Rolls Royce amarillo. El coche estaba en el extremo del muelle de madera, junto a una camioneta y un jeep pintado de verde oscuro.

Cuando el grupo de Defreece desembarcó del remolcador que les había

transportado desde el buque bajó del Rolls-Royce una joven, seguida de un hombre de cierta edad.

—Papá. Qué alegría volver a verte —exclamó la joven, rodeando con sus brazos el cuello del millonario y dándole una serie de ruidosos besos.

Alexandre parecía contento de ver a su hija, pero pronto se desprendió de sus brazos.

—¿Dónde está madame? —preguntó, visiblemente molesto y decepcionado al advertir que su esposa no había acudido a recibido.

—Te espera en casa. Ha pasado una de sus malas noches. La jaqueca, como de costumbre. Henri está en la plantación.

—¡No estará trabajando! —gruñó Defreece, y se volvió para estrechar cordialmente la mano a un hombrecito de duras facciones, muy elegante con su uniforme gris y plata, que estaba de pie junto al jeep.

—Me alegro de verle, Ribera — dijo.

—Bienvenido a San Felipe, *mon cher ami*^[2]. Es una bendición de Dios que esté usted de regreso.

Caminaron juntos unos minutos. Después Ribera saludó y subió al jeep.

Robert esperaba verse relegado a la camioneta, en la que dos chóferes indígenas estaban cargando el equipaje, pero aquel desaire estaba reservado a Mary Benchley.

Antes de que Robert pudiera evitado, Defreece lo hizo subir al coche amarillo, y cuando éste se puso en marcha, hizo las presentaciones.

—El doctor Murray... Mi hija Natalie... y el doctor Da Souza, médico de nuestra familia.

El coche salió del muelle y atravesó la zona portuaria de Reine Marie, la capital y puerto de la isla, población pequeña, extraña y algo siniestra, de callejuelas angostas y retorcidas, flanqueadas por viviendas cuyas persianas aparecían cerradas herméticamente.

En la Grande Place, con su catedral barroca y sus casas de comercio, había más señales de vida. El Palais de Justice, frente al templo, y ante el cual se hallaba ya estacionado el jeep de Ribera, era un edificio espacioso y bien construido.

Robert iba sentado al lado de Natalie Defreece, mujer en extremo atractiva. Era alta, de curvas acentuadas pero armoniosas, tez tostada y ojos oscuros, extraordinariamente grandes.

Pero no era su encanto físico lo que llamaba la atención del joven médico. Había en ella un vigor nervioso, una entereza de ánimo que exteriorizó mientras hablaba con su padre, para ponerle al día sobre las noticias locales y que a Robert se le antojó extraña y muy poco natural.

Mientras tanto, el doctor Da Souza parecía haber simpatizado con Murray. Aún no había recorrido el coche tres kilómetros y ya le llamaba «querido colega» y le sonreía afectuosamente.

—Naturalmente, doctor —dijo—, mientras usted permanezca aquí, seguirá a su

cargo el paciente. No sería correcto que yo interviniera.

Estaban ya bastante alejados de Reine Marie. El camino pasaba por un campo tras otro de cañas de azúcar que alcanzaban más de dos metros de altura. Peones nativos cortaban con afiladísimos cuchillos los gruesos tallos. Algunos de ellos levantaron un brazo como saludo al pasar el automóvil, pero la mayoría se limitaban a mirar en silencio.

Gradualmente, los viajeros fueron entrando en una zona más silvestre, menos frecuentada. El camino estaba flanqueado por grandes fajas de selva de un verde vivo, de enredaderas, helechos y brillantes flores. Y en la espesura se oían los trinos de infinidad de pájaros.

Finalmente, el coche dobló a la izquierda y penetró en un camino particular cuyo suelo estaba empedrado con conchas marinas. A su entrada se levantaba un poste en el cual se leía: «Grande Limbe». Después pasó por una gran puerta de hierro, siguió por una larga avenida y al fin se detuvo en el patio de una enorme mansión de piedra gris.

Allí tuvieron un recibimiento caluroso. Una gran confusión siguió a la llegada de los viajeros. Inmediatamente, una sirvienta negra cogió la maleta de Robert y, con una sonrisa semejante a una tajada de sandía le precedió hasta la habitación que se le había destinado. Estaba en el primer piso, en la esquina occidental de la casa.

Desde su ventana, Robert pudo ver el jardín, extenso, tropical, y más allá una playa de amarillas arenas, bordeada por palmeras y en la que morían las olas echando espuma. La otra ventana daba a una especie de poblado: un conjunto de cabañas entre palmeras.

Robert empezaba a inspeccionar la habitación, cuando alguien llamó a la puerta. Creyó que sería Mary Benchley, pero fue Natalie Defreece la que apareció.

—Madame, mi madrastra —dijo—, me envía a preguntarle si tiene aquí todo lo que necesita. —

—Mucho más. Gracias —respondió Robert.

—Esperamos que se sienta usted a gusto, doctor —añadió la muchacha.

—Lo estaré, señorita —dijo Robert—. ¿Cómo no estar a gusto en esta casa?

—«Grande Limbe» es una mansión muy antigua. La construyó Ramón Ibarra, creo que en el siglo quince. Era un pirata —sonrió, y añadió confidencialmente—: Muy parecido a papá, pero no le diga usted que yo se lo he dicho.

—Supongo que estará usted muy contenta de tenerlo aquí otra vez —dijo Robert.

—Naturalmente —repuso la joven medio en broma, medio en serio, mientras Robert creía percibir en su tono algo más, algo que despertó en él una sospecha de tensión—. Ahora, todos viviremos en paz y volveremos a ser una familia feliz, unida, como éramos antes de... ese accidente.

Se produjo una pausa, en la que ambos se miraron. Natalie parecía tener la costumbre de sostener algo más de lo necesario la mirada de quien hablaba con ella. —Doctor— anunció —la cena es a las ocho. Si desea algo, hágamelo saber. Soy su

vecina... Mi habitación está frente a ésta. Al salir se volvió para cerrar la puerta y lo miró de nuevo, y a Robert le pareció inconfundible la insinuante invitación de sus ojos.

II

La noche llegó rápidamente: una intensa y como aterciopelada oscuridad sin luna ni estrellas. Una vez que se hubo lavado, Robert se sentó junto a la ventana, para contemplar las luciérnagas que encendían y apagaban sus diminutas y misteriosas luces en el aire inmóvil. Se oían risas y charlas de los obreros de la plantación que regresaban al grupo de cabañas. El joven médico trató, infructuosamente, de analizar la impresión que le producía aquel extraño lugar.

Al cabo de unos minutos sonó en la planta baja de la casa un gong cuyas graves notas llenaron la mansión, y Robert bajó.

En el gran vestíbulo, al pie de la ancha escalinata en espiral, de caoba, bajo una enorme y antigua araña —la casa parecía estar llena de ellas—, le salió al paso una hermosa y escultural mujer, de blanca tez, aristocrático continente, finas facciones y enormes ojos que brillaban con intensidad. Se presentó a sí misma. Era madame Defreece.

—¿Habla usted el francés, doctor? —preguntó en seguida.

—Muy mal, señora —respondió Robert.

—¡Qué lástima! Porque mi inglés es horroroso —declaró ella, y añadió en su idioma:

—*N'importe. Nous ferons de notre mieux*^[3a].

Y en un pobre inglés:

—Nos arreglaremos. Por favor, entienda: Usted nos hace muy felices estando aquí.

Le hizo una leve inclinación de cabeza y lo precedió a un largo comedor de alto techo donde había una mesa, ya puesta, con rico mantel, vajilla de plata maciza y cristalería fina.

Alexandre Defreece y su hija estaban ya allí. Mary Benchley permanecía un poco aislada, con cierta rigidez. Llevaba un sencillo vestido negro. Cerca de ella había un hombre delgado, bien vestido, de unos treinta años, que, al ver a Robert, se adelantó y haciéndole una reverencia mientras golpeaba los tacones de sus zapatos uno contra el otro, a la manera militar, se presentó. Era Henri Lamont, primo de madame Defreece. Con él se completaba el grupo de comensales, pues el doctor Da Souza había vuelto a Reine Marie.

La cena, servida por un mayordomo cuarterón que lucía una impoluta chaquetilla blanca y un altísimo cuello duro, a quien secundaban dos camareras negras, fue algo distinta a las que Robert solía pedir en el bar de Maxie. Se sirvió papaya helada, y a continuación una verde sopa de tortuga, un guiso de mariscos con curry, lechón asado y ñames en dulce, todo ello coronado por una tortilla al ron. Pero lo que a Robert le pareció más extraño fue que nadie parecía hallarse bastante sereno para saborear estos manjares. Como la mayor parte de la conversación se mantenía en francés,

Robert no tuvo muchas oportunidades de intervenir ni de seguida. Era evidente que todos estaban en tensión por el regreso de Alexandre, y esto parecía haberles quitado el apetito. En cuanto al dueño de la casa, estaba sometido a un estricto régimen por orden de Robert.

Defreece se mostraba poco comunicativo y, a juicio de Robert, algo preocupado, sobre todo cuando Henri le expuso lo que aparentemente era un informe comercial. Pero cada vez que se dirigía a madame, el multimillonario lo hacía con afecto y emoción.

Varias veces le oprimió la mano por debajo de la mesa, mientras le decía en voz baja:

—¡No puedes figurarte cuánto me alegro de estar otra vez en casa!

Natalie, sentada al lado de Robert, bebía copiosamente. De cuando en cuando le miraba con una expresión despreocupada y semiburlona, como diciéndole: «Aquí estamos todos. ¿Qué le parecemos?».

Mary Benchley, que durante casi toda la cena había permanecido silenciosa, con los ojos en el plato que tenía ante sí, los alzó una o dos veces para observar aquel juego mudo. Robert creyó adivinar lo que pensaba la enfermera, y eso le irritó.

Madame fue la encargada de mantener la conversación, con una especie de agradable aunque autoritaria gentileza. Aunque estaba un poco gruesa, conservaba una extraordinaria y voluptuosa hermosura. No tenía más de cuarenta años. Su extremada elegancia era más propia de un suntuoso comedor de París que de aquel de una remota y pequeña isla del Caribe.

Sus modales eran impecables, había orgullo de estirpe y fuerza de carácter en todas sus facciones, y, como dueña de casa, era realmente admirable. No obstante, igual que su hijastra, estaba nerviosa, o así se lo pareció a Robert. El médico tuvo la sensación de que la dama trataba de ocultar, bajo una apariencia de alegría y de calma lograda con gran esfuerzo, la tensión que la poseía. En cierto momento, con un ademán injustificado, estuvo a punto de volcar su copa de vino; se sonrojó y luego miró rápidamente a su esposo para ver si éste se había dado cuenta de lo ocurrido.

Terminada la cena, pasaron al salón para tomar el café. Defreece no los siguió, sino que, después de dar las buenas noches, subió al piso. Madame, volviéndose hacia la enfermera en la puerta de la amplia habitación que se extendía por todo un lado de la casa, dijo con un tono arrogante que desagradó a Robert:

—Supongo que tendrá usted que atender a su paciente, señorita Benchley. Puede ir. La excusamos. ¿Vamos, doctor Murray?

Tomó el brazo de Robert y le condujo a un sofá, tapizado al estilo Aubusson y con pesadas aplicaciones doradas en la madera. Allí se sentó y le indicó un lugar a su lado con un discreto ademán. Natalie había salido a la galería, pero Lamont, que andaba de puntillas como si temiese gastar las alfombras, se acercó con una silla a ella.

—Y ahora, doctor —comenzó a decir madame en voz baja y confidencial,

mientras movía su café con una cucharilla de plata afiligranada—, haga el favor de contarme todo lo referente a mi marido.

A Robert le pareció natural que quisiera enterarse de los detalles de la operación que se había practicado a su marido, y se la describió sucintamente.

—¿Así que lleva un tubo de plástico, conectado con el corazón? —dijo la dama alzando las manos con un gesto de asombro—. ¡Parece un milagro!

—Sí, tiene mucho de milagro —contestó Robert.

—Pero oiga, doctor: yo creo que es imposible que eso funcione bien. Además, es poco probable que pueda durar mucho —añadió, preocupada.

—Sin embargo, madame, puede estar segura de que durará y funcionará.

—¡Mon Dieu, cuánto deseo creerle! —exclamó madame, y como Robert no contestase, se inclinó hacia él, ansiosa e incrédula—. Doctor, me temo que usted ha hablado así sólo para tranquilizarme, pero yo no soy una chiquilla. Por bien de mi esposo y para saber a qué atenerme, dígame la verdad sin ambages.

—La verdad ya la conoce usted, madame —dijo Robert algo secamente—. Puede usted estar segura de que las perspectivas para su esposo son en extremo halagüeñas. ¡Vivirá veinte años más..., siempre que se cuide, claro!

—Que se cuide ¿cómo, doctor? —preguntó la dama en el acto.

—Pues, sencillamente, llevando una vida regular, normal; evitando toda clase de excesos y emociones fuertes, sobre todo las repentinas.

Madame emitió un largo suspiro de alivio, movió afirmativamente la cabeza dos o tres veces y oprimió la mano del joven médico.

—¡Doy gracias a Dios doctor, y naturalmente, a usted también! Es usted muy bueno y me ha proporcionado un gran alivio... Me ha devuelto la felicidad. Deseo que se sienta aquí como en su propia casa. ¿Por qué no va a reunirse con Natalie en la galería?

—Perdón, madame, pero estoy muy fatigado—respondió Robert—. Si usted me lo permite, quisiera retirarme a descansar.

Le dio las buenas noches y subió al piso. Deseaba cambiar unas palabras con Mary, para conocer sus impresiones sobre la cena. Pero no sabía dónde estaba la habitación de la enfermera, y, después de perderse en dos corredores laterales y de recibir la mirada escrutadora de una negra vieja y altiva que lucía dos enormes aros de oro en las orejas y estaba sentada, inmóvil, en una baja banqueta al final del pasillo, se dirigió a su habitación y se metió en la cama.

Durmió mal aquella noche. Sentía aún el vaivén del barco, y, en su duermevela, le pareció percibir vagos movimientos en la casa.

A las siete de la mañana se levantó, se afeitó y se vistió. Acto seguido fue a la habitación del enfermo. Mary se hallaba ya allí. Las grandes ventanas que daban a la galería estaban abiertas a la frescura de la mañana. Defreece tenía un aspecto excelente. Una vez reconocido cuidadosamente y después de recibir la inyección, Alexandre dijo:

—Esta mañana he de hablar con mi administrador, y esta tarde iré en el coche a Reine Marie. Quiero visitar al presidente de la República y a mi buen amigo Juan Ribera. Supongo que cuento con su permiso. ¿Es así, doctor? Le prometo ir despacito y con todo cuidado.

—De acuerdo —dijo Robert—. Pero nada de esforzarse.

—Gracias. De modo que ya no tiene que cuidarse de mí hasta la noche —agregó el multimillonario. Así que pueden irse a la playa a distraerse.

Cuando Robert abandonó la habitación del paciente, Mary le acompañó al pasillo. En aquel ambiente nuevo para él, el rostro familiar de la joven y su limpiísimo y elegante uniforme le produjeron el efecto de un sedante. Se dijo que la situación en que ambos se hallaban imponía cierta relajación de la etiqueta profesional y la disciplina. Tal vez no fuera mala idea seguir la sugestión que le había hecho Alexandre acerca de que pasaran un rato agradable juntos. En realidad, los dos tenían muchas cosas de que hablar. Aunque apenas se daba cuenta del cambio que se había operado en él —incluso se habría mostrado poco dispuesto a reconocerlo de haberlo observado— ya miraba a Mary con cierta aprobación y, en algunos sentidos, hasta dependía de ella. Por eso le preguntó:

—¿Bajamos a tomar el desayuno?

—Yo ya lo he tomado, —respondió Mary.

—¡Cómo! ¿Ya?

—Sí, doctor.

—Entonces bajaré yo solo.

Vaciló un instante y agregó:

—¿Quiere que vayamos a nadar después un rato?

Ella hizo un movimiento negativo de cabeza:

—No, doctor. Tengo que escribir unas cartas.

No lo había acogido con su acostumbrada sonrisa, y le hablaba con cierta reserva, como si estuviese pensando algo que no quería revelar.

Hubo un silencio, y, de pronto, Mary dijo:

—Ese médico estuvo aquí anoche. Me refiero al doctor Da Souza.

—¿Vino a ver al señor Defreece? —preguntó Robert, sorprendido.

—No, a madame —respondió Mary. Hizo una pausa y prosiguió—: Después de medianoche me despertó un grito repentino. Fue ella la que gritó. Su habitación está exactamente frente a la mía. Era evidente que sufría un ataque de nervios. Un ataque de histerismo. Me estaba levantando para acudir en su ayuda, cuando alguien entró en su habitación. ¡Creo que era Lamont. «No puedo resistirlo! —decía ella—. ¡Tiene que venir...! ¡Tiene que venir!»». Al principio, Lamont trató de calmada, pero luego le oí hablar por teléfono. Y unos cuarenta minutos después llegó un automóvil silenciosamente. Miré por la ventana y vi que era el doctor Da Souza. Debió de darle una inyección, pero se quedó aquí cuando ya se había calmado. Oí que alguien hablaba en voz muy baja en la galería. Esto duró una media hora.

Robert la miró perplejo y dijo:

—Madame Defreece es muy nerviosa. Lo advertí anoche. Tenía los nervios alterados por la llegada de su marido... Sin duda necesitaba un sedante.

—¿Sí? —preguntó Mary, irónica—. ¡Ya lo había tomado, y tal vez más de uno! ¿No observó usted sus ojos cuando estábamos en la mesa? ¡Sus pupilas eran como puntas de alfiler!

—¡Está usted equivocada! —respondió él—. Madame estaba perfectamente entonces. Después de la cena estuve hablando con ella un buen rato y no observé nada anormal.

Mary sacudió la cabeza vivamente y lo miró de hito en hito, con repentina intensidad.

—En esta mansión y en la gente que la habita —dijo— hay algo que no marcha bien. ¿No experimentó usted esta sensación durante la cena? Había una animación forzada en las conversaciones, risas falsas. Era como si todos trataran de ocultar algo.

Robert sonrió.

—¡Vamos, vamos, señorita! —dijo—. Es posible que Alexandre tenga alguna preocupación oculta, pero no deje volar la fantasía. Esa sensación que experimenta usted se debe exclusivamente a que todo esto le resulta extraño en contraste con la vida de Nueva York.

Ella fue a replicar, pero se contuvo con un evidente esfuerzo y bajó los ojos.

—¡Ojalá no tuviéramos que permanecer tanto tiempo aquí! —dijo al cabo de un rato.

—No tenemos más remedio. El Island Queen no volverá a Reine Marie hasta dentro de tres semanas por lo menos. Además, ahora tendremos más ratos de descanso. Este lugar me parece hermoso, y a usted se lo parecerá también cuando se haya acostumbrado.

Después de este intento de tranquilizarla, Robert bajó la escalera. En la planta baja no vio a nadie. Por lo visto, la familia no era muy amiga de madrugar. Pero Mateo, el mayordomo, había puesto ya la mesa para el desayuno. Murray pidió el suyo, y poco después se servía una taza de café, cogía alguna fruta y se trasladaba con todo ello a la galería.

Pensó que Mary estaba influida por el cambio repentino del limpio y moderno buque a aquella mansión varias veces centenaria, llena de vigas que crujían y de paredes que parecían susurrar. Pero esto tenía poca importancia. Estaba seguro de que la joven reaccionaría pronto. Terminado el desayuno, salió al jardín y, paseando, dio una vuelta alrededor de la casa. En el grupo de cabañas vio algunos niños indígenas jugando, mientras sus madres lavaban ropa en grandes cubetas de madera.

De pronto se encontró con la anciana negra que la noche antes había visto en el corredor del piso. Estaba apartada de las demás mujeres. Era alta y delgada y se mantenía muy derecha. Sus firmes facciones parecían talladas en ébano bruñido. Lo estaba mirando. Cuando él se acercó a ella, la severa expresión del negro rostro se

suavizó. La anciana se inclinó hacia delante, tocó una manga de la americana de Robert y dijo algo en un dialecto que él no conocía. Luego, con un movimiento rápido, le puso un pequeño objeto en la mano y, después de lanzar una fugaz mirada a la casa, se fue. Profundamente sorprendido, Robert contempló el objeto que acababa de recibir. Era una piedra pulida, de forma oval, del tamaño de una alubia y de color violeta. Tallada en ella había una especie de media luna. Robert se preguntó por qué diablos le habría dado aquello la negra. Experimentaba una mezcla de irritación y confusión. Él no había ido a San Felipe para mezclarse en aquellas cosas extrañas. Estuvo a punto de tirar la pequeña piedra al suelo. Sin embargo, al pensar que la anciana parecía haber obrado con buena intención, se la guardó en el bolsillo y regresó, lentamente y pensativo, hacia la galería.

Eran más de las once y media, y ninguno de los miembros de la familia había bajado aún al comedor. Poco después apareció Natalie, y fue a reunirse con él en la galería. Parecía cansada y estaba mucho menos vivaz que la noche anterior.

—¿Ha dormido bien, doctor? —preguntó después de encender un cigarrillo.

Robert contestó afirmativamente y luego preguntó, cortés:

—¿Y usted?

—Me duele mucho la cabeza —repuso la joven—. ¿Quiere recetarme algo? .

—¿Por qué no toma una aspirina? Si quiere, puedo darle dos tabletas.

—¿Eso es todo lo que puede usted hacer, doctor?

—No necesita nada más fuerte.

Un rato después, Natalie mejoró visiblemente y se animó.

—Ya me siento mejor —dijo—. Ahora usted es mi médico, al mismo tiempo que mi amigo —extendió la mano y tomó una de las de él—. Porque usted es un amigo, ¿verdad? ¡Es agradable conocer a una persona y sentir su amistad! ¡Le ruego que me permita experimentar esta sensación!

—Por supuesto. Encantado —respondió él sonriendo afectuosamente.

—Bien; entonces, no nos quedemos aquí. —Se levantó sin soltarle la mano y tiró de ella—. Iremos a la cabaña. Diré que nos manden el almuerzo allí. Después podemos ir a la ciudad. El buen doctor Da Souza, otro gran amigo, le ha invitado a usted a visitado.

Cinco minutos después se dirigieron a la playa por una avenida sombreada por frondosos jacarandás en flor. Florecían también los jazmines y las *poincianas*^[3] por todas partes, y en el aire se percibía el dulce aroma de la vainilla.

Mientras caminaban, Robert sacó la piedrecita del bolsillo y se la mostró a Natalie a la vez que preguntaba:

—¿Ha visto usted algo como esto antes de ahora? Ella miró largamente la piedra y luego alzó los ojos a Robert, para preguntarle a su vez:

—¿De dónde la ha sacado?

—Es un regalo de una de sus sirvientas: la anciana que está siempre sentada en el corredor del piso.

—¡Lucía! —exclamó ella, y, tras una breve pausa, añadió—: Es seguro que le admira de verdad. Esa piedrecita era su máspreciado tesoro.

—¿Pero qué es? —preguntó Robert, vivamente interesado.

—Un talismán contra los maleficios; un talismán indígena contra el mal de ojo. Se supone que protege a quien lo tiene contra la desgracia, las enfermedades y la muerte repentina. Sólo es posible recibirlo como obsequio: no se puede vender y pierde su poder si se roba.

Robert no podía creer que la joven hablase en serio, aunque la expresión de su rostro indicaba claramente que no bromeaba. Todo esto le daba la impresión de que estaba haciendo el ridículo y, para no pensar en ello, preguntó a Natalie si los habitantes de la isla eran muy supersticiosos.

—Sí, lo son —respondió la joven—, sobre todo los caribes. Pero Lucía no es caribe y odia a todos los de esa raza.

—¿Qué raza es ésa? —preguntó Robert, interesado.

—Indios sudamericanos. La palabra «caribe» quiere decir extranjero o extraño. ¡Y vaya si son extraños!

—¿En qué sentido?

Natalie calló, pero al fin dijo, como contra su voluntad:

—Tienen una especie de religión... «Rituales secretos». Éstos se realizan siempre de noche. La verdad es que no sé mucho sobre eso. Ni lo quiero saber. Pero dejemos el tema. No me gusta hablar de ese asunto.

En efecto, ya no dijo una palabra más. Estaban muy cerca de la playa. En la parte exterior de los arrecifes, el mar lanzaba contra ellos enormes olas, pero una curva del sendero que Natalie y Robert seguían los condujo a una ensenada protegida y bordeada de finísima arena. En ella había una gran cabaña de madera, con techo de palmeras, a unos cuantos metros de las transparentes aguas azules.

En la cabaña había duchas, un pequeño bar y teléfono. Robert encontró un traje de baño en un cuartito interior y, cuando se lo hubo puesto, salió a la playa. La arena estaba tibia y una suave brisa completaba el encanto del ambiente.

Poco después apareció Natalie, en bikini y con un gran sombrero de paja. Tenía un cuerpo bellissimo, no delgado y derecho como el de Mary, sino más redondeado, y el color tostado de su piel parecía el anuncio de alguna loción bronceadora.

Cuando se echó sobre la playa junto a Robert, comenzó a tornar puñados de arena, que luego dejaba escapar entre los dedos. Después dijo:

—Es grato tener alguna persona con quien hablar. A propósito, no me gusta que me llamen señorita Defreece. Como usted sabe, mi nombre es Natalie. Además..., quiero decírselo porque de todas formas llegar a saberlo..., no soy señorita, sino señora. Sí. Estoy casada... o, mejor dicho, lo estaba. —Hizo una pausa y agregó—: Las cosas no fueron bien...

Calló, esperando una respuesta. Robert preguntó:

—¿Está usted divorciada?

—Separada. ¿Ha oído hablar de Charles Callaghan? «Catástrofe Callaghan», le llaman. Está todavía en Reine Marie, vagabundeando. Me he encontrado alguna vez con él en la calle. Estos encuentros me producen una sensación extraña.

—A juzgar por el tono de su voz, esa sensación no es desagradable.

—Siempre estábamos riñendo... En fin, vamos a tomar un martini.

—¿Tan temprano? —preguntó Robert.

Ella le miró, retadora, y repuso:

—¡No puedo tolerar esta maldita isla sin algo que me estimule!

—¡Cómo! ¿No le gusta esto? ¡A mí me parece maravilloso! —dijo Robert.

—Me gustaba cuando era pequeña y vivía mi madre. ¡Ahora odio esta isla! ¿Está seguro de que podría sufrir un mes tras otro la vida en un lugar tan alejado de la civilización como éste? Lo dudo.

—¿Nunca sale de la isla?

—De tarde en tarde hacemos un viaje a Estados Unidos..., generalmente a Miami... Allí conocí a Charlie. Pero papá es un maniático de San Felipe. Nosotros, los Defreeze, somos los colonos más antiguos, y papá considera un deber sacrificarse por la isla, especialmente desde que... —vaciló un segundo—, bueno, desde el año pasado. El caso es que muy pocas veces me suelta la cadena, aunque permite a madame que haga viajes a Río de Janeiro y a París. Supongo que ya habrá observado usted lo embelesado que está con ella.

De pronto se echó a reír. Fue una risa que a Robert le pareció amarga, extraña, hija de un estado de temor.

—A madame —continuó— no le agradaría mucho oírme. Tengo la orden de atenderlo y entretenerlo a usted, de explicarle que todos amamos profundamente el sol, el mar y nuestro viejo y dulce hogar. ¡Ah!, ¡y a Reine Marie también, tan alegre, tan típica! Me han dicho que le lleve a bailar a la ciudad una noche... Bueno, ¿por qué no nada un rato?

—¿Y usted? ¿No se baña? —preguntó Robert.

—En el mar, nunca. Mientras usted nada un poco, yo prepararé el coctel.

El agua estaba fresca, en contraste con la arena. Robert nadó por la ensenada un buen rato y luego pasó por la abertura de los arrecifes, para dejarse llevar por las grandes olas del mar abierto. En algunos lugares, el agua era tan transparente que Robert podía ver los peces de colores que evolucionaban entre los corales y la vegetación submarina. Aspiró una gran bocanada de aire y se zambulló, para seguirlos entre las frondas de bellos colores. El fondo del mar parecía un verdadero jardín.

Cuando reapareció en la superficie, vio que Natalie le llamaba por señas. Había llegado el almuerzo, que ya estaba colocado sobre un mantel en la galería de la cabaña. Natalie tenía en las manos una coctelera de cristal en la que mezclaba el

contenido con una larga cuchara de madera.

—Va a probar la bebida predilecta en la isla: el *swizzle*^[4] de papaya —dijo.

—Ese jugo de papaya es riquísimo —dijo Robert—. Tengo una jarra en mi mesilla de noche.

—Todos la tenemos —dijo Natalie, sonriendo—. Papá tiene en Belique una fábrica de jugos de fruta envasada. Bebemos jugo de papaya en vez de agua, que aquí es bastante fangosa y tiene mal gusto, pues contiene mucha sal. Pero esta mezcla que estoy preparando tiene una sustancia extra.

La sustancia extra era ron, algo que Robert no estaba acostumbrado a beber, pero que, como complemento del baño, le pareció exquisito.

—Tome otro —propuso la joven—. Le acompañaré.

Robert rechazó el ofrecimiento cortésmente, pero Natalie se sirvió otro vaso.

—Demasiado alcohol para una mujer tan joven.

—¡Qué importa! ¡Total...!

Fue un almuerzo muy alegre. Ensalada, emparedados y fruta. Todo delicioso en aquel ambiente fresco y en tan grata compañía. Natalie revelaba cierta dureza, algo así como una indiferencia fingida, según le pareció a Robert. Pero bajo aquella máscara —estaba seguro— había una mujer dulce, ansiosa de afecto, hambrienta de horizontes que no fueran el formado por el eterno azul del cielo y el mar tropicales. La joven le era simpática, y creía estar seguro de que él le era también simpático a ella.

Cuando terminaron de comer se vistieron. Natalie se tendió sobre la arena y le miró con una sonrisa levemente provocativa. Robert se sintió turbado, pues era un ser humano y aquélla una experiencia tentadora. Pensó que no todos los días se encuentra uno tendido en la arena al lado de una hermosa joven.

Contuvo la respiración cuando ella le miró con los párpados semicerrados. ¡Sería tan fácil volverse y apretar sus labios contra la roja y fresca boca! Demasiado fácil. En la expectación de la joven había algo desconcertante y un poco triste. «No —pensó, haciendo un gran esfuerzo—, no debo complicarme la vida con aventuras». Ella se mostraba así únicamente porque estaba sola, porque se sentía desamparada, insatisfecha, desesperadamente triste. Algo la había herido muy hondo y la herida estaba abierta, pero él no la curaría aceptando la invitación de sus ojos velados por un anticipo de lágrimas. No, aquello agravaría su tristeza, su desamparo.

—Usted me ha dicho que iríamos a la ciudad —dijo poniéndose en pie.

Ella permaneció tendida un buen rato, sin responder, cerrados los ojos. Luego se desperezó y, al fin, se puso también en pie.

—Bien —dijo brevemente, sin mirarle—. Iremos en la canoa.

Puso en movimiento el motor de la pequeña embarcación que estaba amarrada al diminuto muelle de piedra.

—¿Quiere desatar esa cuerda? —preguntó, gritando para que su voz se oyera sobre el ruido del motor—. Luego salte a bordo.

Fue hacia atrás unos metros, hasta salir del muelle, y luego viró, lanzando la rauda canoa a toda velocidad a través de la bahía y en dirección a un largo pero bajo promontorio cubierto de árboles y pequeñas palmeras.

Fuera de la bahía, el mar estaba bastante agitado, pero ella no se inmutó, y la canoa siguió a toda marcha, levantando grandes abanicos de espuma. La mayor parte del tiempo iban por el aire, y cada vez que caían en el agua se producía un ruido seco que preocupaba no poco a Robert. Poco después avanzaba por aguas más tranquilas, y Natalie redujo la velocidad.

—Ahí está Basse Terre Point —dijo con una risita—. Siempre me resulta muy divertida, porque una no sabe nunca si podrá pasarla o no. El río Negro desemboca ahí. Es una ciénaga peligrosa. Detrás de ella está Sabana del Mar. El doctor Da Souza tiene una casa en esa playa, o, por lo menos, la tenía hace algún tiempo. Pero ahora está desocupada. Es la que se ve entre aquellos árboles.

—Parece una construcción muy sólida —dijo Robert.

Ella asintió.

—Es el antiguo Fort Liberté —dijo—. El doctor lo reconstruyó, pero ahora está casi en ruinas.

Escrutando aquella extensión desierta, Robert pensó en el médico de la familia Defreese.

—Dígame algo sobre Da Souza —rogó.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó Natalie.

—¿Dónde se doctoró en medicina?

—En la universidad de Río de Janeiro. Ha viajado bastante y habla varios idiomas.

—Da Souza... ¿No es portugués ese apellido?

—Sí, pero el doctor no es portugués. Es un médico extremadamente capacitado y muy trabajador, la gente lo quiere mucho y lo respeta. Algunos le llaman... miró de reojo a Robert —«El Santo Curador».

—Supongo que habrá curado a muchos.

Natalie estaba atenta a mantener un rumbo que bordeaba la línea de los arrecifes. La baja silueta de Reine Marie estaba ya a la vista. Diez minutos después, la muchacha atracó la canoa en el pequeño puerto y la ató a una argolla de hierro del muelle. Luego desembarcaron.

Después de recibir la frescura del mar, el calor resultaba sofocante en Reine Marie. La población parecía más activa que cuando Robert la había visto al llegar en el Island Queen. Se veían grupos de nativos yendo de un lado a otro y equipos de peones que levantaban en la calle principal altos postes con franjas de colores, de los cuales pendían banderas y gallardetes.

En la Grande Place se oía un incesante y activo martilleo bajo un gran toldo, frente a la catedral, y a lado opuesto de la plaza, un joven mulato pintaba de verde, con evidente satisfacción, las celosías de un viejo hotel.

—Son los preparativos para el Mardi Gras —dijo Natalie—, fiesta anual que resulta un verdadero *pandemónium*^[3b]. Empieza dentro de dos semanas.

Se detuvo frente a una antigua pero bien conservada casa de piedra, alta y estrecha, con un pórtico que se alzaba tras una alta verja de hierro.

—Es la casa del doctor Da Souza. Cuando termine la visita, puede recogerme en Fonseca's —e indicó con un movimiento de cabeza el hotel ante el que acababan de pasar.

—¡Cómo! ¿No entra usted conmigo?

—¡No! Le esperaré en la terraza del hotel, tomando alguna bebida fría. No hay necesidad de que se apresure.

Se alejó con un aire de despreocupación por todo y por todos, y un momento después entraba en el bar de Fonseca's.

Robert subió los cuatro o cinco escalones de piedra de la casa de Da Souza y llamó a la puerta. La placa de bronce con el nombre del médico, igual que las lanzas del mismo metal de la verja, brillaban, perfectamente pulidas. En las angostas ventanas, sombreadas por verdes celosías, cortinas de encaje limpiísimas velaban discretamente el interior. El porche había sido regado poco antes y todo aparecía en perfecto orden.

El mismo Da Souza abrió la puerta e hizo entrar a Robert. Le estrechó la mano con extraordinaria fuerza, y Robert pensó que aquellos dedos eran capaces de doblar una barra de hierro.

—Ha llegado usted oportunamente, doctor —dijo el dueño de la casa—. Hace un momento he terminado mi consulta. Haga el favor de venir por aquí.

Llevó a Robert a una habitación que estaba a la derecha del vestíbulo. Los muebles eran de caoba y las sillas y sillones estaban tapizados de terciopelo rojo oscuro. Las anchas tablas del entarimado aparecían brillantemente enceradas, y en el aire flotaba una ligera emanación de éter, ácido fénico y elixir *paregórico*^[5], muy propia del consultorio de un médico.

—¿Qué desea usted tomar, doctor? ¿Té, café o algo más fuerte? Todo lo que hay en mi modesta casa de soltero está por entero a su disposición.

Cuando Robert dijo que prefería té, Da Souza tuvo una sonrisa de aprobación, y, un minuto después, un criado vestido con traje de alpaca negra entró con una bandeja en la que se veía un antiguo juego de té de plata. El chato y bronceado rostro del servidor estaba tan lleno de cicatrices, desde la frente al mentón, que parecía haber pasado por una máquina trituradora.

El criado se quedó inmóvil, en respetuosa espera. Da Souza le hizo unas señas, y luego, cuando el sirviente se hubo retirado, explicó:

—Castro es sordomudo y, como usted ve, no es muy hermoso. Pero me resulta sumamente útil. Es muy obediente. Lo arreglé después de una pelea a cuchillo. Estos caribes son gente muy sencilla y, en ocasiones, irresponsables.

Comenzó a servir el té, y Robert tuvo la oportunidad de observarlo más

detenidamente. Con gran sorpresa, se vio obligado a modificar sus primeras impresiones. A pesar de su elegancia y de la belleza de su rostro, sumamente cuidado con afeites, sus facciones eran vigorosas. Descuidada, sin aquella radiante sonrisa tan suya, la fisonomía de Da Souza era inteligente, severa, incluso algo triste. Tenía prominente el mentón; el cuello era grueso y estaba bien asentado en unos musculosos hombros de atleta.

Por un instante pareció una persona distinta, pero un segundo después levantó la cabeza y sonrió de nuevo. Era como si hubiese vuelto a adoptar aquella expresión de médico de cabecera, de hombre cautivador que Robert había observado en él a su llegada.

—Espero que esto esté a su gusto —dijo pasándole una taza—. Es té de la India. Nosotros cultivamos café y cacao, pero no té. ¿Quiere tomarlo con limón, o lo prefiere con crema?

Robert repuso que lo tomaría con limón, y Da Souza le acercó un plato en el que había algunas rodajas de este fruto, mientras decía:

—¿Sabe una cosa? Siempre me ha sorprendido mucho que en su país, los Estados Unidos, no se haya popularizado la costumbre de tomar té.

Por lo visto, creía que su visitante era norteamericano. Robert no lo sacó de su error.

—Ustedes, como nosotros, los brasileños —añadió Da Souza—, somos bebedores empedernidos de café. Pero me parece que en las ciudades de los Estados Unidos ya se está adoptando la costumbre de tomar té, ¿no es así?

—Sí, creo que sí —dijo Robert, entre sorbo y sorbo.

—Y, ya que hablamos de bebidas, me referiré a las alcohólicas, para decide que no sabe usted con qué satisfacción he recibido la noticia de que el señor Defreece ha dejado de beber. Antes era un bebedor algo desenfrenado. Lo felicito, pues supongo que todo se debe a una prescripción suya.

—Ya ha recibido su lección —respondió Robert—, y me parece que de ahora en adelante se limitará a beber su jugo de papaya... quizá con algunas gotas de ron.

—Espero sinceramente que así sea —dijo Da Souza muy serio—. Así, alargará su vida notablemente. Aprecio mucho a la familia. Madame es una mujer encantadora, muy culta y gran pianista. Por desgracia, posee un sistema nervioso extremadamente excitable. —Su rostro adquirió una expresión grave, y añadió—: Confieso que me preocupa. Es posible que usted haya observado ya en ella cierta tendencia a los calmantes. Estoy haciendo cuanto puedo para eliminar ese hábito, especialmente por su esposo. El señor Defreece es un gran hombre. Ha hecho mucho en favor de San Felipe. Ha defendido con éxito los derechos de los antiguos terratenientes contra la creciente amenaza de los agitadores obreros que llegan a la isla del extranjero.

Inclinó la cabeza, tomó un sorbo de té y comenzó a hablar de San Felipe, de sus costumbres y de la labor que él realizaba entre los nativos. Decía cosas muy interesantes, y, en el aspecto médico, Robert tuvo que reconocer que,

indiscutiblemente, su colega conocía a fondo su profesión. En realidad, aparte aquella florida retórica con que se expresaba, y que seguramente era inconsciente, Da Souza le produjo muy buena impresión.

—Supongo que el hecho de ser el único médico de este lugar tan alejado del mundo debe de significar para usted una tremenda responsabilidad —dijo Robert.

He tenido mucha suerte —respondió Da Souza con voz lenta—. Aunque, a veces, he tropezado con dificultades. He tenido alguna epidemia de fiebres tifoideas y, excepcionalmente, algún caso de cólera maligno. Pero hago todo lo que puedo. Tal vez le interese ver mi quirófano.

La sala de cirugía estaba al otro lado del vestíbulo y tenía una puerta lateral que daba a la calle. Robert se quedó asombrado. Era un quirófano de primera clase y visiblemente nuevo. Estaba cubierto de azulejos blancos y perfectamente equipado. Tenía dos pequeños anexos de emergencia y un aparato de Rayos X, excelente aunque de reducidas dimensiones. Su contenido e instalación tenían que haber costado al doctor Da Souza una suma muy elevada.

Da Souza, que observaba a Robert atentamente, con el deseo de descubrir la impresión que su quirófano le causaba, dijo sonriendo:

—Tiene usted razón..., si piensa lo que creo que está pensando. Con lo que me produce mi profesión no habría podido comprar todo esto. —Hizo una breve pausa y añadió—: El dinero salió de la mina.

—¿Qué mina? —preguntó Robert, sorprendido e interesado.

Da Souza comprendió que su interlocutor no tenía conocimiento del asunto y le explicó:

—Hace unos doce meses se descubrió un yacimiento de bauxita en San Felipe. El depósito es muy valioso. Una compañía brasileña lo está explotando. No puedo decir que recibiéramos con agrado a esos extranjeros, pero como parecían dispuestos a ser generosos, pensé en los intereses de la humanidad y no me fue posible negarme. Como es natural, aquí despreciamos el dinero, pero, al fin y al cabo, el oro tiene su utilidad, con tal que sea debidamente empleado.

Mientras hablaba Da Souza, Robert había inspeccionado todo el equipo. Le agradó sobremanera, y así se lo dijo a su dueño. En el fondo del quirófano había una puerta.

—¿Tiene usted ahí el dispensario? —preguntó.

—No —dijo Da Souza—. Eso no es más que un armario en el que guardo todo lo concerniente a las fracturas: tablillas, vendas, gasas, aparatos de extensión, etcétera. El dispensario está aquí, a la izquierda.

Se lo enseñó, y luego, con una cortés reverencia, lo condujo de nuevo a la casa, donde Robert, después de consultar su reloj, dijo que tenía que irse. Da Souza le acompañó hasta la puerta, puso una mano en su hombro y, después de expresarle el deseo de volverle a ver en su casa, se despidió de él.

Ya fuera, en la Grande Place, Robert buscó con la vista a Natalie. Tuvo que

esperar un buen rato. A aquellas horas las calles estaban casi desiertas, detalle que indudablemente contribuyó a destacar la aparición de dos hombres que salieron simultáneamente de unas oficinas situadas en el extremo más lejano de la plaza y se dirigieron, uno junto al otro, a la catedral. Pero, más que su aparición, fue su aspecto lo que llamó la atención de Robert, ya que era impropio de aquella ciudad habitada casi exclusivamente por nativos. Los dos eran bajos y fornidos, y llevaban trajes oscuros de, confección evidentemente europea. Los dos se cubrían con sombreros flexibles negros y llevaban carpetas de piel de color castaño. Parecían turistas, aunque sólo Dios sabía de qué país. Pero, a pesar de su similitud de robots, había en ellos algo incongruente que habría resultado cómico de no tener un algo siniestro.

Robert los miró mientras se acercaban. Los dos se detuvieron ante la catedral, como para admirar su semiderruida magnificencia barroca. Luego reanudaron la marcha. Volvieron a detenerse frente al Palais de Justice, que admiraron también, pero esta vez haciendo grandes ademanes, ásperos pero sobremanera expresivos. Luego, los ojos de los dos se fijaron en un jeep verde estacionado al pie de un viejo árbol, frente a la vera de entrada al macizo edificio. El jeep despertó su interés hasta el punto de que, inclinándose sobre el vehículo, empezaron a examinar su interior. Lo inspeccionaron todo detenidamente y con expresivas muestras de aprobación.

Robert se estaba cansando ya de aquellas payasadas, tan semejantes a las de los malos cómicos de variedades. Por eso, cuando los hombres reanudaron su camino, el doctor ya no los miraba. Pero pronto se dio cuenta de que ninguno de los dos llevaba ya su cartera.

Entre tanto, pensaba que tenía que reunirse con Natalie, y, como no veía señal alguna de ella, empezó a caminar hacia Fonseca's. Apenas había dado unos pasos a través de la plaza, la vio salir del bar con un joven. Como éste daba la espalda a Robert, el médico no podía saber cómo era su cara, pero sí que era un hombre alto, de recia complexión y evidentemente en mala situación económica, a juzgar por sus sandalias de cáñamo, su vieja chaqueta de cuero y sus rozados pantalones del ejército norteamericano.

Natalie y su acompañante se detuvieron bajo la terraza, charlando animadamente. Al parecer, discutían, pero luego, cuando ya estaban a punto de separarse, se reconciliaron. Repentinamente, con premeditada violencia, el joven la tomó en sus brazos y, aunque ella se resistió al principio, un segundo después pareció ablandarse. Un largo abrazo, mientras las bocas permanecían unidas en un furioso beso... Al fin, ella se apartó bruscamente.

Aunque Robert fingió no haber visto nada y estar absorto en la contemplación de uno de los escaparates del «*Bazar Damballa*» cuando Natalie llegó a su lado ella no se dejó engañar, pues le sonrió extrañamente y le guiñó un ojo con picardía. Se alejaron y poco después llegaron en silencio al muelle, para emprender, el regreso a «Grande Limbe» en la canoa.

Natalie conducía la veloz embarcación mecánicamente, con la mirada fija en la

proa y en el mar y conservando aquella extraña sonrisa en los labios. Parecía algo menos nerviosa, más tranquila que antes. Tras un largo silencio, preguntó:

—¿Qué le ha parecido el «Santo Curador»?

Robert contestó, con el ceño ligeramente fruncido:

—Hay mucho talento y una tremenda fuerza física y mental bajo su aspecto de afectado conversador, Sin embargo, le confieso sinceramente que no me fue posible comprenderlo del todo. Creo que llegaría a admirarlo, pero jamás a considerado agradable, a sentirme realmente amigo suyo.

—No es usted la única persona a quien le ocurre eso —respondió Natalie.

—Parece ser un gran admirador de su madre.

—Creo que sería más exacto decir lo contrario: es ella quien depende de él absolutamente. En las últimas semanas, el doctor Da Souza ha estado mucho en «Grande Limbe», pero ahora que papá ha vuelto, eso tendrá que terminar.

Hizo una pausa y añadió, cambiando de tono:

—Le agradeceré que no la llame «mi madre». Yo apenas si la llamo «mi madrastra». Para mí siempre es madame. No podría llamarla de otro modo.

—Por lo visto, no siente usted mucho cariño por ella —dijo Robert.

—Así es —respondió Natalie francamente—. Además, le tengo miedo. Cuando no consigue sus deseos, suele ponerse tan furiosa que me aterra.

Hubo un largo silencio, y Robert contempló el perfil de su acompañante, a la vez que reflexionaba sobre sus últimas palabras; Al fin dijo severamente:

—¡Que yo no me entere de que utiliza usted esas drogas!

—Pierda cuidado. Una vez me inyecté para probar, y sentí como si mi cabeza estuviera llena de algodón mojado. ¡No, no tema! ¡Eso me parece repugnante, asqueroso...!

Sin mirarlo, atracó la canoa al muellecito de la plantación.

—A propósito —dijo—. Le ruego que no diga una palabra a madame sobre mí. Ese muchacho con el que acaba de verme es Charlie... ¡Es posible que sea un vagabundo, pero, a pesar de todo, sigue siendo mi esposo... y le quiero!

De pronto, cuando estaban a punto de desembarcar, llegó a ellos de la parte de Reine Marie una espantosa detonación. Robert se detuvo de pronto y exclamó, mirando hacia la ciudad:

—¿Qué habrá sido eso?

Natalie parecía asustada, pero al fin se encogió de hombros y dijo:

—Tal vez la mina... Siempre están haciendo estallar cargas de dinamita.

—Me parece que la explosión se ha producido en el lado de la ciudad. Sonó algo así como una bomba. ¡Hasta he creído percibir el resplandor del fogonazo!

Ella le miró, vacilante, y dijo:

—Pueden haber sido un relámpago y un trueno. En esta época del año son muy frecuentes las tormentas eléctricas que descargan sin previo aviso.

La explicación parecía razonable, y, como no ocurriera nada más, avanzaron

hacia la casa.

Era más tarde de lo que Robert se imaginaba cuando entraron en la mansión: casi las seis de la tarde. La media luz crepuscular empezaba a teñido todo de gris.

Un momento antes de entrar, Natalie se detuvo a la sombra del jacarandá y depositó un rápido beso en la mejilla de Robert.

—Esto es por todo lo que ha hecho hoy por mí... y por lo que no ha hecho —dijo, y desapareció al instante.

Aquello fue tan repentino, que desconcertó a Robert. Pero le pareció adivinar lo que ella había querido decir, y esto le produjo una evidente satisfacción.

Corrió al piso en busca de Mary. Deseaba verla, al darse cuenta de pronto, con cierta sensación de vergüenza, de que había estado ausente demasiado tiempo. Después de mucho buscar, encontró la habitación de la joven. Mary estaba sentada junto a la ventana, leyendo.

—¿Qué tal, Mary, cómo le ha ido hoy? —preguntó alegremente.

Ella levantó los ojos del libro y le miró muy seria. Tras una pausa, respondió:

—Muy bien. El señor Defreece ha tenido un buen día. Ha estado en su despacho una hora esta mañana, ha descansado después del almuerzo, como de costumbre, y a las dos le he dado el *Dicumarol*^[6]. El pulso y la temperatura eran normales. Por la tarde ha ido al *Palais Législatif*. Y ahora está descansando un rato, antes de la cena.

El tono oficial y la cortesía con que hablaba aumentaron la sensación de culpabilidad de Robert. No debía haberla dejado sola todo el día. Además, había cometido el error de tratar de salir del apuro con unas palabras alegres.

—¿Y a usted qué tal le ha ido? —preguntó Mary—. ¿Se ha bañado?

—No.

—¿Qué ha hecho, entonces?

—Dar un paseo.

—¿Hasta dónde ha llegado?

—No muy lejos. Hacía mucho calor. Me encontré con un gran grupo de nativos que estaban celebrando una reunión junto al bosque de papayas. Gritaban como condenados... Luego me perdí y, al verme al borde de una ciénaga hedionda, decidí regresar.

Mary lo escuchaba impasible.

—¿Le ha ido bien con su nueva amiguita?

—Sí —dijo Robert con cierta aspereza.

—Me alegro.

La frialdad de aquellas dos palabras y la mirada indiferente que le dirigió hirieron a Robert, que, de pronto, se olvidó de toda dignidad profesional.

—¿Por qué me mira de ese modo? —preguntó.

—¿Cree usted que lo estoy mirando? —preguntó Mary arqueando ligeramente las cejas.

—¡Sí! Me mira, y sus ojos parecen de hielo.

—Si desea más calor, ya sabe dónde lo ha de buscar.

Robert enrojeció, indignado. No había hecho nada incorrecto. ¿Qué diablos sospechaba Mary? Había resuelto contárselo todo, pero calló, irritado y fuera de sí.

Continuó el silencio. Ella no hizo nada por romperlo: empezó a pasar distraídamente las páginas del libro, como si tuviese interés en reanudar la lectura. Como no estaba en sus horas de trabajo, se había quitado el uniforme y llevaba un vestido floreado de algodón con el que parecía más joven y más bonita. Lo cual contribuyó a empeorar las cosas.

Robert dio unos pasos hacia la puerta. Estaba indignado y amargado. Echaba de menos la camaradería, la comprensión, la alegría que esperaba de ella, y como en cierto modo se sentía culpable, trató de arreglar las cosas.

—Vendré a buscada antes de la cena. Bajaremos juntos al comedor.

—No se moleste —dijo Mary—. Desde hoy almorzaré y cenaré en mi habitación. Madame me lo ha sugerido muy finamente.

—¡Santo cielo! —exclamó Robert—. ¡No, eso no es posible! Usted tiene que cenar con todos. Le hablaré inmediatamente a madame.

—Le ruego que no lo haga. Le aseguro que lo prefiero así.

—Muy bien —dijo él tras una breve pausa—. Si usted lo prefiere...

Esperó, confiando en que ella diría algo, pero, en vista de que no decía nada, se despidió diciendo:

—Voy a lavarme un poco.

—Es lo mejor que puede hacer —dijo Mary—. Por lo menos, límpiese esa mancha de rouge que lleva en la mejilla. No le favorece.

III

EL día siguiente, sábado, comenzó sin incidentes dignos de mención —si se exceptuaba la contrariedad de que el teléfono se descompuso—. Sin embargo, Robert empezó a sentir en la atmósfera la tensión de que le había hablado Mary Benchley.

Alexandre Defreece, hombre generalmente silencioso, se alejó en su coche a eso de las nueve y media. Durante el almuerzo, madame conservó la serenidad, pero era evidente que a costa de un gran esfuerzo. Henri Lamont, el primo de la señora Defreece, después de decir que tenía trabajo en la plantación, estuvo merodeando por la casa toda la tarde. Natalie, que aparecía unas veces alegre y otras triste, no acusaba ningún cambio en su actitud habitual.

Algo se estaba gestando en aquella atmósfera bochornosa, algo secreto e intenso, que comenzó a pesar sobre Robert. Y la actitud de Mary no contribuía, por cierto, a aligerar el ambiente.

Desde la noche anterior se había encerrado en una armadura de reserva, y Robert no conseguía romper la coraza.

Hacia las cinco de la tarde, Defreece regresó, e inmediatamente pidió a Robert que fuese a su despacho.

Sentado ante su suntuosa mesa, contempló al joven médico un momento, como si quisiera estudiarlo. Después, con menos ironía que de costumbre, dijo:

—Doctor: creo que estará usted de acuerdo conmigo en que me encuentro razonablemente bien. ¿Me equivoco?

Robert sonrió.

—No, señor Defreece. Está usted irrazonablemente bien.

Alexandre, sin devolver la sonrisa, continuó:

—En otras palabras, ya no es necesaria una continua supervisión médica...

—En rigor, no lo es —admitió Robert.

—Perfectamente —dijo el multimillonario—. En la costa norte hay un barco de carga, de La Habana, que partirá dentro de cuarenta y ocho horas. Tres días después llegará a Colón, que, como usted sabe, está a doce horas de vuelo del aeropuerto de La Guardia. Sugiero que usted y la señorita Benchley, la excelente enfermera, tomen ese barco.

—¿Por qué? —preguntó Robert.

—Aun a riesgo de aburrido, se lo voy a decir.

Se pasó una mano por la frente y se recostó en su sillón.

—En el último medio siglo, San Felipe ha sido un remanso de paz en este agitado mundo. O, dicho de un modo más sentimental, una isla paradisíaca. Nuestros obreros, bien tratados y teniendo un trabajo fijo, estaban satisfechos. Pero, por desgracia, durante la primavera del año pasado, un extranjero descubrió bauxita en la isla: enormes depósitos de ese mineral que, como usted sabe constituye la base para la

producción del aluminio. La concesión fue vendida por el propietario de la tierra donde se halla la mina, y antes de que nos diéramos cuenta, una compañía extranjera se había establecido entre nosotros. Esa compañía es, aparentemente, brasileña, pero, en realidad, sirve de pantalla de una empresa totalmente comunista.

Hizo una pausa y agregó:

—Tal vez usted no lo sepa, pero en las islas estratégicas de este hemisferio se ha iniciado una enérgica campaña encaminada a fomentar el descontento en el pueblo con el propósito de derrocar a los regímenes actuales. Pronto llegó aquí esa campaña, tan venenosa como de costumbre. La mayor parte de nuestro pueblo está integrado por criollos. Son como niños. Tienen buen corazón, pero se dejan convencer fácilmente. Algunos de ellos están ya bajo el dominio comunista. El elemento caribe de nuestra población ha sido especialmente contaminado. Siempre han sido violentos y peligrosos. Y, lo que es peor todavía, existe entre ellos un culto secreto, de cariz religioso, una especie de brujería indescriptiblemente cruel, que hasta ahora habíamos conseguido reprimir. Actualmente, ese culto ha resucitado y se ha extendido hasta formar la punta de lanza del movimiento comunista. Todo ello es tan secreto como los planes de una hermandad de sangre. Así que sabemos muy poco de sus detalles. Sin embargo, puedo decir que es algo terrorífico. Yo mismo, y mi amigo Juan Ribera, el jefe de policía, hemos sido, durante meses, sus blancos principales.

Hizo una nueva pausa, y continuó:

—Debido a todo esto, cuando regresé a San Felipe, ya esperaba tropezar con graves dificultades, pero ahora me doy cuenta de que estamos en presencia de algo mucho más grave: ¡de una verdadera revolución!

Sus facciones adquirieron una terrible dureza.

—Ayer por la tarde —continuó— se realizó un descarado intento de liquidar a Ribera. Su jeep y su chófer fueron materialmente pulverizados. Por pura casualidad, él tuvo que permanecer unos minutos más en la oficina, y gracias a ello se libró de la muerte. Anoche se produjeron peligrosos tumultos en «*La Tortue*», y esto es sólo el principio. Por eso creo que deben irse ustedes.

Robert no respondió. Pensaba en aquella siniestra, aunque cómica, pareja de hombres que había visto el día anterior. Ahora se daba cuenta de que sus caras denunciaban claramente su nacionalidad.

—No puedo hablar en nombre de la enfermera, señor Defreece —dijo al fin—, pero estoy seguro de que ella opinará lo mismo que yo. Los dos hemos recibido instrucciones perfectamente precisas: permanecer con usted un mes. Piense que si lo despedazan a usted con una bomba, me necesitará para que lo componga de nuevo.

Hubo otro largo silencio.

—Bueno..., Robert —dijo al fin Defreece tendiéndole la mano mientras una leve sonrisa entreabría sus labios—. Si tiene usted parientes, hágales saber que yo le advertí...

Cuando Robert se retiró, la luz empezaba a desaparecer. Pero el médico sintió la

necesidad de nadar un rato para refrescarse.

Hacía calor, y la luna, que salía en aquel momento, trazaba un espejeante camino de plata sobre el terciopelo negro del agua. Robert nadó perezosamente hacia el mar abierto.

De pronto, en aquella claridad plateada advirtió que otra persona nadaba hacia él. Cuando estuvo cerca vio que era Mary. Al parecer se dirigía al arrecife. Robert se puso a su lado y avanzaron juntos.

En silencio salieron ambos del agua, encaramándose a una roca plana del arrecife.

—¿Así que ésta es la hora en que usted se baña? —preguntó Robert.

—Sí. Me gusta nadar cuando todo está tranquilo y silencioso como ahora —respondió Mary.

Callaron durante un par de minutos. Al fin, la enfermera dijo:

—¡Doctor, siento mucho haberle hablado como lo hice anoche. Fue imperdonable!

—¡Bah! —exclamó él— ¡No tiene importancia! Pero... ¿por qué estaba usted tan alterada?

Ella miró hacia otro lado.

—No estaba alterada —dijo—. ¿Por qué había de estado? Lo que ocurre es que... tengo un genio demasiado vivo, por desgracia... De hoy en adelante procuraré dominarme...

—No... Por favor —exclamó Robert—. Comprendo que ha de ser muy duro para usted vivir en esta isla... Además, todos nos dejamos llevar por nuestros sentimientos de cuando en cuando. Es lo natural.

—Sí —dijo ella lentamente—; tiene usted razón.

—Entonces, ¿todo arreglado entre nosotros? —dijo Robert alegremente.

Y le tendió la mano, esperando que ella la estrechase para sellar la nueva camaradería entre ambos. Pero, para sorpresa suya, ella retiró su mano apenas la tocó él.

Robert no comprendió esta actitud, pero le pareció que lo mejor era no tratar de aclararla. Por el contrario, después de una breve pausa, dijo:

—Alexandre está un poco preocupado por nosotros.

Y le refirió la conversación que había tenido con el multimillonario.

—Si desea irse, ahora tiene la oportunidad —terminó.

Ella hizo en el acto un movimiento de cabeza negativo.

—Me quedaré. Al principio no quería permanecer aquí, pero ahora... Ahora me parece que es mi deber quedarme —dijo, pensativa.

Luego, de pronto, rompió el breve silencio que se había producido, con una pregunta que sorprendió a Robert.

—Usted no ha estado nunca en Vermont, ¿verdad?

—No —respondió él, extrañado—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque estoy pensando en Vermont, mi pueblecito. Me parece estar viéndolo,

en vez de ver esta isla salvaje...

El adivinó el estado de ánimo de la muchacha, advirtió su profunda tristeza y la nostalgia que latía en su voz...

—Dígame lo que ve —solicitó.

—Creo que no hay nada inusitado en mi visión. Veo la única calle de mi pueblecito. También las colinas, cubiertas por una espesa capa de nieve, que se extienden kilómetros y kilómetros. Hay un arroyuelo, y más allá la iglesia, con su alta torre. Al lado del templo está la rectoría. Es una casa blanca, de estilo colonial, que fue construida hace más de cien años... ¡Esa casa es el hogar de mi familia!

Robert guardó silencio. Veía mucho más que aquel ligero bosquejo que Mary acababa de trazarle, y creía descubrir en parte el secreto del carácter de la enfermera. Ahora comprendía su respeto a las normas de honor y el deber personal, la simplicidad de sus gustos y proyectos para el porvenir. Todo ello era consecuencia de la educación que había recibido en aquella rectoría campesina.

Pero antes de que él pudiera hablar, ella se puso en pie.

—Vamos —dijo—. Aún podemos zambullirnos unas cuantas veces.

Poco después, cuando avanzaban por la avenida que conducía a la mansión, Robert notó que un lazo de compañerismo renacía entre ellos, y esta sensación le produjo una alegría mucho más profunda de lo que esperaba.

Al llegar al césped que se extendía frente a la casa vieron que madame Defreece, ya vestida para la cena, estaba en pie en la galería. Se abanicaba con un valioso abanico de marfil. Al llegar Robert, lo cerró y le dio con él un golpecito, a modo de saludo, y el doctor se dio cuenta inmediatamente de que la dama había recibido poco antes una buena inyección.

—¿Dónde ha estado usted, hombre malo? Natalie le ha estado buscando por todas partes. Creo que ha hecho perder la cabeza a la pobre chica. Venga y le daré un coctel.

Pareció fijarse entonces en Mary, y añadió, en un tonillo de indulgencia:

—Venga usted también, enfermera..., aunque sólo sea por una vez.

Robert notó que Mary se quedaba rígida a su lado.

—¡No, gracias! —contestó la muchacha secamente.

—¡Venga, hágame el favor! —dijo él en seguida.

Pero Mary hizo un movimiento negativo de cabeza. Su voz sonó de nuevo fríamente:

—Prefiero no ir. Le ruego que me excuse.

Y se alejó por la galería. Madame alzó las manos, como protestando de aquella descortesía.

—Su enfermera no es muy agradable que digamos, —comentó. Luego tomó a Robert del brazo y le sonrió con dulzura—. ¡Usted, en cambio, es encantador! Si me lo permite, añadiré que lo considero ya de la *famille*...

El día siguiente fue también muy caluroso. Ni la más leve brisa movía las hojas

de las palmeras. La isla parecía flotar en una ligera bruma. Por la tarde, Robert estuvo un buen rato corriendo por la playa, pero cuando regresó no se sentía menos preocupado. Deprimido, inseguro de sí mismo, se volvió hacia la casa y al llegar observó que el coche del doctor Da Souza estaba estacionado ante la puerta.

Al penetrar en el vestíbulo por la galería del lado sur oyó una gritería en la que destacaban las voces y el llanto de una persona que sufría un ataque de histerismo.

La víctima era madame. Con ella, uno a cada lado: estaban Da Souza y Lamont, que trataban desesperadamente de calmarla. «La reacción de la fuerte inyección de anoche», pensó Robert, asqueado. Él intentó llegar a la escalera para subir al piso sin ser advertido, pero madame lo vio y lo llamó inmediatamente. Cuando lo tuvo a su lado, se aferró a su brazo convulsivamente.

—Doctor... Doctor... —gimió—. ¡Jamás podré recobrar-me!

—Madame, le ruego que se calme... ¡Por usted misma, por sus nervios! —dijo Da Souza, que, por cierto, estaba extrañamente alterado.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Robert.

—Un accidente. Ha sido lamentable, pero, por fortuna, no ha tenido consecuencias: nadie ha sufrido ningún daño.

—¡Sí, sí... A Dios gracias! —gimió madame entre lágrimas—. *Quel malheur*^[7]!

Henri Lamont explicó en voz baja:

—Se hizo para complacerlo, para que, al regresar, hallara más atractiva su habitación...

Robert no entendía una palabra. Madame había estallado otra vez en sollozos. Pero, al cabo de unos segundos, se calmó.

Robert se volvió al doctor Da Souza.

—¿Qué le ha administrado, doctor? —preguntó.

—Morfina. Tenía que darle una dosis fuerte —y añadió en voz baja—: Por desgracia, madame está ya habituada a las dosis mínimas.

Mientras la observaban, Da Souza prosiguió en el mismo tono:

—La decepción que ha sufrido ha aumentado el efecto del accidente. He aquí lo ocurrido. Madame hizo decorar la habitación de su esposo para darle la bienvenida. Esos malditos obreros —agregó furioso— son descuidados, inútiles... Habían descolgado la araña de cristal para limpiarla, y, por lo visto, no la aseguraron bien al colgarla de nuevo. Hace media hora, cuando el señor Defreece estaba descansando, la araña se desprendió. Por suerte, en ese preciso momento, el señor Defreece acababa de levantarse. De modo que se salvó por milagro, pues, de haber permanecido en la cama, la araña le habría caído encima.

Madame seguía musitando incoherencias. Estaba como adormecida.

—¿No será mejor que ella se acueste, doctor? —preguntó Robert—. Enviaré a la enfermera para que la ayude.

Subió a la habitación del señor Defreece. Vio que en el techo había un boquete, y debajo, mezclados con yeso, los fragmentos de la lámpara de cristal. Todo ello

amontonado en la cama turca donde acostumbraba dormir la siesta el millonario. Éste y Mary estaban de pie junto a la ventana.

—¡Ah, doctor! Nos encuentra usted en pleno desorden... Pero pronto volverá a estar todo como es debido —dijo Defreece al verle, pero sin aquella seguridad y leve ironía que eran habituales en él.

—Ha tenido usted muchísima suerte —dijo Robert.

Esto era una tontería, pero fue lo único que se le ocurrió decir.

—Sí, Creo en mi buena estrella —respondió Defreece gravemente, y luego se encogió de hombros para agregar—: Además..., por suerte poseo la bendición de una sed perpetua...

—¡Ah! ¿Se ha levantado usted para beber?

—Sí, un vaso de jugo de papaya. Como usted ve, doctor, la virtud me ha premiado.

—El obrero que colgó la araña tuvo que ser un hombre muy poco cuidadoso —dijo Robert.

—¿Poco cuidadoso...? Sí, sí..., tal vez —respondió Defreece, con una sonrisita irónica—. Pero no debe usted olvidar que en estos momentos no soy muy popular en San Felipe.

Robert examinó atentamente la araña caída. Jamás habría tenido una idea tan astuta. Si el accidente había sido un atentado contra la vida de Defreece, había que reconocer que procedía de una mente diabólicamente ingeniosa.

De pronto recordó por qué había subido.

—Madame Defreece está bastante trastornada. Si usted puede prescindir de la señorita Benchley durante una media hora...

—¡Naturalmente! ¡Señorita, vaya en seguida! ¡Tiene que haber sido un golpe terrible para mi querida esposa! —respondió Defreece con agitación.

—Vuelvo en seguida —dijo Robert, saliendo al corredor con Mary.

Estuvieron allí unos instantes, en la media luz que se filtraba por las rendijas de las persianas. Mary había perdido el color.

—¿Estaba usted con él cuando se cayó la araña? —preguntó Robert.

—No. Oí el ruido y vine corriendo.

—Parece ser que el accidente no le ha afectado, por fortuna.

—Sí, está perfectamente. —Y, tras una leve vacilación, agregó—: Al menos por ahora.

—Sí, claro —dijo Robert—. Ya sé que está amenazado de muerte. Vive en constante peligro. Pero es posible que haya sido un accidente.

—¿Usted cree? —preguntó Mary.

—Sí. ¿No comprende usted que nadie podía prever que el señor Defreece estuviese debajo de la araña cuando ésta cayese?

—No sé, no sé... Yo creo que todo fue minuciosamente preparado.

Robert la miró sorprendido al ver que sus labios temblaban.

—Alguien había corrido la cama turca. Siempre había estado junto a la pared. ¡Me consta que así estaba esta mañana. Lo juraría! ¡Pero luego, alguien la colocó exactamente debajo de la araña!

Se volvió y empezó a bajar la escalera, dejando a Robert solo en el pasillo.

Robert se despertó aquella noche tras una angustiada pesadilla.

Se volvió en el lecho para consultar su reloj de esfera luminosa. Era solamente la una y media, pero, aunque lo intentó, ya no le fue posible volver a conciliar el sueño.

Era indudable que Alexandre estaba amenazado por gente de fuera de la casa, pero ¿estaba también expuesto a los ataques de alguna persona que vivía bajo su mismo techo? ¿Había algo que justificase aquellos temores expresados por Mary? ¿Qué ocurría secretamente en aquella mansión extraña y macabra?

La habitación estaba sumida en una completa oscuridad y en absoluto silencio. Sin embargo, a través de aquella calma, llegó a él, procedente del corredor, el ruido de unos pasos cautelosos. Estuvo inmóvil un rato, haciendo un enorme esfuerzo para escuchar, y cuando ya no le fue posible oír los pasos, se levantó y abrió silenciosamente la puerta.

En el extremo más lejano del largo corredor, una vela lucía débilmente y, a su escasa claridad, Robert vio una figura que paseaba con lentitud. Era Lucía, la anciana sirvienta de los Defreeces.

La vieja lo vio en seguida y, sin interrumpir su lento caminar, le hizo una seña, grave pero tranquilizadora, con la mano, rogándole que volviese a su habitación.

Al amanecer, Robert se sumergió en un breve e intranquilo sueño, del que despertó poseído de una urgente necesidad de acción.

Toda la mañana estuvo pensativo, tratando inútilmente de hallar una solución a los problemas que le absorbían, y por la tarde consiguió alejarse sin que lo vieran, embarcó en la canoa y se dirigió a Reine Marie.

Las calles de la ciudad, donde se preparaba el inminente Carnaval, estaban más animadas. Grupos de bailarines con trajes típicos recorrían la ciudad. Llevaban altos palos forrados de cintas multicolores y de los que pendían guirnalda y gallardetes. Los bailarines entonaban extraños cantos mientras sus cuerpos ondulaban al ritmo de los tambores. Pero, a pesar de aquella aparente alegría, Robert creyó advertir un ambiente de intranquilidad que parecía más intenso que la tensión nerviosa producida por la proximidad de las fiestas.

Observó además otro detalle que le pareció significativo: el extraordinario número de agentes de la policía que se veían en las calles.

El Fonseca's estaba menos concurrido de lo que esperaba. Y una vez ante el mostrador, pidió una tacita de café.

—¿Anda por aquí el señor Charles Callaghan? —preguntó.

—No, señor; no lo he visto todavía —respondió el barman mostrando unos blanquísimos dientes en una amplia sonrisa—. Pero no tardará en llegar.

En efecto, transcurridos menos de diez minutos, apareció en la puerta del café una

alta y fornida figura que estuvo unos instantes recorriendo la sala con la vista y luego se dirigió a la mesa que acababa de ocupar Robert. Tomó una silla, se sentó, estiró las piernas y miró a Robert en silencio, con sus ojos notablemente vivaces.

—Me llamo Murray, Robert Murray —empezó a decir el médico.

—Ya lo sé, ya lo sé —le interrumpió el recién llegado—. Me lo dijo ella.

Hubo una breve pausa.

—¿Qué quiere tomar?

—El veneno nativo: *clairin* —respondió el otro, indiferente, e hizo una seña al barman, que le sirvió en seguida un vaso de ron puro.

Otra pausa. Luego Charles preguntó:

—Dígame: ¿no sabe por casualidad cómo anda el equipo de los Green Bay Packers esta temporada?

Robert movió la cabeza negativamente, y Charles pareció defraudado.

—¡Sólo leo periódicos muy atrasados! ¡Es un gran equipo!

Robert aceptó la singular introducción y trató de mantener el diálogo, preguntando:

—¿Le interesa el fútbol norteamericano?

Su interlocutor lo miró sorprendido, e incluso molesto.

—¿Es que nunca ha oído hablar de mí? —preguntó—. ¿No ha oído hablar de Callaghan..., «Catástrofe Callaghan»? Me han seleccionado para el equipo nacional tres años seguidos.

Y pacientemente, como si estuviese hablando a un niño, continuó:

—Los Packers querían que jugara para ellos cuando salí de la universidad, y yo hubiera firmado de no haber venido a este maldito rincón del infierno, ¡a este cenagal!

—¿Por qué lo llama cenagal? —preguntó Robert

—Porque lo es. ¡Míreme! ¿Qué ve en mí? ¡Un vagabundo piojoso! Manejo el machete dos días por semana en los campos de caña de azúcar. Otros días trabajo en la mina con un grupo de dinamiteros. Y el tiempo libre lo paso en este maldito bar.

Tomó un sorbo como para subrayar sus últimas palabras.

—Al principio, no estaba mal del todo. Cuando vinimos aquí Natalie y yo, después de habernos fugado para casarnos en Miami, el viejo Defreece me dio un empleo en la plantación. Todo iba bien, menos una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Robert.

—Vivíamos con la familia. Esto parece que tenía que ser una ventaja, ¿verdad? Sin embargo, fue lo que produjo todas nuestras dificultades. Pues en la casa estaba madame Defreece. Desde el primer momento fue para mí una enemiga implacable. Al parecer, no le fui simpático y se dispuso a provocar el naufragio de nuestro matrimonio y a deshacerse de mí. —Apretó las mandíbulas y añadió—: ¡Pero no estoy vencido todavía y seguiré luchando hasta el fin!

A primera vista, Callaghan tenía todo el aspecto de un pordiosero, pero Robert vio

que, tras aquella apariencia de ex hombre, había un carácter enérgico.

Se inclinó hacia él y le pidió que le hablase de la vida secreta de «Grande Limbe».

Por un instante, Callaghan miró a Robert de arriba abajo. Luego dijo:

—Usted me pide que le aclare algo que también yo quisiera saber. A mí me parece que la solución sólo puede encontrarse en madame.

—¿Quién es madame realmente? ¿Cuál es su origen?

—Pertenece a una de las antiguas familias criollas... Antigua y arruinada. Cuando Defreece se Casó con ella, madame no tenía un centavo.

—Pero ahora es rica.

—¡Claro! —respondió Callaghan—. Defreece tiene muchos millones. Sin embargo, no le permite despilfarrar.

—No lo comprendo. Defreece me ha producido la impresión de ser un hombre generoso. Además, no cabe la menor duda de que está enamorado de ella.

—Sí, está loco perdido por esa mujer; Acaso sea ésta la razón de que la tenga como encadenada. Desde que yo llegué aquí, madame ha hecho dos escapadas. Una de ellas fue un verdadero escándalo. Se fugó con un joven francés. Pero Defreece es desconcertante, inescrutable. Tal vez la quiera, pero también es posible que la odie. Lo cierto es que la tiene siempre sujeta, bajo su vigilancia.

Robert guardó silencio. Trataba de extraer algún significado lógico de la información que acababa de recibir.

—¿Y Henri Lamont? ¿Qué me dice de él? —preguntó al fin.

—¡Que no vale la pena ni nombrado! Le debe dinero a todo el mundo. No es más que un trozo de arcilla en manos de madame.

Hubo un silencio. Robert no pudo hacer la última pregunta que bullía en su mente. No obstante, Callaghan debió de adivinarla, pues lo miró fijamente y le dijo:

—No me ha preguntado por Natalie. Tendré que sacarla yo a relucir para decirle que me ha hablado muy bien de usted.

Robert debió de sonrosarse ligeramente, pues Callaghan sonrió mientras decía:

—Yo la quiero. Es distinta a todos los demás de la familia. Una excelente muchacha. Pero la echarán a perder muy pronto si no consigo sacarla de allí.

Al nombrar a Natalie, desapareció la dureza que había en sus ojos.

—¡Tengo que sacarla de allí! —afirmó.

—¿No sería mejor para usted dejar eso? —preguntó Robert señalando el vaso que Callaghan tenía ante sí—. Tal vez le fuera más fácil solucionar sus problemas.

Ahora fue Callaghan el que se sonrojó.

—Sólo bebo para pasar el tiempo —dijo—. Puedo dejar de beber cuando se me antoja. Estoy en excelentes condiciones físicas. Podría jugar en el equipo de los Packers mañana mismo... ¡Ya ve cómo trato de engañarme!

Había algo en aquellas palabras que aumentó la simpatía de Robert hacia el muchacho.

—Callaghan —dijo—, ¿por qué no se lleva a Natalie de aquí para siempre?

—¡Ojalá pudiera, amigo mío! ¡Pero aunque ella estuviera dispuesta, no podría hacerlo... por el momento!

—¿Por qué?

—Porque en esta república de juguete van a producirse muy pronto acontecimientos gravísimos. Dentro de unos días se celebrará el Carnaval. Y entonces se izará la bandera.

—¿La bandera? —preguntó Robert, interesado—. ¿Qué bandera?

—La de la hoz y el martillo, compañero —respondió Callaghan—. Durante los últimos seis meses, los comunistas no han cesado de excitar los ánimos en la mina. Y me atrevo a pronosticar que el momento decisivo está en puertas y usted quiere quedarse para ver qué ocurre, ¿no?

—Sí, va a ser un placer para mí. Además, casi puede decirse que le debo esta atención a Defreece: siempre me ha tratado bien. Él es quien va a salir más perjudicado.

—¿Y la policía de seguridad? —preguntó Robert—. Me ha dado la impresión de que es una fuerza eficiente.

—Lo es. Ribera, el jefe, es un hombre capacitado y enérgico. Pero no sé si podrá mantener a esa multitud con la que va a enfrentarse.

Robert debió de ponerse muy serio, pues Charlie Callaghan se echó a reír de pronto.

—Y ahora, amigo, voy a hacerle una pregunta: ¿por qué no se va usted ahora que puede hacerla?

—Veo que le preocupa mi seguridad —dijo Robert—. Pero resulta que yo también tengo un deber que cumplir con el señor Defreece.

—Me parece muy bien y apruebo su actitud. Quisiera estrechar su mano —dijo Callaghan ofreciéndole la suya.

Robert la estrechó.

—Perdóneme, Callaghan —dijo—, pero tengo que volver a «Grande Limbe». Me gustaría mantenerme en contacto con usted.

—Bien. Normalmente, podrá encontrarme aquí.

Robert se puso en pie. Callaghan lo acompañó hasta la puerta.

La agitación continuaba todavía en las calles. De pronto, mientras los dos jóvenes se despedían a la puerta del café, apareció el doctor Da Souza, que, muy erguido y con paso firme, se dirigía a su casa. La multitud le abrió paso. Muchos le saludaron con muestras de estimación y respeto.

Callaghan dijo fríamente:

—Ahí tiene usted un hombre por el que no ha preguntado.

—Parece ser muy popular —respondió Robert.

—Lo ha de ser, ya que también él pertenece al pueblo. Aunque su apellido es portugués, él es un caribe cien por cien.

En silencio, le vieron subir las gradas del soportal y abrir la puerta con su llave. Antes de entrar, se volvió y saludó a la multitud levantando un brazo, en señal de reconocimiento.

Callaghan se encogió de hombros.

—A propósito, doctor Murray. Cuando llegue, salude a Natalie en mi nombre, ¿quiere?

—Con mucho gusto. Le transmitiré su cariño.

—Eso mismo he querido decir.

Robert volvió lentamente a la canoa, mientras reflexionaba sobre la situación. Una vez atada la canoa al pequeño muelle de «Grande Limbe», saltó a tierra y vio a Natalie, que lo estaba esperando.

—¡Creía que usted era un verdadero amigo! —dijo la joven.

—Y lo soy —afirmó Murray.

—Entonces, ¿por qué no me ha llevado a Reine Marie?

—Tenía que hacer. Tenía que hablar con su marido, Natalie. Le traigo la expresión de su cariño.

Ella le miró como si dudase, pero se mostró algo más alegre. Mientras avanzaban hacia la casa, enlazó el brazo de Robert.

—He estado sola toda la tarde. Todos han desaparecido. Creo que se han producido nuevos motines en Leomel.

Dio esta noticia como si la cosa no le importara.

—Dígame, querido Bob —añadió— ¿es cierto que Charlie le ha dicho cosas agradables para mí?

—Sí.

Ella sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de Robert. En este momento llegaban a la terraza.

—¡El gran *clown*^[8]! —dijo Natalie—. Dígale, cuando vuelva a verlo, que si no lleva mucho cuidado, me escaparé con usted.

—¡Eso sí que no! —rió Robert—. ¡Usted pertenece a Charlie!

En el vestíbulo se separó de ella y fue a ver a Mary.

Como de costumbre, estaba en su habitación, pero esta vez no leía, sino que permanecía de pie junto a la ventana. Se volvió al oírlo entrar, y Robert vio en sus ojos una expresión tan triste, que instintivamente preguntó:

—¿Qué sucede? . En voz baja, sin mirarle, Mary respondió:

—¿No podría usted dejar sus aventuras amorosas para las horas de oscuridad? ¡El espectáculo que ha dado usted, un hombre de ciencia, a su llegada, ha sido lamentable!

Calló. Robert notó que Mary estaba temblando.

—¿No le parece que es usted un poco injusta, Mary? —preguntó con cierta severidad—. Natalie está trastornada y sufre mucho en estos momentos, al tener que vivir aquí completamente sola, fracasada en su matrimonio y en muchas otras cosas.

Puedo asegurarle que su situación es muy dolorosa. Necesita algún afecto.

—Y, naturalmente, usted está dispuesto a dárselo.

—Sí, lo estoy —respondió Robert secamente.

De pronto le acometió un enorme deseo de asirla por los hombros y zarandearla.

—Bueno, ¿qué importa todo esto? —dijo Mary—. Tengo algo muy importante que decirle.

—Y yo también a usted —anunció Robert.

Lo que sentía por Mary empeoraba las cosas, pues era un oleaje de emoción que lo debilitaba interiormente, tanto como el deseo de rodeada fuertemente con sus brazos y buscar en sus ojos la respuesta que anhelaba. De aquí que dijera con repentina amargura:

—No puedo agradecerle sus continuos desprecios e insultos. Sin embargo, eso no me impedirá cumplir la misión que se me ha confiado. Si todavía hay tiempo de alcanzar ese barco de que habló el señor Defreece, creo que lo mejor será que usted lo tome.

—No me iré —dijo ella en voz baja—. Y menos después de lo ocurrido esta tarde... Estaba esperándole para contárselo.

Mary palideció.

—Después de marcharse usted —dijo—, el señor Defreece salió para Leomel. Parece ser que los amotinados han incendiado y destruido en parte la fábrica de azúcar de aquel lugar. El señor Defreece había preparado una conferencia con Ribera y otros propietarios de plantaciones. Después de despedirlo, madame me detuvo cuando subía a mi habitación y me preguntó si iba a vestirme para salir a dar un paseo. Como precisamente tenía esta intención, le respondí afirmativamente. Pero, cuando llegué a mi dormitorio, me sentí tan cansada, que en lugar de salir me fui al balcón y me tendí en la meridiana de mimbre. No tardé en quedarme dormida. No sé cuánto tiempo llevaba durmiendo cuando, de pronto, me despertaron unas voces. Madame y Henri Lamont estaban en la terraza, debajo de mi balcón.

»—¿Dónde está el doctor Murray? —preguntó Lamont.

»—Se ha ido a Reine Marie —respondió madame.

»—¿Y la enfermera?

»—Ha salido a dar un paseo.

Mary miró fijamente a Robert y continuó:

—No me gusta espiar. Ya iba a entrar en el dormitorio y cerrar la ventana, cuando oí que Lamont decía:

»—¿Entonces, tiene que ser inmediatamente?

»—Sí —respondió madame—. ¡Tenemos muy poco tiempo!

»Hubo una pausa y, al fin, Lamont dijo:

»—Confieso que estoy asustado. ¡Hace tan poco tiempo de lo otro...! ¡Podrían sospechar!

»—¡Qué tontería! —contestó madame—. El plan es realmente genial. El

resultado parecerá la cosa más natural del mundo.

»—Sobre todo si el doctor Murray extiende el certificado —convino Lamont.

»—¡Eso no es difícil! Murray es un... —Mary vaciló— un... idiota que no desconfía de nada.

»—No te olvides de que yo quiero mi parte —dijo Lamont—. No permitiré que se lo lleve él todo.

»—¡Te prohíbo que hables así de él! ¡Es un gran hombre!

»—Demasiado, según él se imagina —murmuró Lamont—. ¿Quién diablos se cree que es? —Y, en tono de censura, añadió—: Tú te has comprometido peligrosamente con él. ¡Debiste tener más cuidado! Sobre todo en estos momentos... Además, él no te quiere realmente. Estoy convencido de que sólo te está utilizando como instrumento de sus planes.

»—¿Cómo te atreves a decir eso? —exclamó ella, furiosa—. ¡Me ama! ¡Sé que me ama! Y yo... yo le confiaría mi vida entera.

»Lamont musitó algo que no pudo oír, y luego alzó la voz para agregar:

»—Bueno, dejemos eso. Explícame el plan.

»Procuré no perder palabra —continuó Mary—, pero empezaron a hablar tan bajito, que no pude oír más. No me atreví a moverme y decidí permanecer aquí hasta que usted volviese..., ¡Y ha tardado tanto...!

A Robert le pareció que su corazón iba a estallar. Ya no diría una sola palabra que la pudiera herir. Por el contrario, ansiaba abrir los brazos, cobijada en ellos y tranquilizada. Pero no le era posible hacerlo. Las dificultades que había imaginado en la canoa al regresar a «Grande Limbe» cobraban realidad. ¡Allí mismo, en la casa, se cernía el peligro sobre el señor Defreece! ¡Un peligro más grande de lo que él había imaginado!

—¿Qué opina usted de todo eso? —preguntó Robert.

—No lo sé, pero es lo cierto que aquí se está incubando algo atroz —dijo Mary, profundamente inquieta—. Yo lo sospeché desde el primer momento; ¡ahora estoy segura! El señor Defreece puede tener enemigos que le amenacen desde fuera, ¡pero en esta casa, en su hogar!, es donde le acecha el peligro más grande. ¡Aquí hay quien quiere asesinado! ¡Y se ha tramado algo que nos complica a nosotros en el asunto!

IV

EL señor Defreece regresó a «Grande Limbe» a las seis y media. El jefe de policía, Juan Ribera, le acompañaba. El día de su llegada a San Felipe, Robert no había observado a Ribera atentamente. Ahora, mientras ambos cambiaban algunas palabras, lo examinó con calma y quedó profundamente impresionado.

La diminuta y delgada figura del jefe de policía tenía una rigidez manifiestamente militar, y su firme y tostado rostro tenía una expresión muy inteligente. Tanto él como el señor Defreece estaban muy serios cuando entraron en la mansión, y muy pronto se dirigieron al despacho.

Mientras ellos conferenciaban arriba, Robert se dedicó a pasear por la terraza, preguntándose por enésima vez qué debía hacer.

¿Habría oído bien Mary Benchley las palabras de madame? ¿Tenían justificación sus sospechas? El estado de ánimo de la joven se hallaba en aquellos momentos bajo los efectos de una gran tensión nerviosa, pero Mary era una mujer sana y bien equilibrada.

Pero ¿qué podía hacer aun teniendo la prueba de lo que Mary había oído? ¿Acaso habría sido prudente ir a decidir al millonario: «Su esposa y Henri Lamont están tramando asesinarle...?».

No, no; lo único que podía hacer era mantenerse alerta, intensificar su vigilancia y... esperar. «¡Algo ocurrirá muy pronto!», se dijo Robert. Aquella sensación de sucesos inminentes, de vivir al borde del cráter de un volcán, no podía durar mucho tiempo.

No obstante, continuó al día siguiente y al otro. La tensión iba en aumento. Madame deambulaba por la casa en un estado anhelante y reprimida expectación. Henri Lamont, menos dueño de sí, ahogaba su inquietud en alcohol. Natalie se mostraba más deprimida y propensa a la irritación que nunca, y la anciana servidora, Lucía, merodeaba continuamente, mientras hablaba consigo misma en un interminable diálogo. Únicamente el señor Defreece conservaba su habitual compostura.

Pero la tensión hizo crisis en la mañana del tercer día.

Al principio todo pareció transcurrir como de costumbre. Cuando bajó de su dormitorio, Robert salió a la terraza. El cielo estaba cubierto de densos nubarrones y la presión atmosférica era extraordinaria. En el aire se cernía la amenaza de una tormenta.

Centenares de insectos zumbaban en el espacio, y ya se oía el croar de las ranas en la lejana ciénaga. El grupo de cabañas de los peones parecía abandonado. Algunos hombres trabajaban en los campos, pero la mayoría estaban en huelga. Hasta los niños aparecían silenciosos, cosa inusitada en ellos.

El señor Defreece salió temprano. Frente al pórtico lo esperaba ya el Rolls-Royce

amarillo. El multimillonario prefería aquel coche a la vulgar camioneta. Esto era ya algo característico en él.

Cuando Robert estaba en la terraza, apareció Defreece, que vestía un traje de hilo, de un tono castaño claro.

—¿Quiere que le acompañe, señor Defreece? —preguntó Robert.

—No, amigo. Hoy tendrá usted todo el día libre, pues volveré muy tarde.

—¿Después de medianoche?

—No, no; a última hora de la tarde.

—Lleve mucho cuidado.

Una chispa satírica brilló en los ojos del multimillonario.

—Doctor —dijo—, como buen escocés, y sin duda piadoso debido a su crianza, usted sabe perfectamente que la Biblia dice: «El que excava un pozo, cae en él». Siempre he confiado en la Providencia.

Saludó a Robert con un movimiento de cabeza y subió al coche.

Robert lo siguió con la vista mientras se alejaba por la avenida que partía de la casa. Cuando el coche viró para tomar la carretera que conducía a Reine Marie, entró a tomar el desayuno.

Estaba sirviéndose la segunda taza de café, cuando Natalie bajó la escalera apresuradamente, sin más vestido que el peinador. Corrió hacia él y le dijo:

—Madame no se siente bien esta mañana. Rosa, su doncella, dice que está en cama.

Era una noticia importante. Robert quedó pensativo. ¿Se trataría de un ataque de nervios, o sólo de las consecuencias de una fuerte dosis de droga? También podía haber algo oculto tras aquella aparente enfermedad.

—¿No será que el calor excesivo la ha trastornado? —preguntó Robert.

—No sé —contestó Natalie—. Lo cierto es que Rosa está muy asustada.

Robert observó que también Natalie parecía estarlo.

—¿Por qué no va a verla usted misma? —dijo Robert.

—Lo haré. Ahora voy a vestirme.

—Yo estaré en mi habitación. Se lo digo por si me necesita.

Cuando Natalie se retiró, Robert subió a su aposento, con la intención de escribir su informe semanal para el doctor Carrington, del Hospital Metodista.

Pasó ante la habitación del señor Defreece y vio a Mary, que la estaba arreglando. Lucía la acompañaba, hermética como siempre.

Ya en su cuarto, Robert sacó varias hojas de papel y acercó una silla al pupitre.

Pero no le fue posible concentrarse. Sus pensamientos volvían obstinadamente a la enfermedad de madame, en la que cada vez veía más cosas raras, ya que cuando la señora de Defreece se sentía mal o estaba bajo los efectos de alguna inyección de morfina, el hecho se ocultaba cuidadosamente a los habitantes de la casa.

Antes de que pudiera empezar a escribir su informe, se abrió la puerta y Natalie entró en la habitación.

—Acabo de ver a madame —dijo—. Me parece que no está nada bien, doctor Murray.

No podía negarse que hablaba con sinceridad. —¿Quiere usted que vaya a verla, Natalie?— preguntó Robert.

—Se lo he sugerido, pero madame quiere que venga el doctor Da Souza, y ha dicho que lo llamemos inmediatamente.

—En ese caso, será mejor —llamado.

—Sí. Intenté hablarle por teléfono, pero la línea de Reine Marie debe de estar averiada. —Hizo una pausa, como vacilando, y añadió—: Enviaré a Mateo, el mayordomo, en la canoa.

Cuando Natalie se retiró, Robert permaneció ante el pequeño escritorio, tratando de hallar una explicación a lo que ocurría.

¿Qué significaba aquella enfermedad? ¿Era una excusa para ocultar algún pérfido designio? Porque madame, aunque toxicómana, era una mujer fuerte y vigorosa. Se resistía a creer que la dueña de la casa hubiera caído enferma, al parecer de cuidado, tan repentinamente.

El médico local no se presentó hasta por la tarde. Inmediatamente se dirigió al dormitorio de madame y allí permaneció largo rato.

Tan larga fue la visita, que las sospechas de Robert se recrudecieron. Pero, al fin, el doctor Da Souza salió de la habitación de la paciente y bajó lentamente la escalera hasta el gran vestíbulo, donde Natalie y Robert lo esperaban, acompañados de Lamont.

En el vestíbulo, cuyas ventanas tenían echadas las cortinas, reinaba una oscuridad mayor que de costumbre. El rostro del doctor Da Souza estaba envuelto en la penumbra al acercarse a ellos, lo que no impidió que Robert se quedara rígido de asombro al ver la palidez y la dureza de aquella fisonomía y la extraña mirada, como remota, de aquellos ojos.

—¿Qué tiene madame? —preguntó Robert.

De pie junto a ellos, erguido e inmóvil como poseído de una tensión que pusiera a prueba su capacidad de resistencia, Da Souza no contestó inmediatamente.

De pronto, como si acabara de darse cuenta de que se le había hecho una pregunta, sonrió levemente y dijo:

—Perdóneme. Se me ha ido el santo al cielo. He estado todo el día de pie y trabajando intensamente. ¡Y casi toda la noche pasada! ¡Hubo muchos herido en los motines de Leomel!

Lanzó un profundo suspiro y añadió:

—Madame tiene fiebre, pero no es nada grave.

Seguramente estaba fatigado, pero no cabía duda de que, en su intento de recuperar su habitual cortesía, su sonrisa se había estereotipado y daba la impresión de una mueca.

—¿Desea usted que la enferma siga algún tratamiento? Si es así, puede

explicárselo a la señorita Benchley, y ella cumplirá al pie de la letra sus instrucciones.

—Sí, naturalmente, he prescrito un tratamiento —respondió Da Souza—; pero madame prefiere que sea una de las hermanas del convento quien la atienda. Yo lo arreglaré todo en Reine Marie.

Aquello parecía natural. Desde el primer momento había sido evidente que madame no miraba con buenos ojos a Mary. Pero Robert se sintió vagamente molesto.

—¿Está seguro de que no desea que yo le eche una mirada de cuando en cuando? —preguntó.

Da Souza negó con un rotundo movimiento de cabeza.

—Le agradezco su interés, doctor —dijo—, pero no se debe molestar a madame bajo ningún concepto. Está muy nerviosa y desea que la dejen sola.

Dio un paso hacia la puerta, pero volvió la cabeza hacia ellos y agregó:

—La hermana vendrá con todas mis instrucciones. Yo volveré esta noche.

Con una cortés inclinación de cabeza, se dirigió a la puerta que Henri Lamont se había apresurado a abrir, y los dos salieron y se dirigieron al coche.

Robert subió al piso de nuevo y se quedó junto a la ventana del recibidor, pensando en lo que sucedía, sin que le fuese posible alejar de su ánimo la sensación de intranquilidad que lo dominaba. Abajo, frente a la puerta principal de la casa, Da Souza y Lamont conversaban.

Robert creyó percibir en la inmóvil figura del doctor una energía imponente, y al mismo tiempo le pareció que Lamont estaba abrumado, literalmente acobardado, por lo que el médico local le estaba diciendo.

Esta impresión fue fugaz, ya que, con un último gesto imperativo, como de mando, Da Souza subió a su coche y el vehículo se alejó. No obstante, Robert sintió como si le hubieran dado una cuchillada.

Al mismo tiempo, como para acrecentar estas sensaciones, el cielo se oscureció y, de pronto, del extremo opuesto de la bahía llegó un lejano retumbar de truenos. Pero ¿eran verdaderamente truenos? Al repetirse, parecieron más bien el seco tableteo de una serie de disparos de fusil.

Robert volvió a su habitación. Tenía que ahuyentar de una vez aquellas disparatadas fantasías que torturaban su cerebro.

Reanudó su informe para el doctor Carrington, que estaba, sin terminar, en el pupitre, y apenas había escrito una nueva página, oyó el timbre del teléfono que sonaba estridente en el vestíbulo de la planta baja.

El sonido fue tan agudo e inesperado, después del largo silencio del aparato, que Robert comprobó, contrariado, que sus nervios saltaban. Unos instantes después, Mary golpeaba la puerta y entraba en la habitación.

—El señor Defreece ha telefoneado desde Leomel. Me pidió que le dijese a usted que está muy ocupado y que ha decidido quedarse allí hasta mañana por la mañana.

Robert la miró, extrañado, y preguntó:

—¿No han dicho que el teléfono estaba descompuesto?

—La línea de Reine Marie estaba averiada y todavía no funciona. Pero, por lo visto, en la de la costa norte no ocurre lo mismo.

—¿Le ha dicho el señor Defreece que está bien?

—Sí, doctor. Me ha dicho que está perfectamente y que se lo diga a usted para que esté tranquilo.

Hizo una pausa y añadió:

—He tenido que decidir algo de madame, pero, naturalmente, no lo he alarmado.

Hubo un corto silencio. Mary lo miró con cierta dulzura, y a Robert le pareció que los hermosos ojos de la enfermera le decían: «¿Por qué tenemos que estar disputando siempre?». Y, en efecto, en aquellos momentos se necesitaban el uno al otro más que nunca.

—Dígame, Mary: ¿qué opina usted de esto? Me refiero a la repentina enfermedad de madame.

—No sé qué decirle —respondió ella—. Me parece tan inesperada... Además, ¿a qué viene tanto secreto?

Se detuvo, como si no supiera qué añadir. La tristeza que emanaba de toda ella, y aquella espalda encorvada que quitaba a su figura la fuerza y vivacidad que le eran peculiares, hizo latir de pena el corazón de Robert.

Tuvo que luchar de nuevo con todas sus fuerzas contra el ávido deseo de acercarse a ella, tomarla entre sus brazos, levantarle la cara y mirarla profunda y silenciosamente a los ojos.

—Oiga, Mary —dijo de pronto—. Este asunto se está apoderando de nosotros hasta el extremo de anularnos. Salgamos de la casa un poco, a ver si fuera nos sentimos menos abrumados.

—No he cesado de pensar en eso desde hace un rato —dijo la enfermera mientras su rostro se animaba como por encanto—. Pero, la verdad, no quería ir sola.

Bajaron, atravesaron el silencioso vestíbulo y salieron de la casa. Pasaron ante el grupo de cabañas y, dando la espalda al mar, tomaron un camino que los condujo hasta el final de la plantación.

El único ser viviente que vieron fue una campesina, descalza, que regresaba del mercado. Sin embargo, en aquella grandiosa soledad, Robert percibió un presagio de peligro.

El aire era denso y pesado. No soplaba ni la más leve brisa y se notaba una humedad pegajosa y molesta. Sin embargo, la salida sentó bien a Mary. Apenas habían hablado, pero cuando volvieron a la mansión, ella miró directamente a los ojos a Robert y, por primera vez después de varios días, aquella mirada parecía contener una sombra de sonrisa.

—Ahora me siento infinitamente mejor. Muchas gracias, doctor, por este paseo —dijo Mary.

Robert no contestó. Sin embargo, estaba perfectamente seguro de que había salido

tan beneficiado como ella. En la sola presencia de Mary creyó percibir algo que no había experimentado en toda su vida, algo así como una común identidad, una emanación de tranquilidad y comprensión que le devolvió la serenidad y le hizo sentirse fuerte de nuevo.

Eran ya casi las seis de la tarde. Durante su ausencia había llegado en una canoa la hermana del convento. Robert pasó por su lado en el rellano superior de la escalera. Era una monjita de aspecto humilde, que llevaba un hábito azul pálido y una blanquísima cofia. Su presencia en la casa parecía introducir un tranquilizador sentido de la rectitud y de la buena fe, que contrarrestaba y aminoraba las oscuras complejidades de la situación.

Robert fue a darse una ducha, mientras pensaba que era posible que él hubiera exagerado aquellos temores y sospechas de las últimas doce horas.

Madame Defreece no era, al fin y al cabo, paciente suya, y tampoco le afectaba su estado de salud. ¿Por qué había de preocuparse de cosas que incumbían exclusivamente a otro doctor? Que Da Souza llevase el caso como creyera conveniente. En fin de cuentas, a Robert le constaba que el médico local estaba perfectamente capacitado para tratar la enfermedad de la señora Defreece, fuera cual fuere.

Sin embargo, todos sus intentos de autopersuasión fracasaron. Estaba sentado junto a la abierta ventana de su dormitorio, tratando de refrescarse un poco antes de irse a descansar. La figura del doctor caribe le pareció entonces algo enorme, que iba adquiriendo mayores dimensiones cada vez.

Mientras miraba los millares de luciérnagas que brillaban fugazmente en el profundo añil de la noche, vio a Da Souza con todas sus complejidades. Era un hombre encantador cuando conversaba tornando el té; serio y atento, cuando demostraba las ventajas de la cirugía; altivo, arrogante y majestuoso cuando cruzaba la Grande Place como un Napoleón nativo, entre las aclamaciones y los saludos de la multitud; y frío, duro y enérgico a veces, como se había mostrado cuando conversaba con Henri Lamont junto al automóvil.

En cualquiera de estos aspectos que se lo imaginaba, Robert veía siempre en él, destacándose de todas, una cualidad: un poderío secreto y sin límites.

Pero tuvo que terminar aquí su estudio de aquella poderosa personalidad. La noche siguiente quizás arrojase más luz sobre el misterio. Porque el día de esa noche era el primero del Mardi Gras.

Y llegó aquel mañana. Fue otro día de insoportable calor. Cuando Robert, después de levantarse, abrió las ventanas de su dormitorio, ya brillaba un sol cobrizo en un cielo viscoso.

Abajo, Natalie estaba levantada ya y sentada a la mesa, esperándole evidentemente.

—Quiero que examine usted a madame, doctor Murray —dijo apenas le dio Robert los buenos días.

Robert se quedó inmóvil, sorprendido, mirándola.

—¿Ahora? —preguntó.

—No; desayúnese primero. Robert se sentó y se dio cuenta de que la joven estaba realmente preocupada.

—¿La ha visto usted esta mañana, Natalie? —preguntó.

—Sí.

—¿Y el doctor Da Souza?

—Vino anoche, ya tarde, y también hoy a las seis. No ha dicho nada de particular..., sólo que volverá hoy alrededor del mediodía. Pero, estando ausente todavía papá, no puedo esperar tanto... Usted tiene que ayudarme, doctor. Dios sabe que no tengo motivo alguno para querer a madame, pero aunque sólo sea por humanidad...

Calló y hubo una pausa.

—¿Le parece que está peor? —preguntó Robert

—Yo no entiendo de medicina, pero, la verdad creo que se está muriendo.

Robert la miró, incapaz de creer lo que acababa de oír, pero algo que vio en la expresión del rostro de la joven le obligó a callar las preguntas que pugnaban por salir de sus labios. Se tomó apresuradamente el resto del café y se levantó.

—Haga el favor de esperar aquí —dijo—. Voy a buscar a la enfermera e iremos los dos a ver a madame.

Tres minutos después, Robert llamó discretamente a la puerta del aposento de la enferma y entró, seguido por Mary.

Sentada junto a la cama de madame, con el rosario en las manos, orando silenciosamente, estaba la hermana de la caridad. Se puso en pie cuando ellos entraron. Su actitud era humilde, pero hubo un algo de protesta en sus movimientos cuando Robert avanzó hasta el lecho de la paciente.

Instantánea y casi instintivamente, Murray advirtió que madame Defreece estaba gravemente enferma. Yacía en el amplio lecho, moviéndose con agitación, mientras deliraba, murmurando palabras ininteligibles, Robert le tomó la temperatura, que era bastante alta: y la reconoció cuidadosamente.

Mary lo miraba, muy seria. Al fin se atrevió a preguntar:

—¿Qué tiene, doctor?

—Yo soy cirujano —respondió Robert—; además, disto mucho de ser un experto en enfermedades tropicales. Sin embargo, juraría que esta señora tiene el cólera. ¡Y del tipo fulminante!

Con ayuda de Mary, interrogó a la monja, que contestó un poco a regañadientes, pero, evidentemente, diciendo la verdad. Hablaba un poco el inglés, lo cual le bastó para decir francamente a Robert que únicamente podía admitir instrucciones del doctor Da Souza.

Después Robert se dirigió al lavabo y se lavó las manos. Mientras la monjita le daba una toalla, él le pidió detalles del tratamiento a que estaba sometida la enferma.

—Cumpla al pie de la letra las instrucciones que me ha dado el doctor Da Souza —respondió la hermana.

—Así debe hacerlo —dijo Robert—. Supongo que sabrá usted que la enferma necesita mucho líquido...

—Lo sé, pero me es sumamente difícil dárselo: cuando acerco el vaso a sus labios, lo rechaza.

—Delira, hermana —dijo Robert—. Pero insista. Tiene que beber mucho.

Hizo una seña a Mary y los dos salieron de la habitación. Apenas estuvieron fuera, la puerta se cerró tras ellos, y los dos oyeron el ruido de la llave al girar en la cerradura.

Mary seguía mirándolo, con expresión interrogante y preocupada.

—¿Por qué habrá dicho el doctor Da Souza que se trata de una fiebre sin importancia? —preguntó.

—No tengo la menor idea. Pero puedo asegurarle que madame está gravísima.

—¡Tenemos que hacer algo rápidamente! —exclamó Mary—. ¡No podemos estar cruzados de brazos!

—Sí —dijo Robert—. Pero no podemos hacer nada sin Da Souza. —Consultó su reloj—. Son sólo las nueve, y él ha dicho que no vendría hasta el mediodía. ¡Tenemos que ponernos en contacto con él inmediatamente!

—Pero el teléfono a Reine Marie no funciona. Natalie trató de usarlo esta mañana y no consiguió comunicación —dijo Mary.

Parecía no haber más que una solución para el problema. Con repentina decisión, Robert dijo:

—Tomaré la camioneta e iré a buscarlo sin perder un minuto.

Mary tuvo un impulso.

—¡Permítame que le acompañe, doctor! ¡Se lo ruego! Aquí no me necesitan para nada en estos momentos. Además..., ¡no deseo quedarme sola!

Robert vaciló. Pero al fin se impuso su deseo de tenerla a su lado.

—Está bien —dijo—. Vamos.

Cuando bajaron, Robert dijo a Natalie lo que iba a hacer, y cinco minutos después estaba en camino de Reine Marie.

Al principio, el coche avanzó velozmente por la avenida que atravesaba la plantación, pero cuando pasaron a la carretera principal se vieron poco menos que detenidos por el intenso tráfico de pesadas carretas de enormes ruedas, llenas de nativos que vestían sus mejores galas. Trastornado al comprobar que madame estaba gravísima, Robert había olvidado por completo que aquel día se empezaban las fiestas del Mardi Gras.

La mayoría de los que encontraban en su marcha demostraban hallarse simplemente en un estado de ánimo festivo. A su paso, los saludaban y cantaban, ya

estimulados por las libaciones de *clairin*. Pero se cruzaron con otros grupos de individuos malcarados, que los miraban sombríamente.

Algunos de ellos iban marcados con una señal de aspecto ominoso: una especie de media luna, pintada con algún vegetal rojo en la mejilla izquierda. Era evidente que aquellos individuos no habían salido para disfrutar de las diversiones del carnaval.

El polvo se arremolinaba y se introducía en sus bocas. Allá arriba, el sol era un globo rojizo y ardiente. Robert no tardó en arrepentirse de no haber utilizado la canoa para el viaje.

Mary, sentada a su lado, no formuló la menor queja ni el menor reproche, y Robert pensó: «¡Qué muchacha tan admirable!».

En el momento en que esta idea pasaba por su mente, un profundo bache sacudió al vehículo y los cuerpos de los dos chocaron. Al sentir este contacto, Robert tuvo la fulminante certeza de que amaba a Mary con toda su alma.

Aspiró una gran bocanada de aire, mientras pensaba: «¡Estoy loco! ¡Esto es lo último que debía haberme ocurrido! ¡Pero no me importa! ¡Me alegro!» y se sintió inundado por una ola de intenso deleite.

La miró con disimulo. Mary, frunciendo ligeramente el ceño, dijo:

—Esa repentina enfermedad... ¡ha sido tan inesperada!

—Sí —murmuró él.

La sangre se le agolpaba en los oídos. Robert no sabía qué decir.

—¡El cólera! —prosiguió Mary, como pensando en voz alta—. La enfermedad no necesita explicación. Pero ¿a qué viene ese interés del doctor Da Souza en ocultarla? ¿Cree usted que Da Souza no ha conseguido diagnosticar el mal? .

—¡No puedo creerlo! ¡Tiene que haberlo descubierto! —exclamó Robert con absoluta convicción.

—¡No puedo desentrañar este misterio! —dijo Mary, sacudiendo la cabeza—. Tal vez nos hemos equivocado en lo que supusimos desde el primer momento.

Robert sentía que sus pensamientos eran cada vez más confusos. Hasta entonces había sospechado de madame y Henri Lamont: la hastiada y neurótica esposa que ansiaba distracciones, y su vago y arruinado primo. Murray había temido por la vida y la seguridad del millonario, y con harta razón. Pero, de pronto, la dirección del peligro había cambiado.

Madame, no Alexandre, era el objetivo de un complot. ¿O sería que la casualidad había intervenido ciegamente? ¿Habría fuerzas más profundas y complejas que trabajaban en la sombra?

Por fin llegaron a la ciudad, en cuyas calles había una aglomeración indescriptible. Las fiestas del Carnaval estaban ya en plena marcha. El retumbar de los tambores y los estridentes sonos de innumerables trompetas producían un ensordecedor estruendo, al cual se unían los gritos salvajes y los cantos de la muchedumbre.

Sin embargo, a través de aquella delirante y desenfrenada diversión, Robert observó la presencia de los grupos sombríos, reunidos en diversos puntos de la población, como por un acuerdo previo.

Los uniformes gris y plata de los hombres de Ribera se distinguían aquí y allá entre la multitud, pero a Robert le parecieron muy pocos, puntos perdidos entre la enorme ola humana.

Tenían que llegar a la Grande Place para estacionar el vehículo. Robert había pensado ir a pie con Mary desde allí hasta la casa del doctor Da Souza. Pero ahora, con un nuevo impulso protector, juzgó que no podía exponer a la enfermera a cruzar aquellas calles abarrotadas de gente enloquecida.

En la esquina de la calle Mayor detuvo la camioneta momentáneamente y dijo a Mary:

—Usted baje aquí. La casa del doctor Da Souza está muy cerca. Es aquella que tiene pórtico.

—Sí, la veo.

—Bien. Espéreme allí, en el mismo pórtico. Yo voy a estacionar este cachivache en alguna parte.

La ayudó a bajar del vehículo, reteniendo su mano más tiempo del necesario, mientras la miraba a los ojos. ¿Comprendió Mary? Robert no podía afirmarlo con seguridad. Esperó un momento, hasta verla llegar a los escalones del pórtico, y puso en marcha la camioneta.

Le fue imposible hallar cerca un sitio para dejar el vehículo. Al fin lo estacionó un poco más allá del puerto, en el patio de un molino que no se utilizaba, y volvió a pie a la calle Mayor, abriéndose paso, no sin dificultad, entre la apiñada muchedumbre.

Al doblar la esquina hacia la casa del doctor Da Souza, casi chocó con una corpulenta figura: era el médico caribe.

—¡Usted! —exclamó Robert—. ¡Precisamente he venido en su busca!

Da Souza miró a Robert gravemente.

—Deduzco el motivo —dijo—. Acabo de regresar de «Grande Limbe». He venido en la canoa. ¡Por desgracia, amigo mío, mis temores se han confirmado!

—¿Entonces, usted sabe que...?

—Naturalmente. Hoy, hasta el médico más inexperto puede diagnosticar el mal que aqueja a madame.

Robert enrojeció ante la alusión, pero, sin darse cuenta de ello, Da Souza siguió diciendo:

—Anoche no estaba completamente seguro. No me era posible creer lo que sospechaba y, como es natural, no quise alarmar a la familia. Pero ahora...

—¡Está gravísima! —exclamó Robert.

—¿Cree usted que no me he dado cuenta? —respondió Da Souza tan tristemente que Robert, a pesar de su hostilidad hacia aquel hombre, no tuvo más remedio que

sentirse impresionado. Luego el médico caribe añadió, en un tono más natural—: Amigo mío, conozco perfectamente este tipo de cólera: es tan rápido como fatal. Me temo que madame no tiene salvación.

—¡Pero tenemos que intentarlo todo! —exclamó Robert, horrorizado ante la aparente indiferencia de Da Souza.

—¡Ya se está haciendo todo cuanto es posible! —dijo el médico nativo, y añadió, mientras hacía girar en torno de él su brazo extendido—: Pero con esta locura resulta muy difícil. Iré a ver de nuevo a la enferma dentro de tres horas. Ahora venga conmigo. Descansaremos un rato en mi casa mientras hablamos del asunto. Es posible que Castro haya salido a ver los festejos del Mardi Gras. Pero yo mismo encontraré algo para tomar.

Esta actitud tranquila, franca y digna de su colega dio lugar a que Robert considerase de pronto absurdas las sospechas que había concebido en las últimas horas. Había llegado a Reine Marie cargado de propósitos acusadores, y aquella franqueza del doctor Da Souza le había desarmado por completo.

—¿Viene? —preguntó Da Souza.

—Sí, sí —respondió Robert, y mientras se abrían paso a lo largo de la calle, añadió—: La señorita Benchley, la enfermera, me espera a la puerta de su casa.

Pero acababan de llegar al porche, y en él no había la menor señal de Mary.

—¿Dice usted que la enfermera lo esperaba aquí? —preguntó el médico nativo mientras observaba a Robert, extrañado.

—Sí, sí..., aquí —dijo Robert, aturdido—. Le dije que me esperase aquí mientras estacionaba el coche.

—Pero eso, en estos momentos, ha sido una imprudencia —dijo Da Souza.

Había en su voz un dejo de reproche. Sacó una llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta.

—Es seguro que no está aquí —añadió.

Al entrar en el vestíbulo, gritó:

—¡Castro! ¡Castro! —Pero como no recibiera otra respuesta que el eco de su voz en la casa vacía, se volvió a Robert y dijo—: Como usted ve, no hay nadie. ¿Está seguro de que ella le entendió bien? ¿Dónde creía la señorita Benchley que iba usted a estacionar el coche?

—Probablemente, en la Grande Place —respondió Robert.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted separado de ella?

—Aproximadamente media hora.

—Demasiado tiempo para esperar en medio de este infierno —replicó Da Souza. Se encogió de hombros y añadió—: Pero no se aflija, doctor. Al encontrar cerrada mi casa, puede haber ido a buscado a la Grande Place. ¿No le parece?

—Sí, es posible —dijo Robert, ansioso de hallar una explicación satisfactoria—. Lo mejor será que vaya a echar un vistazo a esa plaza.

Furioso contra si mismo y profundamente preocupado, se abrió paso a empujones

y codazos y logró llegar a la plaza. Sus ojos buscaron ansiosamente por todas partes, pero fue inútil. Aquello era un verdadero infierno, como había dicho el doctor Da Souza. Toda la población parecía haberse vuelto loca.

Sudando a mares y maldiciendo su imprudencia y su estupidez, ya no sabía qué pensar ni qué hacer. En esto vio que en la puerta de Fonseca's estaba Callaghan, apoyado en una de las columnas. Inmediatamente se dirigió hacia él.

—¿Ha venido a ver cómo se divierte esta gente? —preguntó Charlie sonriendo—. Lo estoy observando desde hace un rato.

—No, amigo, no he venido a ver la fiesta —dijo Robert, y a continuación contó a Callaghan todo lo ocurrido—. Tendrá que ayudarme. Yo no sé hablar la lengua de aquí y no tengo más remedio que ir a denunciar el caso a la policía.

—¿A la policía? —exclamó Callaghan mirándole extrañado—. ¿Habla usted en serio? La policía está demasiado ocupada en estos momentos y no le hará el menor caso.

—Iremos al despacho del jefe de policía y hablaremos con alguno de sus oficiales.

—No encontrará a ninguno en estos momentos y los que han de ser jefes y oficiales, cuando terminen los fuegos de artificio, no lo sabremos hasta dentro de tres o cuatro días.

—Pero no es posible que... —interrumpió Robert.

—Cálmese, amigo, cálmese. Sé lo que digo. Además, lo más probable es que usted le dé importancia a un asunto que no la tiene. A lo mejor, esa señorita se asustó, o se cansó de esperarlo y regresó a «Grande Limbe». No le habrá sido difícil conseguir que la haya llevado algún coche que fuera hacia allí. Ahora que recuerdo, el viejo Alexandre pasó por aquí en su coche amarillo. Tal vez la llevó él.

Robert lo miró fijamente.

—¿No podría usted telefonar para saber si ha llegado allí?

—Lo intentaré, pero hay muy pocas probabilidades de que consiga comunicar —respondió Callaghan.

Entró en el establecimiento. Robert esperó su vuelta, impaciente. Charlie reapareció un par de minutos después.

—Nada —dijo—. La línea está cortada todavía. ¿Por qué no vuelve a «Grande Limbe» para ver si está allí?

La idea de que mientras él se dirigía a «Grande Limbe», Mary, a lo mejor, se hallaba perdida entre la compacta muchedumbre, movió a Roben a rechazar la sugestión,

—No, Charlie —dijo—. Tengo que seguir buscándola aquí.

—Bien —contestó Callaghan—. Lo acompaño.

Y los dos echaron a andar.

A las siete de la tarde, cansado y deprimido, Robert se dirigió a «Grande Limbe», sin dejar de pensar en la desaparición de Mary. La busca realizada por él y Charlie

había sido inútil: Mary no había aparecido.

Había caído rápidamente la noche. Al avanzar velozmente por la avenida que conducía a la mansión, le pareció que la casa, que ya divisaba, estaba envuelta en una extraña quietud. De la lejanía llegaba débilmente el bullicio de la ciudad. Acababa de empezar a llover con fuerza, y del lado del mar llegó el retumbar de los truenos. Después de un día de calor sofocante, llegaba, como lógica consecuencia, la tormentosa noche tropical.

Cuando entró en la casa, encontró a Natalie sentada en el gran vestíbulo. Robert respiró hondamente, con dificultad. Apenas se atrevía a formular la pregunta, tal era la angustia con que esperaba la respuesta.

—¿Ha vuelto la señorita Benchley? —preguntó al fin.

Natalie alzó la cabeza, y Robert advirtió que la joven había llorado.

—No —respondió ella—. ¿No estaba con usted? —y añadió, tras una pausa—: Me extraña que me pregunte por ella. El doctor Da Souza acaba de estar aquí y me ha hecho la misma pregunta.

Robert sintió que el corazón se le oprimía.

—¿Dónde está su padre, Natalie? —preguntó.

—Arriba, con madame. ¿Sabe usted que está muy...?

—Sí, lo sé.

Natalie se había dejado caer nuevamente hacia atrás en su sillón, desolada. Era evidente que la ansiedad de Robert no le interesaba, cosa que a él le pareció lógica.

Subió lentamente la escalera. La casa, sin Mary, le parecía vacía. Al llegar a la puerta de la habitación de madame, se detuvo, llamó discretamente con los nudillos y entró.

Ahora eran dos las monjitas que cuidaban a la enferma. Estaban juntas en la media luz de la habitación. Sentado junto al lecho, con una mano de la enferma entre las suyas, se hallaba el señor Defreece. Tenía la cabeza hundida entre los hombros de su macizo corpachón, y en su mirada había una profunda tristeza. Robert percibió en él otra emoción: una mezcla de pena y horror que cubría excepcionalmente su habitual máscara de ironía.

Defreece alzó la cabeza al oír los pasos de Robert, que se dirigía al lado opuesto del lecho, para tomar el pulso a madame. La enferma casi no tenía ya pulsaciones, y su cara, palidísima, estaba hundida en las almohadas.

Por un instante, Robert permaneció allí, y cuando se dirigió a la puerta, Alexandre se puso pesadamente de pie y salió con él.

Con un gesto, invitó a Robert a que lo siguiera.

Entraron en la pequeña habitación del final del corredor, que Defreece utilizaba como despacho.

El millonario sacó dos vasos de un *bargueño*^[9], los limpió cuidadosamente y, después de inspeccionados, sirvió en cada uno de ellos un poco de ron. Luego oprimió el botón del timbre.

La vieja Lucía se presentó inmediatamente. Defreece le habló en el dialecto de la isla y, minutos después, la anciana volvió con una jarra de jugo de papaya. Sin decir palabra, Defreece la tomó, llenó los vasos y ofreció uno de ellos a Robert.

—Sé que a usted no le gusta esto —dijo con una leve sonrisa—, pero, la verdad, me parece que lo necesita.

Se sentó frente a Robert y permaneció un rato en silencio, mientras apuraba a sorbos el vaso de refresco. Luego dijo:

—Es triste dejar este mundo así.

—Cierto —convino Robert—. Sobre todo, para una mujer hermosa... como madame.

—Es triste para todos —replicó Defreece secamente. Y, tras un breve silencio, añadió—: Cuando uno se encuentra en presencia de la muerte, cosa que a usted le debe de ocurrir con frecuencia, no puede menos de pensar: «Esto puede sucederme a mí». ¿Verdad?

Robert hizo un movimiento negativo de cabeza. Hasta entonces, la muerte había sido para él sólo una cuestión de estudio, nunca de temor.

—Pues eso es lo que estoy pensando yo en estos momentos —dijo el millonario.

Se produjo otro silencio y, tras él, como le pareciera que Defreece no tenía nada que añadir, Robert comenzó a contarle lo ocurrido a Mary. El potentado lo escuchó con gran atención, y ésta fue en aumento en el curso del relato, cosa que Murray no dejó de advertir.

—Doctor —dijo Defreece—. Hablemos en serio. Usted ya sabe lo que nos amenaza en esta isla. Sin embargo, conociendo esos peligros y estando mi esposa a punto de morir, usted se fue a Reine Marie sin consultarme y perdió a esa excelente muchacha del modo más tonto, tan tonto que me parece indigno de usted.

—Lo siento mucho —dijo Robert—. Hice lo que me pareció mejor para todos. Pero no importa que la culpa sea mía: tenemos que hacer algo...

—Claro que hay que hacer algo. ¡Y usted, usted!, es el que debe hacerla.

—Ya lo he intentado. Como le he dicho, la he buscado por todas partes, aunque inútilmente.

—Buscó usted por todas partes, menos en el sitio en que debió buscar.

—¿En qué sitio? —preguntó Robert ansiosamente.

La dureza desapareció por completo del rostro de Alexandre Pacotyl Defreece, que miró a Robert con aquella indulgencia que lo caracterizaba.

—Mi buen amigo —dijo—. Usted sabe perfectamente hasta qué punto le aprecio. Pero ¿dónde tiene usted la cabeza? ¿Cómo es posible que, llevando tanto tiempo junto a esa admirable muchacha, no la haya comprendido? Sería capaz de atravesar el infierno por usted. Y jamás le pasaría por el pensamiento desobedecer sus instrucciones. Usted le dijo que esperase en casa del doctor Da Souza. ¡Y ella lo esperó allí...! Pero por esta noche basta, Bob. Mañana volveremos a hablar sobre este asunto. Nada sucederá esta noche. Es más, si la información que poseo es exacta, las

dificultades no empezarán hasta el tercer día del Mardi Gras. Por lo tanto, no se desanime. Tengo la seguridad de que la señorita Mary sabrá cuidarse.

Hizo un ademán indicador de que la entrevista había terminado y, con una expresión profundamente triste, empezó a pasar las hojas de un libro que tenía sobre la mesa. Robert vio que el libro era un álbum de fotografías, casi todas de madame, que aparecía en ellas sonriente y alegre, del brazo de Defreece, en la terraza de la mansión.

Cuando Robert salía de la habitación, Alexandre levantó la cabeza y le dijo gravemente:

—Bob: no ame jamás a una mujer sólo por su belleza. Es el error más grande de la vida.

No dijo más. Pero Robert comprendió que las palabras que Defreece no había pronunciado eran mucho más importantes que las que había dicho.

Robert sentía un sordo dolor de cabeza. Le preocupaba la enigmática frase del millonario, pero no podía analizarla, porque su cerebro se negaba a funcionar normalmente.

Alexandre le había dicho que debía esperar al día siguiente, ¡pero él no podía esperar!

Sin embargo, comprendió que era indispensable que descansara, aunque fuera sólo un rato. Si descansaba, su cabeza se despejaría.

Se dirigió a su habitación y se arrojó sobre la cama sin quitarse la ropa. Trataría de dormir aunque sólo fuese una hora. Y, pensando siempre en Mary, cerró los ojos.

No se dio cuenta del tiempo que tardó en quedarse dormido, pero se durmió y tuvo un sueño clarísimo y revelador.

Ante su vista, como en una gran pantalla, aparecieron la calle Mayor y la casa del doctor Da Souza, recortándose nítidamente a la luz del sol.

Luego, entre la muchedumbre que llenaba la calle, vio acercarse al médico caribe. No andaba apresuradamente, pero sí a buen paso. Robert comprendió más tarde que esto era una repetición de la escena que ya se había producido, y en el sueño observó algo que antes no había advertido: que el médico caribe no llevaba sombrero.

Da Souza lo saludó y escuchó con atención lo que él le decía. Todo en él aparecía natural, tal vez demasiado, cuando sacó la llave del bolsillo y la introdujo en el ojo de la cerradura, y en este momento ocurrió algo anormal: Da Souza no hizo girar la llave; lo que hizo girar fue el picaporte. De modo que no había sido necesario sacar la llave, ya que la puerta podía abrirse sin ella.

Sin embargo, ¿qué podía haber de sospechoso en un detalle tan insignificante? Era posible que Da Souza creyese que la puerta estaba cerrada con llave. A lo mejor, había sido su criado quien la había dejado abierta.

La naturalidad con que el doctor Da Souza había entrado en el vestíbulo y

gritado: «¡Castro! ¡Castro!», y su sonrisa cuando se volvió hacia Robert para decirle: «¡Como usted ve, no hay nadie!», parecieron evidenciar que el médico obraba con absoluta buena fe.

Pero, de pronto, Robert obtuvo una revelación decisiva con claridad meridiana. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta antes? Da Souza, al tratar de convencerlo de que la casa estaba vacía, había cometido un grave error. Se había olvidado de que había dicho a Murray que Castro era sordomudo, y lo había llamado a gritos.

Ante esta sensacional revelación, Robert despertó repentinamente. Se sentó en la cama y vio, contrariado, que las primeras luces del día se filtraban ya por las rendijas de la ventana. Consultó su reloj. Eran las seis de la mañana. Maldiciéndose por haber dormido tanto, saltó del lecho. Registraría de nuevo, pero con más cuidado, ¡la casa del doctor Da Souza!

V

Robert se vistió rápidamente y salió a toda prisa de su habitación.

Al pasar, en silencio, por el corredor, vio que la sábana blanca había sido retirada de la puerta del aposento de madame. En su lugar había ahora un lazo de crespón negro colgado del picaporte.

Así que aquel asunto había terminado. El murmullo de las monjitas, que rezaban juntas en voz baja, le siguió escaleras abajo. Murray salió de la casa procurando hacer el menor ruido posible.

Fue directamente al cobertizo donde estaba la canoa. Había aprendido su manejo, y minutos después el motor zumbaba ya. La sacó de su refugio y la lanzó a través de la bahía, rumbo a Reine Marie.

El mar estaba en calma. Sólo ligeros movimientos submarinos hacían oscilar levemente a la embarcación. Poco después de las siete estaba a la vista de la ciudad. Entre la ligera neblina se alzaban las dos torres de la catedral.

Transcurridos diez minutos ya había amarrado la canoa y avanzaba por el muelle hacia la ciudad, sumida en la sucia languidez que la orgía pasada había dejado como rastro.

Las fiestas de la jornada no comenzarían hasta el mediodía. Las calles estaban aún desiertas. Las calzadas aparecían cubiertas de botellas rotas, serpentinas, confeti y pieles de fruta.

Sin embargo, en la Grande Place había ya en actividad varios hombres. Descalzos, arremangados los pantalones, regaban con mangueras el empedrado frente al Fonseca's. De él salió una voz, llamándole.

Se detuvo. Era Charlie Callaghan, que estaba tomando el desayuno en una mesita de la terraza. Robert se dirigió hacia él rápidamente.

—¿Qué novedades hay? —preguntó el marido de Natalie.

—Por desgracia, ninguna —respondió Robert.

—¿No volvió a «Grande Limbe» la muchacha?

—No.

—Charlie miró un momento a su interlocutor y luego desvió la vista. Hubo un silencio.

—Se ha levantado usted muy temprano —dijo Robert al fin.

—No, doctor. Es que no me he acostado.

Acercó una silla de hierro a la mesita y le invitó:

—¿Quiere tomar el desayuno conmigo?

Reprimiendo sus ansias de acción inmediata, cualquiera que fuese, Robert se sentó. Poco después sorbía con satisfacción el amargo, espeso y caliente líquido.

—Sí, doctor —dijo Callaghan—. No he parado en toda la noche. Llegó a la costa norte un buque de carga y he estado descargando cajones de armas automáticas hasta

que se me han llagado los pies.

Siempre sin mirar a Robert, pero en un tono distinto, preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer?

Robert le repitió lo que le había explicado Alexandre la noche anterior, lo que él sospechaba y, en fin, lo que pensaba hacer.

Callaghan meditó unos instantes. Luego dijo, como sin dar importancia a la cosa:

—¿Sabe lo que le digo, amigo? Creo que tiene usted razón. Cuanto más pienso en este enredo, más desconfío de nuestro amigo Da Souza. Ese hombre es el personaje más importante de la isla, a juicio de los caribes, que sienten por él una especie de adoración. Además, juraría que está aliado con los comunistas de la mina. Lo he observado más de una vez, cuando él creía que nadie le veía, y creo que no se detendrá ante nada ni ante nadie en su afán de ser proclamado gran libertador y dictador de San Felipe.

El joven hizo una pausa. Luego miró directamente a Robert y añadió:

—¿No le parece que lo que acabo de decir tiene su sentido?

—Sí, sí; desde luego —respondió Robert con un lento movimiento afirmativo de cabeza—. Pero yo iría aún más lejos. Bajo su aspecto cortés y refinado, no sería extraño que Da Souza fuese un megalómano, es decir, un hombre dominado por un delirio de grandezas.

Tomó el último sorbo de café, dejó la taza en la mesa y se levantó.

—Bueno —dijo—, me voy.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Callaghan—. Además, usted sabe que en esta aventura no quiero dejarlo solo.

—Entonces, vamos.

—Mire, doctor Murray. Me doy perfecta cuenta de su ansiedad y de su preocupación. Usted quiere obrar inmediatamente y terminar este asunto cuanto antes. Pero le aconsejo que no se precipite. A mi modo de ver, creo que debemos utilizar la cabeza... ¡Bueno, hombre, bueno! ¡Vamos ya!

Tiró la colilla de su cigarrillo, se puso en pie y se desperezó. Luego los dos se alejaron a través de la Grande Place.

Se acercaban a la calle Mayor. Callaghan tomó a Robert del brazo y lo condujo por una angosta calleja. Llegaron a una casa en cuya puerta se leía este rótulo: «Lee Wong. Lavadero a vapor». Callaghan llamó.

—Aquí me lavaban las camisas... cuando las tenía. Wong es un hombre excelente. Ahora tiene cerrada a cal y canto su casa, por temor a lo que se espera. Pero nos dejará entrar...

Mientras decía esto, la puerta se abrió sólo unos centímetros y Robert vio por la rendija a un pequeño chino de cierta edad y que lucía una larga barba gris.

Miraba tímidamente y no pareció tan contento de ver a Callaghan como éste había insinuado. Sin embargo, tras unos instantes de rogarle y razonar, llevó a los dos amigos a una habitación del piso en la que había varias hileras de tablas de planchar.

Desde la ventana de, esta habitación era posible ver perfectamente la casa del doctor Da Souza.

Cuando Lee Wong los dejó solos, Callaghan se sentó cómodamente en el suelo, apoyando la espalda en una de las tablas de planchar, y dijo:

—A juzgar por el extremo a que han llegado las cosas, creo que Da Souza no tardará en entrar en acción. Estoy seguro de que no tendremos que esperar mucho tiempo. Hizo una pausa y añadió:

—¡Ah!, se me olvidaba. Tengo entendido que madame ha muerto.

—¿Cómo se ha enterado?

—Aquí nos enteramos de todo en seguida.

A medida que pasaba el tiempo, la impaciencia de Murray aumentaba. Al fin le pareció intolerable. ¿Es que no iba a suceder nada?

De pronto, cuando ya le parecía que no podría permanecer ni un segundo más inactivo, se abrió la puerta de la casa de Da Souza, y Castro, el criado, salió con un bolso de paja. Miró a un lado y otro de la calle y, al fin, se alejó, no hacia la Grande Place, sino en dirección contraria.

Apenas había desaparecido el sirviente, apareció Da Souza, al que acompañaba un hombre bajo y fornido. Con un gesto de profunda sorpresa, Robert reconoció en el acompañante del médico a uno de los individuos que habían colocado la bomba en el jeep de Ribera.

El hombre esperó a que Da Souza cerrase la puerta con llave, y luego los dos se alejaron rápidamente en el pequeño sedán negro del doctor.

—¿No se lo dije? —exclamó Callaghan—. Ese individuo que va con él es uno de los técnicos de la mina. Vamos.

Robert estaba ya a mitad de la escalera. Salieron, cruzaron la calle y se dirigieron a la puerta posterior de la casa de Da Souza.

El patio estaba rodeado por una alta muralla de piedra y cemento, pero los dos amigos no tardaron en pasar al interior. Sin embargo, encontraron la puerta trasera cerrada con llave y las ventanas protegidas por barrotes de hierro.

—Tenemos que entrar por esta puerta —dijo Robert, después de estudiar la situación con Charlie.

—Sí —dijo Callaghan resueltamente, mientras se restregaba las manos.

Los dos se lanzaron juntos contra la puerta. Al segundo embate, la cerradura saltó y ambos entraron tambaleándose y yendo a caer de bruces en un pasillo embaldosado. Se levantaron y permanecieron unos momentos inmóviles, escuchando. En la casa reinaba un silencio sepulcral.

—Vamos a registrar primero arriba —dijo Robert. Me parece el lugar más probable para encontrarla.

Comenzaron a registrar por el ático y fueron bajando hasta recorrer toda la casa, sin dejar un rincón.

No encontraron ni el menor rastro de Mary. Todo estaba como era propio de una

casa como aquélla: en perfecto orden, los muebles limpios y lustrosos, brillantes los metales, en orden la cocina. Hasta la vajilla utilizada en el desayuno estaba ya lavada y seca. En aquella perfección había algo que resultaba poco natural y muy sospechoso.

Finalmente llegaron al quirófano.

—Me parece que hemos trabajado en balde, ¿no cree usted? —dijo Callaghan.

Robert no contestó. En aquel momento, sus ojos habían tropezado con la puerta del armario de primeros auxilios, que Da Souza no le había enseñado el día de su primera visita, sino que lo había apartado de él con su habitual untuosa cortesía.

Movido por una repentina curiosidad, se dirigió al armario y lo abrió. Y se quedó petrificado, mientras Charlie, que miraba por encima de su hombro, lanzaba un largo silbido.

No era lo que Da Souza había dicho, sino un laboratorio bacteriológico perfectamente equipado. Robert vio la incubadora y los demás aparatos de cultivo. Pero lo que más le llamó la atención fueron unos *platinos Petri*^[10] en los que había una sustancia gris que reconoció inmediatamente.

No era posible equivocarse, pero, para estar más seguro, observó uno de aquellos cultivos con el microscopio y, al ver la forma del virus, se horrorizó.

Con abrumadora certidumbre vio al verdadero Da Souza, al hombre que tenía el extraordinario poder de curar o matar, que poseía una doble y horrible personalidad, que era exteriormente un ser civilizado, pero que llevaba dentro la brutalidad y la crueldad de sus antecesores caribes.

Callaghan observaba a Murray con silencioso interés.

—¿Qué es eso, doctor? —preguntó al observar el gesto de horror de Robert.

—Una perfecta trama de asesinato, la más perfecta que puede haber surgido de la imaginación del hombre —respondió Murray.

—No entiendo

—Da Souza ha cultivado gérmenes del cólera. Una gota de esta emulsión en un vaso de agua..., no, en un vaso de jugo de papaya..., y todo ha terminado y sin el menor peligro de ser descubierto. La muerte se produce por causas naturales. El médico ha hecho cuanto ha podido...

—Ahora comprendo —dijo Charlie lentamente—. Sí, comprendo, pero... ¿por qué ha elegido a madame?

—Eso es lo único que para mí no tiene sentido. Después de suprimir a Alexandre; se comprendería, pero ahora...

—Si Defreece hubiera muerto, madame, de acuerdo a las leyes de San Felipe, habría sido su heredera, conjuntamente con Natalie. Y, estando dominada por el médico caribe, se habría casado con él. Teniendo semejantes recursos a su disposición, ¿qué no haría aquel hombre ambicioso, sin escrúpulos, hambriento de poder, dedicado en cuerpo y alma a un objetivo secreto? Sin embargo, no había sido Defreece la víctima del asesinato, sino madame.

Pero, de súbito, una luz pareció penetrar en el cerebro de Robert, iluminándolo intensamente.

—El jugo de papaya al cual se habían mezclado los gérmenes del cólera fue colocado en la habitación de Defreece y alguien lo cambió. Seguramente fue Luda, la anciana criada isleña. Lo más probable era que sospechara la verdad y cambiase los vasos, poniendo en la mesilla de madame el que había de llevarla a la muerte.

Murray dijo esto en un tono de convicción.

Charlie Callaghan asintió y calló un instante.

—Me parece que ha dado usted en el clavo, doctor —dijo al fin—. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la desaparición de su enfermera?

Robert miró a su amigo, ceñudo, pensativo, y; tras un breve silencio, respondió:

—¿No se da cuenta? Mary decidió esperarme dentro de la casa, tal vez por temor a la desenfrenada multitud. Al fin y al cabo, los dos habíamos venido a ver al doctor Da Souza. El criado la hizo pasar al dispensario. Da Souza tardó mucho en llegar, y Mary aprovechó el tiempo para curiosear por la casa, pues siempre había sospechado del doctor. Seguramente encontró el laboratorio y descubrió los cultivos. De pronto entró Da Souza y la sorprendió. Naturalmente, no podía permitirle marcharse. Entonces...

—Sí —dijo Callaghan lentamente—. Puede haber ocurrido lo que usted dice. Oiga, doctor: me parece que lo mejor será que usted vuelva sin perder un instante a «Grande Limbe» y ponga al corriente de todo al señor Defreece.

De pronto calló y miró por la ventana.

—¡Oiga! Viene gente.

En efecto, un grupo de cinco o seis hombres se acercaban en aquel instante al pórtico de la casa.

—Debemos desaparecer cuanto antes —agregó Charlie.

Precedió a Robert por el pasillo, salieron por la puerta de atrás y atravesaron el patio.

Después de escalar la pared de piedra, saltaron al exterior. Entonces Robert oyó grandes gritos que partían de la casa y luego el ruido que producían los hombres al correr.

—Será mejor que nos separemos —dijo Murray Así será menos fácil dar con nosotros.

—Bien. Nos veremos más tarde en la plantación. Esta tarde iré sin falta.

Se fue, y Robert tomó la dirección opuesta. Murray atravesó un campo en el que se alzaban los tallos ya secos del maíz y entró en una angosta y sucia callejuela.

Salió de ella y se introdujo en un laberinto de oscuros callejones llenos de desperdicios. De pronto salió a la Grande Place, en la que ya se hacinaba una inquieta muchedumbre.

No le fue difícil perderse en aquel mar de personas, y cuando tuvo la seguridad de haber despistado a sus posibles perseguidores, comenzó a atravesar la plaza en

dirección a la calleja que conducía al puerto.

Todos sus pensamientos se concentraban desesperadamente en Mary. Callaghan le había sugerido que regresara a «Grande Limbe» para enterar al señor Defreece de lo que habían descubierto. Pero Robert tenía el convencimiento de que el millonario sabía ya perfectamente todo cuanto se refería al médico caribe.

Además, Defreece estaba tan preocupado por el inminente levantamiento, que no tendría tiempo para ayudarles en la búsqueda de Mary. Era necesario que obrase él inmediatamente y sin ayuda de nadie. Y ya sabía lo que tenía que hacer.

De las profundidades de su subconsciente había surgido el recuerdo de aquella casa desierta, el antiguo Fuerte Libertad, que, según le había informado Natalie, pertenecía, o había pertenecido, al doctor Da Souza. y este recuerdo acudió a él vividamente, como una especie de angustiosa esperanza.

Si Mary era prisionera de Da Souza, ¿qué lugar mejor para ocultarla que aquella casa abandonada? Con la canoa que tenía amarrada en el muelle, en menos de una hora podía llegar a Basse Terre.

Mientras pasaban por su imaginación estos pensamientos, Robert había encaminado sus pasos al pequeño muelle. No se veía un alma. Los cobertizos y depósitos estaban desiertos.

Al salir de la penumbra de los callejones a la brillante luz solar del puerto, se detuvo repentinamente. En el lugar donde había amarrado la canoa no se veía embarcación alguna: sólo una espesa capa de algas flotantes y desperdicios. ¡La canoa había desaparecido!

Cuando estaba inmóvil, perplejo, parpadeando bajo la intensa luz, una sombra se proyectó repentinamente en las blanquecinas piedras que tenía ante sí. Robert se dio cuenta de que alguien había salido del cobertizo situado a sus espaldas, y en el acto se dispuso a volverse. Pero un tremendo golpe en la cabeza lo dejó sin sentido.

La tarde estaba ya muy avanzada cuando Robert despertó de su obligada siesta. La primera indicación que tuvo de que había vuelto en sí fue el repiqueteo de la lluvia que caía furiosamente sobre un techo de cinc.

Miró, aturdido, alrededor, y comprobó que le habían arrastrado al interior de un cobertizo abandonado y en ruinas. Seguramente de allí había salido su atacante. Se tocó la cabeza, en la que sentía un agudo dolor, y notó un bulto del tamaño de un huevo. El autor del atentado había realizado su labor con gran pericia, y evidentemente sin intención de causarle un daño irreparable.

Se incorporó hasta quedar sentado en el suelo, y entonces advirtió que le habían prendido un pedazo de papel a la hebilla del cinturón. Lo desdobló y, a pesar de la oscuridad que reinaba en el cobertizo, consiguió leer el breve pero cortés comunicado:

«Se le aconseja sinceramente que no se entrometa en lo que no le concierne. Si no

obedece, le sucederá algo muy desagradable».

Por espacio de unos minutos, Robert permaneció sentado e inmóvil, con el papel hecho una pelota en la mano. Lo dominaba una amarga sensación de ineptitud. ¡Qué tonto había sido! ¡Se había dejado quitar la canoa y había permitido que lo atacasen y lo dejaran fuera de combate! Con todo esto se habían perdido varias horas más, varias horas en que no se había adelantado un paso en la búsqueda de Mary. Furioso consigo mismo, se puso en pie y, con paso vacilante, salió del cobertizo.

El cielo estaba encapotado, se había levantado un fuerte viento y la lluvia caía a torrentes. Pero la frescura húmeda y salobre del temporal lo reanimó. Murray se puso la mano sobre los ojos a manera de pantalla y observó atentamente el lugar llamado Basse Terre Point.

Se dijo que le sería posible llegar hasta allí a pie, siguiendo la línea de la costa.

Esto significaría, ciertamente, una larga caminata, pero estaba decidido a realizarla. Así que, sin más demora, dio la cara al viento y emprendió la marcha hacia su objetivo.

Al principio, esta marcha fue relativamente fácil. Una vez hubo dejado atrás el puerto propiamente dicho y el fragoroso bullicio de la ciudad, tomó un camino carretero que lo condujo, a lo largo de la playa, hasta un grupo de miserables chozas techadas con hojas de palmeras. En el lado opuesto, sobre la arena, había unos cuantos botes de pesca.

Una mirada a las olas que se estrellaban en las costas de la bahía y en los arrecifes convenció a Robert de que con la canoa no le habría sido posible llegar a Basse Terre Point.

Cuando llevaba recorridos unos tres kilómetros, el camino terminó repentinamente en el borde de una caleta arenosa. La arena estaba endurecida por la lluvia, y el pasto que se mezclaba con ella le daba mayor firmeza. Al final de la caleta, el terreno apareció como una quebrada superficie de coral semicubierta por viscosas algas marinas.

Necesitó mucho tiempo para salvar aquel difícil tramo de su recorrido. La luz del día, ya muy débil, anunciaba una rápida desaparición, y Robert empezó a preocuparse seriamente ante la idea de que la noche lo sorprendiera en aquel difícil terreno.

En la creciente oscuridad, era imposible evitar las espinosas ramas de los matojos, que, movidos por el viento, le pinchaban a cada paso.

Pero al fin dejó atrás, con gran alivio, aquella hostil vegetación y llegó a una baja y lisa sabana, especie de hondonada superficial cubierta de rico pasto.

Bendijo al cielo por depararle este suelo fácil de recorrer y, en su anhelo de avanzar, apresuró el paso hasta casi correr. No se acordaba de lo que le había dicho Natalie sobre el río Negro. Un minuto después sintió que la tierra cedía bajo sus plantas y, de pronto se encontró sumergido hasta la cintura.

Aquello, más que un río, era una ciénaga, un amplio y pegajoso lodazal. Avanzó penosamente por él, nadó un poco, volvió a caminar y, al fin, llegó a la margen

opuesta, completamente extenuado. La ribera era alta y escarpada, y en ella no había un solo punto en el que se pudiera hacer pie.

De pronto vio una larga liana, fuerte y gruesa. Se agarró a ella y comenzó a escalar la abrupta orilla, penosa y lentamente. Cuando al fin llegó arriba, se dejó caer en el suelo, empapado; cubierto de barro, respirando penosamente y maldiciéndose por su descuido. Se preguntó para qué demonio habría ido a aquella maldita isla. Era evidente que no había nacido para ser héroe de las regiones tropicales.

Se vio a sí mismo, tranquilo, envuelto en su bata blanca, puestos los guantes de goma, dirigiéndose al quirófano del Hospital Metodista de Nueva York. ¡Allí debía hallarse en aquellos momentos; aquél era el lugar que le correspondía a su posición científica!

Pero, de pronto, sus pensamientos volaron de nuevo hacia Mary, y aquella compasión que se tenía a sí mismo desapareció como por encanto. Se puso de pie, arrancó unos puñados de hojas y los utilizó para quitar de sus ropas el barro que se había adherido a ellas en enorme cantidad.

No sabía dónde se hallaba, pero llegó a una senda perfectamente visible, que atravesaba un terreno seco y desprovisto de matas. Al punto tomó este camino, que serpenteaba en un infinito zigzag entre árboles espaciados y de escasa altura. Robert se estaba diciendo que jamás llegaría a su fin, cuando, de pronto, vio ante sí la casa de la playa, el viejo y pétreo Fort Liberté.

Se alzaba ante él, macizo, oscuro, solitario, entre los pinos, aparentemente vacío y silencioso como un cementerio. Pero de pronto, con gesto de ansiedad, vio una débil luz a través de la persiana de una de las ventanas.

Por espacio de un minuto estuvo inmóvil, pero luego se dirigió a la parte posterior del edificio. La luz estaba en la planta baja. Acercándose a la ventana, aplicó un ojo a una de las rendijas de la persiana. ¡Y tuvo que reprimir un grito!

Había allí un caribe de gran estatura, al que instintivamente identificó, a pesar de no haberlo visto, como su atacante del muelle de Reine Marie. La habitación parecía ser la cocina, pues el hombre estaba inclinado sobre un hornillo, removiendo las alubias negras que llenaban una cazuela.

La observó unos instantes, mientras el individuo vertía las alubias en una fuente y, después de cortar varias rebanadas de pan, se sentaba ante una pequeña mesa y empezaba a comer.

Robert se dirigió silenciosamente hacia la puerta principal e hizo girar el picaporte. Entonces vio que la puerta estaba cerrada con llave, y, lo que era peor, todas las ventanas, empotradas profundamente en el macizo muro, estaban protegidas por gruesos enrejados de hierro.

Recorrió el muro, y, al llegar a la esquina, encontró una poterna, que cedió a la presión de su mano. La facilidad con que se había abierto lo detuvo un instante. Pero ya no podía volver atrás. Se introdujo de lado por la negra abertura y se encontró en el interior de un amplio sótano que parecía extenderse a todo el ancho de la casa.

La oscuridad era completa, pero, tanteando las paredes, Robert llegó al pie de una escalera de piedra que lo llevó a una pequeña estancia.

Allí, a la débil claridad que llegaba desde la cocina, vio una escalera de piedra, en espiral, que llegaba hasta el piso. Y aunque sabía que el caribe estaba comiendo en la cocina de la planta baja, empezó a subir silenciosamente la escalera, poniendo sumo cuidado al apoyar el pie en cada peldaño.

En el rellano del piso, la oscuridad era todavía mayor. Según le pareció después de tantear un rato, daban al rellano tres puertas. Dos de ellas se abrieron fácilmente, y Robert pudo comprobar que las habitaciones de las mismas estaban vacías. La tercera estaba cerrada con llave.

Murray estuvo inmóvil por espacio de lo que le pareció una eternidad. Incluso le faltaba la respiración, tal era la ansiedad que lo poseía. Al fin alzó lentamente una mano y dio unos leves golpecitos en la puerta.

—¡Mary! —susurró—. ¿Está usted ahí?

Inmediatamente oyó una vez quejumbrosa:

—¡Robert...! ¿Eres tú?

Una ola de profunda emoción lo invadió tan enteramente, que pareció disolver todo su ser. ¡Ella estaba allí... y lo había tuteado!

—¿Estás bien, querida? —murmuró, pegando la boca a la cerradura.

—Sí —respondió ella en voz baja—. Pero doy gracias al cielo por tu llegada.

—Ahora ya no tienes nada que temer. Te sacaré de aquí en seguida.

—¿Cómo...? ¡La puerta está cerrada con llave!

—¿Quién tiene la llave?

—Ayer la tenía Castro. Hoy, ese otro hombre.

Robert asió fuertemente el picaporte y trató de forzar la cerradura, pero no lo consiguió. Luego, procurando hacer el menor ruido posible, aplicó el hombro al panel superior de la puerta e intentó hacerla ceder. Fracasó y repitió el intento con más fuerza. De pronto, sus zapatos, llenos de lodo, resbalaron en el encerado piso, y Robert cayó al suelo ruidosamente.

Todo ocurrió con asombrosa rapidez. En la cocina, una silla se arrastró por el piso; luego hubo un breve silencio, y finalmente se oyó el leve ruido de unos pies descalzos que corrían y que subían rápidamente la escalera.

Robert esperó, agazapado. Sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, vieron al hombre claramente cuando llegó al rellano. Con todo cuidado, eligió el punto del mentón donde debía propinar el golpe y, con todas sus fuerzas, lanzó su puño. El hombretón cayó, aturdido, y Murray pensó: «Estamos en paz: te he devuelto el golpe que me has dado en el muelle».

La llave que el hombre había tenido intención de usar estaba todavía en su mano. Robert se la quitó, abrió la puerta y rápidamente tomó a Mary en sus brazos.

—¡Oh Robert...! ¡Robert! —sollozó ella, abrazándolo.

—¡Pronto! ¡Salgamos de aquí! —dijo él.

Tomándola del brazo, la condujo a la planta baja, mientras oía que el caribe empezaba a dar señales de vida.

Llegaron al vestíbulo. La oscuridad era allí mayor que arriba y, en su febril deseo de salir de la casa, Robert perdió el rumbo. De pronto, mientras tanteaba a lo largo de la pared, oyó las voces de varios hombres que llegaban.

Robert se volvió desesperadamente hacia la puerta principal y comenzó a manipular los cerrojos. Consiguió descorrer uno, pero había otro más arriba. En este momento, el caribe lanzó desde arriba un fuerte grito que fue contestado por otros abajo. Los hombres subían por la escalera del sótano.

Al fin descorrió el otro cerrojo y la puerta se abrió. Y en este mismo instante, alguien que estaba a su espalda lo atenazó con sus manos.

—¡Corre, Mary, corre! —gritó empujando a su amada.

Luego se volvió y empezó a forcejear, tratando de librarse.

La lucha fue encarnizada por un momento, y calculó que este tiempo fue suficiente para que Mary pudiera conseguir alguna ventaja. Pero su aventura en la ciénaga le había privado de buena parte de su resistencia, y ya eran tres o cuatro los hombres que lo sujetaban. Pronto se cerraron unas manos en torno a su garganta, y no le fue posible desprenderse de ellas.

Al mismo tiempo, sintió un aliento caliente junto a su mejilla y unas manos que doblaban violentamente su brazo derecho hacia la espalda. Oyó el crujido del hueso al romperse. Entonces una mortal debilidad se apoderó de él y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se encontró también en el suelo, rodeado de una oscuridad impenetrable. Su cuello estaba tan hinchado, que no le era posible tragar, y uno de los hombros le dolía horriblemente.

Con sumo cuidado trató de levantar el brazo derecho, e inmediatamente sintió la punzada del hueso roto. «Fractura de la cabeza del húmero», pensó, a punto de desmayarse nuevamente. Pero de pronto oyó un llanto contenido a su lado. ¡Era Mary!

—¡Oh! —exclamó el herido—. ¿No pudiste escapar?

—No, Robert.

—Pero ¿no corriste?

Ella no respondió en seguida. Al fin dijo con voz entrecortada:

—¡No pude dejarte! ¡No me fue posible!

Se produjo un silencio. Robert quería decir algo, pero no encontraba las palabras. Su cerebro no funcionaba normalmente todavía.

¡Qué necio había sido! ¡Qué inútil! ¡Todo, todo le había salido mal!

En su desesperación, intentó levantarse nuevamente. Mary dejó de llorar y exclamó con voz entrecortada:

—¡Oh, Bob, ten cuidado! ¿Cómo te sientes?

—No muy bien, pero, por lo menos, estoy intacto —dijo él, tratando de sonreír para tranquilizarse a sí mismo—. ¿Cuánto tiempo estuve sin sentido?

—Una hora poco más o menos... ¡Oh, querido! Tienes que estar malherido.

—¿Dónde estás? —preguntó él, que no veía absolutamente nada.

—Aquí, a tu lado.

Y Robert notó que la enfermera acariciaba su frente. Luego se dio cuenta de que su cabeza descansaba en el regazo de Mary. Hubiera querido estar así eternamente.

—¿Estás atada? —preguntó.

—No... Estoy libre. Pero no podremos salir de aquí, querido. ¡Nadie conseguirá salir de esta casa!

Robert descansó un rato y luego se volvió hacia ella.

—Cuéntame cómo llegaste aquí —le rogó.

Ella comenzó su explicación en voz baja, acercándose todo lo posible a él. No había ocurrido exactamente como Robert había supuesto, pero no se había alejado mucho de la verdad.

Cuando Mary se quedó en la escalinata de la casa de Da Souza para esperarlo, el criado abrió la puerta y le dijo por señas que entrase. Ella no vio mal alguno en ello, pero en cuanto se cerró la puerta a sus espaldas comprendió que había cometido un error. Da Souza estaba allí, en el vestíbulo, frente a ella. «¡Usted fue quien cambió el vaso!», la acusó sin rodeos el doctor.

—Al principio —dijo Mary— no pude comprender lo que quería decir, pero Da Souza añadió: «Sólo usted pudo haberlo cambiado. Usted tomó el vaso de la habitación de Defreece y lo puso en la de madame, llevándose el de ésta».

Mary siguió explicando:

—De pronto comprendí lo que quería decir.

»—¡No, no! —le respondí—. ¿Cómo me cree usted capaz de semejante cosa?

»—¡No mienta! —gritó él— ¡Sé que fue usted, y ahora va a pagar lo que ha hecho!

Mary quedó callada un instante, y Robert preguntó:

—¿Y después te trajeron aquí?

—Sí. Te oí llegar a casa de Da Souza, pero me habían cubierto la cabeza.

Robert exclamó:

—¡Qué pensarás de mí, querida! ¡Yo quería encontrarte, sacarte de este encierro, y lo que he hecho sólo ha servido para empeorar las cosas!

Ella tardó un instante en responder, y lo hizo dulcemente:

—¡Me alegro... de que quisieras encontrarme!

Como por instinto, las manos de los dos se unieron en la oscuridad, y estuvieron así largo rato, en silencio. A pesar de los agudos dolores que sentía, Robert tuvo una sensación de dulzura que jamás había experimentado.

El repentino rumor de voces procedentes del sótano, seguido de fuertes pisadas y

de un portazo, los volvieron a la realidad.

Mientras hacía un esfuerzo para escuchar, Robert oyó que Mary decía:

—Otra vez esos hombres.

—¿Quiénes? —preguntó él.

—Unos que celebraron una reunión anoche... Yo no quise ni escuchar.

—Pero ¿pudiste verlos?

—Sí, por un ventanillo.

En aquel mismo momento, la oscuridad de la habitación se aclaró un poco, debido a una débil luz que se filtraba por una abertura de una de las paredes interiores. Al mismo tiempo, los dos oyeron voces de varios hombres, cada vez más claras.

Aquellos sonidos que delataban alguna actividad siguieron oyéndose un rato, pero de pronto cesaron.

Robert se deslizó penosamente hasta el lugar donde estaba la abertura. Ésta tenía solamente unos diez centímetros de ancho por cinco de alto.

Aplicó un ojo a la abertura y lo primero que vio fue una luz rojiza que emanaba de un brasero encendido.

A medida que su vista fue acostumbrándose a aquel resplandor, la habitación y sus ocupantes fueron tomando forma. Dos bancos de piedra se extendían a lo largo de la amplia habitación, cuyo suelo era también de piedra, y estaban ocupados por unos veinte hombres, jóvenes en su mayoría. Todos tenían las facciones características de los caribes.

Formaban un grupo de aspecto feroz, peligroso y cruel. Dos de ellos tenían en la mano una varilla de metal, con la que golpeaban las losas del piso.

Estos golpes debieron de ser una señal, pues entró otro caribe alto y fornido. Iba desnudo de cintura arriba y en una de sus manos empuñaba un sable. Se detuvo en el peldaño inferior de la corta escalera, y todos lo saludaron con un murmullo.

Las varillas de metal sonaron de nuevo y, tras unos segundos de absoluto silencio, apareció Da Souza.

Todos lo miraron con respetuoso silencio. El rostro del médico nativo, visto a aquella débil luz, daba una impresión de inflexible dureza y de formidable autoridad.

Comenzó a hablar, al principio con voz tranquila y después con creciente pasión. «Los está sometiendo a su voluntad —pensó Robert—; es el gran libertador, el santo curador, y esos hombres, sus secuaces».

Los reunidos empezaron a contestar a Da Souza. Su excitación pareció contagiarse al doctor, cuyos ojos brillaron con un fanatismo rayano en la locura.

De pronto dejó de hablar y batió palmas.

Se produjo otro silencio y Da Souza empuñó el sable. Recorrió la habitación, tocando con el arma a todos los reunidos. Luego, alzándola sobre su cabeza, pronunció rápidamente unas palabras que sus oyentes acogieron con gritos salvajes.

Robert se quitó la americana, reprimiendo los gritos que el dolor enviaba a su garganta, e introdujo la prenda en la abertura. Así los ecos de la infernal escena del

sótano apenas podrían llegar a sus oídos.

Volvió al lado de Mary. Temía por sí mismo, pero más aún por ella. Tendió sus manos en busca de las de Mary, que estaban heladas.

Se preguntó qué clase de hombre era aquel doctor Da Souza. Por una parte, parecía humanitario, inteligente, experto en su profesión; por otra, un hombre primitivo y cruel, que asesinaba a sangre fría sin el menor escrúpulo. ¿Creía realmente en toda aquella sombría comedia representada en el sótano, o la realizaba simplemente para alcanzar sus fines? Robert no podía contestar a esta pregunta.

Pero había una cosa segura, por lo menos: Da Souza estaba comprometido en una causa y no se detendría ante nada en su afán de apoderarse del control político de la isla. Desde cualquier punto de vista que se considerase la situación, las perspectivas para él y Mary distaban mucho de ser agradables.

Los rumores del sótano habían ido amainando gradualmente, y poco después sucedió a ellos una serie de ruidos que parecían indicar la salida de los caribes. Al fin, como una dulce realidad después de una pesadilla, sólo se oyó el grave silbar del viento entre los árboles que rodeaban la casa y el sonoro rumor de las olas al romper en la orilla.

Robert se preguntó qué hora sería. Calculó que no serían más de las nueve, pero, naturalmente, no podía estar seguro. ¿Los dejarían solos al menos durante aquella noche?

Mary llevaba tanto tiempo sin decir palabra, que Robert la creyó dormida. Estaba a punto de echarse para aliviar el dolor de su hombro, cuando, de pronto, se abrió la puerta y apareció el doctor Da Souza.

Vestía una túnica, botas de agua y sombrero negro. Llevaba un brazal en el brazo derecho y un cinturón cartuchera alrededor de su cintura, del cual pendía un revólver. Detrás de él, con una linterna encendida, estaba Castro.

Durante unos segundos, Da Souza estuvo contemplando a Robert con sus oscuros y taladrantes ojos, y luego, con voz en la que no se advertía la menor emoción, frío, sereno, cortés, sin rencor alguno, dijo:

—¿Así que ha cometido usted la imprudencia de venir a reunirse con su amiga?

—Sí —dijo Robert—, he venido a visitarla.

—Lamento que esta visita, por lo que veo, le haya costado algunas magulladuras.

—¡Bah! ¡Es poca cosa! ¡Sobreviviré!

—¡Quién sabe! Ustedes dos me han causado cierto trastorno —dijo como si pensara en voz alta—. ¡No, no lo nieguen! ¡Es un hecho irrefutable! Y si algo sale mal, me veré obligado, contra mi voluntad, se lo aseguro, a culparles a ustedes...

Robert comprendió perfectamente lo que su colega quería decir, y respondió al punto:

—No podrá salirse con la suya, doctor Da Souza. Defreece sabe que yo he venido aquí, y con toda seguridad, al ver que no regreso, acudirá con su gente y nos rescatará.

Da Souza movió la cabeza negativamente, compasivo.

—Acabo de regresar de «Grande Limbe» —dijo—. Allí nadie sabe dónde está usted. Creen que usted ha ido a la costa norte. A nadie se le ocurrirá pensar en este lugar. Todos se imaginan que la casa está cerrada, abandonada...

Por el tono de su voz, pausada y en la que no se percibía la menor emoción, Robert comprendió que el malvado no mentía. Y sintió que se le oprimía el corazón.

Se produjo otro silencio. Luego Da Souza se irguió, imponente, y exclamó:

—¡Mañana, al amanecer, empezará el gran acto de la liberación de San Felipe! Confío, afortunadamente para ustedes, en que todo saldrá bien y obtendremos una gloriosa victoria.

Hizo una reverencia, dio media vuelta y, un segundo después, había desaparecido. Cuando la puerta se cerró violentamente tras él y Castro, y se oyó girar la llave en la cerradura, Robert y Mary volvieron a quedar en la más completa oscuridad. Mary comenzó a sollozar quedamente.

—¡No temas, querida! —le dijo Robert—. ¡Ese individuo está loco, completamente loco! ¡Pero no se saldrá con la suya!

—¡Oh Robert! ¡Mi adorado Bob! —exclamó ella.

Y los dos se abrazaron desesperadamente.

—¡Mary! ¡Amor mío...!

No pudo decir más. Ella calló también. Robert la estrechó apasionadamente en sus brazos. Tan cerca de su cara estaba la de Mary, que las lágrimas de la enfermera bañaron sus mejillas.

VI

La noche pasó lentamente y con la extraña agritud de un sueño. Las posibilidades de salir de aquella prisión eran muy escasas, pero estaban juntos y eso era suficiente. ¿Sólo suficiente? No, después de haberse confesado mutuamente su amor, lo era todo.

A ratos, Mary caía en un sueño intermitente. Pero Robert, que esperaba que la luz del día se filtrase en la habitación, no podía descansar. Cuando los primeros resplandores del amanecer llegaron al encierro, Murray se puso en pie y comenzó a mirar en todas direcciones.

Los muros, de piedra y cemento, tenían de noventa a ciento veinte centímetros de espesor. Tanto el piso como el techo estaban cubiertos de una capa de conchas marinas y musgo. La puerta, a la que prestó especial atención, era gruesa, de dura teca, y estaba forrada con una plancha de latón.

Una vez terminada su inspección, se volvió hacia Mary, que le había seguido con la vista.

—No tenemos suerte, querida —le dijo con una amarga sonrisa—. Esto parece ser la antigua armería del fuerte. Tal vez guardaban aquí la pólvora. Esa abertura que hay en la pared es para que se renueve el aire. Apenas podría pasar por ella un ratón.

Intentaba mostrarse alegre y despreocupado, pero veía claramente que nada que no fuera una carga de dinamita podría librarlos de aquel encierro.

Mary lo miraba con sus claros ojos inquisitivos, en los que parecía brillar su espíritu juvenil y valeroso.

—¿Qué tienes en el hombro, querido Bob? —preguntó.

—Pues... un golpe bastante fuerte...

—¡Déjame verlo!

Robert estaba todavía sin americana. Mary, suavísimamente, con cierta timidez, introdujo su mano debajo de la camisa.

El hombro estaba muy hinchado y latía fuertemente, pero Robert sintió un gran alivio al contacto de aquellos dedos que refrescaban la lesión.

—¡Robert! —dijo Mary en voz baja—. ¡Hay fractura!

—¿Sí? —preguntó él, sin dejar de sonreír.

Mary lo miró de un modo extraño y, quitándose el chal de seda que llevaba en los hombros, le sujetó el brazo al costado, de modo que quedó inmóvil, pero en una posición cómoda.

Procedió con verdadera pericia, y Murray sintió inmediatamente un gran alivio.

—¿Cómo te sientes ahora, mi vida? —preguntó ella ansiosamente.

El le rodeó la cintura con su brazo izquierdo, la atrajo hacia sí y la besó tiernamente.

—Así me siento. Ahora, lo único que necesitamos es un buen desayuno. ¿Qué te

parece que nos darán? ¿Café con tostadas, huevos fritos con jamón, compota... y alguna cosilla más?

Ella sonrió tristemente.

—Ayer me desayuné con agua y alubias recalentadas.

—¿A qué hora? —preguntó Robert.

—A esta misma, poco más o menos.

—¿Quién vino a traértelo?

—Castro. Se queda aquí durante el día, y el otro lo reemplaza por la noche.

Calló un instante y añadió:

—Juraría que Castro lamentaba no poder darme mejor comida.

—¿Castro? —exclamó Robert—. ¿El criado sordomudo de Da Souza?

Ella afirmó con un lento movimiento de cabeza.

—Parece absurdo, ¿verdad, querido? ¡Es tan espantosamente feo y tiene un corpachón tan brutal! Pero tengo la sensación de que es distinto de los demás..., un hombre de mejores sentimientos. Da Souza lo trata como a un perro. Pude comprobarlo el día en que me trajeron aquí.

—Bien —dijo Robert—. Si viene Castro, lo convenceremos de que nos traiga huevos fritos con jamón.

Pero aquel intento de mostrarse alegres no convenció a ninguno de los dos, y Robert empezó a pasear por la habitación con desesperación creciente.

Una docena de veces probó en vano a mover los barrotes de la ventana y golpeó con los puños la sólida puerta. Se dijo que todas las huidas en circunstancias similares que había leído en las novelas eran simple fantasía. Carecía del menor instrumento que pudiera servirle para atacar los barrotes o la puerta. ¡No tenía ni siquiera un cortaplumas! Cuando disponía de los dos brazos, no había podido hacer frente a los carceleros. Ahora sólo podía usar un brazo. Se veía claramente que él no había nacido para desempeñar el papel de audaz y esforzado héroe de novela.

Sin embargo, mientras así reflexionaba, una idea irrumpió en su cerebro, fantástica, improbable, pero idea al fin.

El sordomudo estaba tan atemorizado por su amo que, indudablemente, no habría modo de inducirlo a que les permitiera huir, pero ¿no sería posible sobornarle para que los ayudase indirectamente y sin riesgo para él? Esto era sólo una leve esperanza; Robert sabía perfectamente que sus probabilidades de éxito eran muy escasas, pero, en la situación en que se hallaba, estaba dispuesto a probarlo todo.

Se puso la americana y registró a toda prisa los bolsillos. Lanzó un suspiro de alivio al encontrar la piedrecita que Lucía le había dado. Luego, de otro bolsillo, sacó su lápiz y un pequeño bloque de recetas. En una de éstas escribió un mensaje en el que decía dónde se hallaban y pedía inmediata ayuda. Dobló en cuatro el papel y, en una de las caras exteriores, escribió en grandes letras: «Grande Limbe». Luego se dedicó a esperar.

Castro tardó mucho en aparecer. Tanto, que Robert llegó a temer que se quedarían

sin desayuno. Intentó convencerse de que todavía era temprano, de que sólo hacía un rato que había amanecido, pero el tiempo pasaba —por cierto, con desesperante lentitud— y Castro no aparecía.

Cuando ya le habían abandonado las esperanzas, oyó unos pasos que subían la escalera. Luego la puerta se abrió y apareció Castro, con el blanco brazalete de la liberación y, como el doctor Da Souza la noche pasada, con un cinturón-cartuchera.

Cerró la puerta con llave tras de sí y depositó en el suelo una jarra de barro llena de agua, una cacerola de alubias y arroz, y una gruesa rebanada de pan. Luego se quedó mirando a Robert y a Mary.

Aquella mirada era vigilante e indicaba que no permitiría la menor libertad a los presos, pero en ella había algo que convenció a Robert de que el sordomudo no se mostraba mal dispuesto hacia ellos.

Murray se acercó a la ventana. En su mano izquierda tenía el amuleto con que lo había obsequiado Lucía, y lo mostraba al caribe con un gesto de invitación.

El efecto fue sorprendente. Castro avanzó con lentitud, fijos los ojos en la piedrecita, con un gesto de incredulidad y fascinación.

Robert tenía la intención de arrojarla por la ventana si el sordomudo hubiera intentado arrebatarla, pero Castro no hizo el menor movimiento para apoderarse de la piedra: era evidente que sabía que el amuleto perdía su poder si no se recibía como regalo voluntario. Y mientras el nativo contemplaba el amuleto, Robert colocó junto a él la hoja de papel plegada.

Castro comprendió perfectamente y se acercó aún más, pero apenas vio las palabras «Grande Limbe», retrocedió, moviendo enérgicamente la cabeza con gesto negativo.

Robert comprendió que tal vez sería posible convencer al sordomudo de que los ayudase, pero que en modo alguno conseguiría que fuera a ver a Defreece. Por lo tanto, tomó de nuevo el lápiz y escribió rápidamente: «Callaghan Fonseca's».

Castro estudió estas palabras, como tratando de deducir las consecuencias, evidentemente temeroso de Da Souza, pero, al mismo tiempo, anhelante de poseer el amuleto.

Al fin pareció decidirse, pues se apoderó de la piedrecita y del papel doblado, miró a Robert, asintió con un movimiento de cabeza y salió de la habitación. La puerta se cerró tras él y la llave chirrió de nuevo en la cerradura.

Apenas cesó el ruido de los pasos del sirviente, comenzó a oírse un nutrido fuego de fusilería procedente de Reine Marie: descargas cerradas de numerosas armas, que se repetían cada diez o quince segundos, y, entre ellas, el tableteo de las ametralladoras.

Esto duró un buen rato. Después hubo una pausa de unos minutos, y se reanudó el fuego, esta vez esporádico y en diversos puntos de la isla.

—Han empezado los fuegos artificiales, como diría Callaghan —exclamó Robert—. Y como aquí estamos en lugar seguro, creo que debemos tomar el desayuno.

Llevó al lado de Mary la jarra y la cacerola y se sentó.

La enfermera no quería tomar ningún alimento, pero él la obligó a comer un poco de arroz. Luego introdujo en el agua unos trozos de pan duro y los repartió con ella. Mary estaba sumamente pálida. Bajo sus ojos se veían dos arcos amarillentos y su resistencia parecía agotada.

Tampoco él se sentía muy fuerte, pero, sobreponiéndose a la depresión que lo iba dominando, la hizo ponerse en pie, enlazó su cintura con un brazo y la obligó a pasear por la habitación. Fue un simple amago de ejercicio, pero hizo circular la sangre y contribuyó a que las mejillas de la joven se tiñeran de un leve color rosado.

De vez en cuando, Robert se detenía ante la ventana y pedía auxilio a voces, aunque sabía que en aquel remoto y solitario lugar había muy pocas probabilidades de que pudiera oír sus gritos alguna persona que no fuera enemiga.

Cuando se sentaron nuevamente, Robert obligó a Mary a hablar, lo que contribuyó también a reanimarla. Hablaron del Hospital Metodista de Nueva York, del hogar de Mary en Vermont, de los tiempos en que Robert estudiaba en Edimburgo, y de muchas otras cosas. De todo, menos de la grave situación en que se encontraban.

Mary quiso saber cómo había empezado Robert a ejercer su profesión en Escocia, y él se lo explicó, describiéndole la belleza de *East Lothian* y toda la campiña que había recorrido en su infancia.

Aunque el estruendo de la lucha parecía haber disminuido y sólo llegaba a ellos en ráfagas aisladas, Robert sentía cada vez más profundamente su propia ineptitud.

Mientras en el exterior se desarrollaba una actividad violenta, él tenía que permanecer inactivo en aquella habitación donde, a causa de su estupidez, estaba encerrado como un ratón en una trampa.

Tan hondamente sentía esta torpeza, que ya no le fue posible contenerse por más tiempo y empezó a acusarse a sí mismo en voz baja, pero duramente, por haber ido solo a aquel lugar, sin informar a nadie previamente de sus intenciones.

Pero Mary se negó a oírle. Apretándole la mano, acercó su rostro al de él y lo miró a los ojos.

—Sería magnífico poder estar ahí fuera, e incluso intervenir en la lucha, pero ¿no te parece, querido, que se necesita más valor para esperar aquí lo que el destino nos tenga reservado?

El día transcurrió lentamente y, cuando el sol se acercaba ya a su ocaso, el estruendo de los disparos disminuyó considerablemente. Mary y Robert escucharon con gran atención hasta que, al fin, los intervalos entre las descargas pasaron a ser silencio ininterrumpido.

Durante largo rato, ninguno de los dos dijo nada. Al fin, Robert rompió el silencio:

—Parece ser que todo ha terminado, sea cual sea el resultado.

—Sí —dijo ella, y en un susurro agregó—: ¡Bob, amor, querido mío...!

Al oír estas palabras, a Robert le pareció todavía más difícil y duro soportar la incertidumbre y mostrarse tranquilo.

Permanecieron sentados uno junto a otro en silencio, apoyadas las espaldas en la pared. Mary había inclinado la cabeza sobre el hombro sano de Robert. Pronto sabrían lo que les esperaba.

La breve penumbra del anochecer desapareció y en medio de un profundo silencio cayó la noche. De pronto, Robert se sobresaltó: había oído voces.

Inmediatamente sintió que el corazón le latía como si quisiera salirse del pecho, y acarició la esperanza de que aquellas voces fueran de personas amigas conducidas por Callaghan y que llegaban para salvados. Pero las voces cesaron de pronto.

Poco después advirtió que los recién llegados eran los caribes, que regresaban a su guarida. Entraron lentamente, uno tras otro, y luego por parejas. En sus rostros, que Robert observó por la pequeña abertura de la pared, había señales evidentes de fatiga y desengaño. Intentó contarlos, pero el sótano no estaba iluminado y lo único que pudo percibir fue una masa confusa de formas humanas.

—¡Han vuelto! —dijo en voz baja, volviéndose hacia Mary—. y no parecen muy contentos.

—¿Qué habrá ocurrido? ~ preguntó la enfermera.

La palidez de su rostro, vagamente visible, reveló a Robert que Mary conocía la respuesta a su pregunta. A los labios de Murray acudió en seguida una explicación tranquilizadora, pero no llegó a formularla, pues consideró que Mary preferiría oír la cruda verdad.

—Si no me equivoco —dijo lentamente—, eso significa que han sido derrotados..., que ha fracasado la revolución, lo cual, indudablemente, no mejorará su actitud hacia nosotros.

Ella respondió:

—Creo que nada la podría haber cambiado...

Una vaga claridad se filtró por la abertura. Los recién llegados habían encendido dos linternas, y Robert pudo verlos mejor. De los veinte hombres que habían integrado el grupo, sólo quedaban nueve, dispersos por los bancos de piedra, en actitudes de evidente desolación. Su aspecto era lamentable.

No había señal alguna de su jefe, y Robert, con repentina esperanza, se preguntó si Da Souza habría muerto en la lucha. Pero pronto se desvaneció esta esperanza: el médico caribe apareció en la puerta del sótano.

Por un instante permaneció inmóvil. Luego avanzó erguido hacia los bancos. Sin sentarse, empezó a hablar con tono apasionado, a pesar de su evidente fatiga. Aunque Robert no pudo entender una sola palabra de lo que decía Da Souza, se dio cuenta de que debía tratarse de una exhortación.

Cuando ésta terminó, hubo una breve pausa y, tras ella, uno de los hombres del grupo avanzó hacia el doctor nativo y dijo algo que parecía una enérgica refutación.

A esto siguió una feroz disputa. Al parecer, algunos hombres estaban de parte de

Da Souza y otros en contra. Pero al fin se oyó una aclamación general. El médico indígena seguía dominando a sus hombres. ¡Había ganado la difícil batalla! Inmediatamente se dirigió a la puerta y desapareció.

—Mary —dijo Robert acercándose a la muchacha—. Creo que viene hacia aquí. Preparémonos para recibirlo dignamente. No le demos la satisfacción de demostrarle que estamos asustados.

La espera de todo el día le había parecido muy larga, pero los cinco minutos que siguieron se les antojaron una eternidad. Al fin se oyó el ruido de una llave en la cerradura, la puerta se abrió y apareció Da Souza en el umbral.

Lo acompañaban dos hombres, uno de ellos con una linterna. A su vacilante luz, Robert pudo observar el rostro del médico caribe. Tenía una expresión dura y estaba cubierto de manchas de humo y barro.

Sus ojos aparecían enormemente dilatados.

Miró a Mary y a Robert largamente, en silencio. Luego pronunció lentamente estas dos palabras fatídicas:

—¡Hemos fracasado!

Siguió una pausa y, tras ella, Da Souza añadió, con un tono de extraña tranquilidad y despreocupación:

—Han fracasado mis planes para el futuro..., para la liberación de mi isla...

Se detuvo y bajó la cabeza. Pero en seguida volvió a levantarla para añadir:

—Es lamentable, ¿no les parece? No sólo para mí, sino también para ustedes dos...

En el silencio que siguió a las palabras del médico nativo, Robert escuchó su propia voz, que hacía un doloroso esfuerzo para razonar:

—Si todo ha terminado, creo que de nada le sirve seguir reteniéndonos.

—¿Usted cree? —preguntó Da Souza—. ¿Y qué le parece a usted que debo hacer?

—Dejarnos en libertad. Si no a mí, por lo menos a la señorita Benchley.

—Eso es imposible —dijo Da Souza con una frialdad y una resolución escalofrantes—. Aunque quisiera, no podría hacerlo. Mis hombres, algunos heridos, y sabiendo que han muerto muchos de sus camaradas, no se sienten inclinados a la indulgencia. Aunque sólo sea para mantener mi posición, me veo obligado a condenarlos a ustedes, a hacerles pagar su falta.

—¿Pero qué le hemos hecho nosotros?

Era horrible tener que suplicar al monstruo, pero no tenía más remedio que hacerlo por Mary. Añadió:

—Usted no tiene motivo alguno para perjudicarnos.

—Por desgracia, no estoy de acuerdo con usted, doctor Murray.

«¡Este hombre está loco!», pensó Robert. Y sintió que una sorda e impotente ira le inundaba.

—¡No podrá hacer lo que se propone sin pagar las consecuencias! —gritó.

Da Souza no lo escuchaba. Estaba absorto en su idea. Sus ojos parecían dos globos vacíos. Su rostro carecía por completo de expresión.

Robert tenía la frente cubierta de sudor.

—¡Deje en libertad a la señorita Benchley! —repitió—. ¡Si no lo hace, será peor para usted!

—¿Peor para mí? —exclamó Da Souza en un tono de desafío—. ¿Sabe usted quién soy yo, doctor Murray? ¡Están ustedes en manos de un poder absoluto!

—¡No! —gritó Robert, furioso—. ¡Estamos en manos de un repugnante asesino!

Da Souza batió palmas y, antes de que Robert pudiera hacer el menor movimiento, los dos acompañantes de Da Souza se habían lanzado contra él. Le arrancaron el chal del brazo fracturado, lo que le produjo un espantoso dolor, y con él le ataron las muñecas a la espalda.

Mientras sus dos secuaces ataban a Robert, Da Souza hizo una burlona reverencia a Mary.

—A usted no necesitamos atarla... todavía —dijo.

—¡Haga lo que haga, no podrá herirnos! —respondió la joven con voz firme—: ¡Es usted demasiado vil para que le demos importancia!

Por primera vez, el médico nativo dio muestras de alteración. Su rostro acusó una helada crueldad. Se inclinó hacia delante y propinó una fuerte bofetada de revés a Mary.

Robert, al que los dos hombres tenían firmemente sujeto, impidiéndole todo movimiento, vio una mancha roja en la cara de la muchacha. Los ojos se le llenaron de lágrimas de impotente cólera. También Mary parecía estar a punto de llorar, pero se contuvo con un esfuerzo sobrehumano. Que no llorase pareció enfurecer más a Da Souza, que se volvió y dijo unas palabras a sus dos secuaces. Éstos la emprendieron a empujones con los prisioneros y los trasladaron a otra habitación.

«¡Ahora sí que estamos perdidos!», pensó Robert. En la media luz del sótano, Murray miró alrededor y no vio nada que le permitiera concebir la menor esperanza.

Ni siquiera podía ver a Castro, el único de aquellos caribes del que podían esperar alguna ayuda. ¿Lo habrían matado?

La remota esperanza de que Castro hubiese entregado el mensaje se había desvanecido por completo.

Dos de los hombres encendían el brasero, mientras los demás los observaban y esperaban. Cuando la rojiza claridad aumentó, Robert miró de soslayo a Mary, que estaba sentada en silencio. Sus labios temblaban, pero mantenía la cabeza alta.

—¡Mary! —susurró Murray—. Ahora que están todos distraídos, prueba a desatarme las manos. Me parece que los nudos no son muy fuertes.

Ella no dio la menor señal de haber oído sus palabras. Ni siquiera cambió de postura. Sin embargo, un par de segundos después, Robert sintió que los delicados dedos trataban de deshacer los nudos del chal. El dolor que incluso aquellos leves movimientos le producían en el hombro era intenso, pero a él le pareció una

verdadera bendición.

—Sigue, sigue, querida —dijo con voz apenas perceptible—. Creo que podrás desatarme.

En aquel momento apareció Da Souza en la puerta. «Está impaciente —pensó Robert, desesperado—. Quiere terminar cuanto antes». Los dedos de Mary seguían trabajando en los nudos, y en el preciso momento en que él iba a pedirle que se diese prisa, sintió que la ligadura se aflojaba. ¡Estaba libre!

—Querida —murmuró—. Voy a intentar algo; pero si fracaso, cierra los ojos. ¡Y suceda lo que suceda, recuerda que todavía estamos juntos!

Da Souza avanzó hacia ellos. Su corpulenta figura parecía agrandarse por efecto del poder del odio.

—Prepárense... —comenzó a decir.

Robert se inclinó hacia él repentinamente y, con la mano izquierda, sacó de su cintura el revólver. La nueva fuerza que el arma le dio lo embriagó de júbilo.

Dio un salto atrás y apuntó a Da Souza. Se sentía, ¡al fin!, dueño de la situación. Violentamente, apretó el gatillo una y otra vez. Pero sólo se oyó una serie de leves ruidos metálicos. ¡El revólver estaba descargado!

Y cuando Murray se quedó inmóvil, sintiéndose vencido, maldiciéndose interiormente por su ineptitud en todas las circunstancias de aquella triste aventura, horrorizado al pensar en lo que iba a sucederles a él y a Mary, llegó hasta el sótano, desde el exterior, un coro de gritos y una ensordecedora explosión, seguida de una lluvia de fragmentos de piedra. Aunque aturdido, Robert observó un repentino cambio en el rostro del siniestro doctor. Sus ojos miraban sin ver, sus mejillas se habían hundido de pronto y todo su cuerpo aparecía encogido, derrotado...

Se oyó otra detonación. Todo el edificio se estremeció violentamente, y la puerta saltó en pedazos hacia dentro.

Lo último que recordó Robert fue la visión de Charlie Callaghan, que penetraba como una tromba en el sótano, a la cabeza de un grupo de uniformados policías. Da Souza yacía al pie de la escalera con una enorme herida en el cuello.

Un mes después, dado ya de alta y de vuelta en su puesto en el Hospital Metodista, Robert aprovechó una hora libre para dirigirse a Zoob's a tomar café.

Era una hermosa tarde de primavera, soleada pero fresca, pues del río Hudson soplaba una agradable brisa que movía las hojas nuevas de los álamos, y resultaba grato permanecer al aire libre.

La noche anterior, antes de la reunión celebrada en la Sociedad de Medicina y Cirugía, durante la cual su jefe, el doctor Carrington, había dicho de él cosas muy agradables, había ido con Mary, Natalie y Callaghan —que pasaban su segunda luna de miel en Nueva York— a cenar a un restaurante. Las noticias recibidas de San Felipe, en una carta de Alexandre, eran excelentes.

Al entrar en Zoob's, Maxie le recibió con grandes muestras de sorpresa.

—¡Hola, doctor! —exclamó—. ¡Hace un siglo que no lo veía por aquí!

Observó el brazo que Robert todavía llevaba en cabestrillo, y preguntó:

—¿Un accidente?

—Sí, un accidente que casi me envía al otro mundo —respondió Robert.

—¿Cómo fue? —inquirió Maxie.

—Resbalé y caí...

—¡Hum! ¡No me convence! —dijo Maxie moviendo negativamente la cabeza.

—¿Y a usted cómo le van las cosas? —preguntó Robert—. ¿Siempre floreciente el negocio?

—No puedo quejarme, doctor. No gano mucho, pero me divierto... ¡Veo tantas cosas! ¿Qué quiere tomar? ¿Café?

Robert asintió en silencio.

Era el único cliente que había en el bar. Cruzó unas palabras más con Maxie y se llevó su taza de café a una de las mesas.

Allí se quedó después de tomar el café. De pronto, como él esperaba, se abrió la puerta y entró Mary, que se sentó en una de las altas banquetas. Robert sintió que su corazón latía con violencia inusitada. La muchacha llevaba en una mano una raqueta de tenis.

Maxie la saludó con entusiasmo.

—¡Hola, hola...! ¡Miren quién está aquí! ¡Otra persona desconocida!

Mary no había visto a Robert. Con los codos en el mostrador, leyó atentamente la carta y pidió una ración doble de helado de crema a la vainilla, con chocolate.

—Veo que ha pasado usted mucho tiempo en Vermont, señorita Benchley —dijo Maxie.

Ella le miró muy seria.

—¿De veras le ha parecido larga mi ausencia, querido Maxie?

—¡Claro! ¿Qué hizo por su tierra?

Ella introdujo la cucharilla llena de helado en su boca y lo paladeó con evidente fruición.

—No sé si debo decírselo, Maxie.

—¡No sea así...! ¡Cuéntemelo todo!

—Pues... he hecho un pequeño viaje, Maxie. Bastante accidentado a veces, pero no lo cambiaría por todo el oro del mundo.

Maxie se rascó la nuca. No había entendido. Pero de pronto se le ocurrió algo.

—Dígame: ¿me ha traído el dulce de arce que le pedí?

—¡No me ha sido posible, Maxie! —respondió Mary. Y añadió—: Pero, si se porta bien, le daré un buen pedazo de pastel de bodas.

—¡Cómo! ¿Va usted a casarse, así, de repente? ¿Ha oído, doctor? —dijo, volviéndose hacia Robert—. Felicítela.

—¿Yo felicitarla? —preguntó Robert, muy serio—. Ya conoce usted mi punto de

vista. Únicamente un tonto se casaría con una enfermera, por bonita que sea.

—¡Oh! ¡No diga eso, doctor! ¡Sea humano siquiera una vez y felicítela!

—Puesto que usted insiste, Maxie... —respondió Robert acercándose al mostrador—. Dígame, enfermera: ¿quién es el afortunado? .

Ella dejó la cucharilla y lo miró a los ojos, con aquella mirada que él tan bien conocía y tanto adoraba...

—¡Como si usted no lo supiera! —exclamó.

Entonces Robert se inclinó para besada. Ella le echó los brazos al cuello y unió sus labios con los de él, en un beso apasionado.

Se oyó un extraño ruido tras el mostrador. Al parecer, Maxie había caído sentado sobre un montón de platos, vasos y cubiertos, convencido de que el doctor y la enfermera se habían vuelto locos.

FIN



ARCHIBALD JOSEPH CRONIN (1896-1981), fue un novelista y médico escocés. Tras la muerte de su padre se trasladó a vivir a Glasgow, estudiando en el St. Aloysius College, licenciándose en Medicina en la Universidad de Glasgow (durante la Primera Guerra Mundial sirvió en la Marina Real), y doctorándose posteriormente. También se diplomó en Salud Pública. Trabajó en varios hospitales y posteriormente fue nombrado Inspector Médico de Minas, realizando estudios sobre el riesgo de trabajo en las minas. Se trasladó a Londres donde abrió su propia clínica, comenzando a escribir en 1930. En 1939 marchó a Estados Unidos, donde permaneció largo tiempo. Finalmente, fijó residencia en Suiza, donde transcurrieron sus últimos veinticinco años de vida, escribiendo siempre.

Muchos de los libros de Cronin fueron *bestsellers* que fueron traducidos a numerosas lenguas. Su punto fuerte eran sus habilidades y su poder de observación y descripción gráfica. Algunas de sus novelas e historias se basan en su carrera médica, mezclando realismo, romance, y crítica social.

Sus obras cumbres son *La ciudadela* (*The Citadel*), y *Las llaves del reino* (*The Keys of the Kingdom*), ambas novelas convertidas en películas. Se dice que su novela *La Ciudadela* contribuyó a establecer el servicio nacional de salud en Reino Unido, exponiendo la injusticia, explotación e incompetencia de la práctica médica en esa época.

Notas

[1a] La cellisca es un fenómeno natural consistente en un temporal de agua y nieve muy finas impelidas con fuerza por el viento. <<

[1] Es un sencillo y popular juego de naipes para dos jugadores. Se juega con una baraja de póker de 52 cartas. Los ases sólo tienen su valor bajo; por lo tanto el valor de las cartas de menos a más es A-2-3-4-5-6-7-8-9-10-J-Q-K. El juego consiste en realizar combinaciones de cartas formando tríos o escaleras. <<

[2] mon cher ami: mi querido amigo (del francés). <<

[3] Es una especie de planta de flores. Se caracteriza por sus hojas helecho y exhibición extravagante de flores. En muchas partes tropicales del mundo se cultiva como un árbol ornamental y en Inglés se le da el nombre de Royal Poinciana o Flamboyant . También es uno de los varios árboles conocidos como árboles de la llama. <<

[3a] No importa. Nosotros haremos todo lo posible (para entendernos). <<

[3b] Pandemonium (El paraíso perdido), la capital del infierno en el poema épico. Pandemónium según el grimorio es el baile de las brujas con el diablo a las 12 de la noche el día de San Juan, el día de la Candelaria, el día de los fieles difuntos, es cuando creen que las tinieblas se unen con la luz y viceversa. <<

[4] Tipo de cóctel. <<

[5] El llamado elixir paregórico es una mezcla de opio y alcohol. Quizás la más potente bebida con opio vendida en algún momento de la historia, en este caso a principios del siglo XX. Su uso básico era como antidiarreico. Se vendía con la etiqueta de la Stickney & Poor Spice Co de Boston, Massachusetts donde se estipulaban las dosis así: Para bebés (de 5-8 gotas), niños (25 gotas) y adultos (una cucharadita). Las intoxicaciones opiáceas eran un riesgo potencial. <<

[6] Dicumarol es un anticoagulante cuyo mecanismo de acción es el antagonismo con la vitamina K (similar a warfarina). Fue el primer anticoagulante oral aislado, y también, el primero en usarse en clínica. Sin embargo en la actualidad se usa relativamente poco, debido a su lenta y errática absorción y, donde en muchos casos, ha llegado a generar reacciones adversas gastrointestinales. También es usado en experimentación bioquímica como inhibidor de las reductasas. <<

[7] ¡Qué lástima! <<

[8] clown: payaso (del inglés) <<

[9] Es un mueble característico español de los siglos XVI a XVIII. El nombre es de origen incierto, para algunos del pueblo de Bargas en la provincia de Toledo. Está formado por diferentes cajoncitos ricamente adornados y se utilizaba como contenedor de objetos pequeños y valiosos. Existen dos tipos de bargueño: con el frente abierto y los cajones a las vista y con tapa abatible que al abrirla hace las funciones de escritorio. <<

[10] Lo platillos (o placas) de Petri son unos recipientes redondos, de cristal o plástico, con una cubierta de la misma forma que la placa, pero algo más grande de diámetro, para que se pueda colocar encima y cerrar el recipiente, aunque no de forma hermética. Tiene usos en microbiología. <<